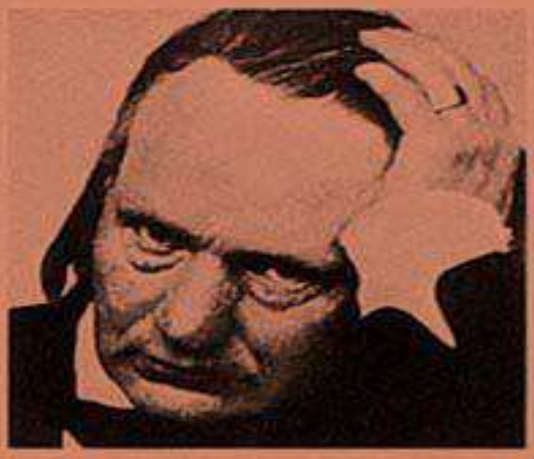

Victor Hugo

Dios

Versión de Tomás Segovia

«Ahora trabajo un rato en la traducción del gran poema de Victor Hugo, *Dios*, la cual empecé hace 50 años. Traduje algunos fragmentos. Es un poema del tamaño de Dios. Y ése yo lo empecé a traducir cuando di mi primera conferencia pública. Es un poema filosófico, místico, de 3 mil versos, que nadie quiere publicar. Y espero algún día terminarlo. Es el tipo de poesía que está fuera de moda».

Tomás Segovia, Ciudad Juárez, Chihuahua, 9 de enero de 2011.

Victor Hugo

Dios

Título original: *Dieu*
Victor Hugo, 1891
Traducción: Tomás Segovia

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Dios

Dios, Tomás y la falta

A la caza de una sombra

Dios

- I. Ascensión en las tinieblas
  - I. El espíritu humano
  - II. Las voces
    - Una voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
    - Otra voz
- II. Dios

I. El murciélago
El ateísmo
II. El búho
El escepticismo
III. El cuervo
El maniqueísmo
IV. El buitre
El paganismo
V. El águila
El mosaísmo
VI. El grifo
El cristianismo
VII. El ángel
El racionalismo
VIII. La luz
Lo que todavía no tiene nombre
IX
III. El día

Sobre el autor

OceanofPDF.com

Dios, Tomás y la falta

No sé si conocí a Tomás Segovia en 1983 o en 1987; dictaba la conferencia magistral de un encuentro de escritores celebrado en Tijuana. Su discurso fue deslumbrante e inolvidable su definición de verso, tan clara y contundente, como si nos estuviera revelando el mecanismo propio del corazón: una unidad de ritmo aritméticamente comprobable.

Tomás andaba solo por los pasillos del Cecut, y las bandadas de jóvenes le hacíamos el vacío. Era demasiada la distancia entre su sabia tierra y nuestras lagunas de ignorancia. Finalmente nos arrojamos y José Javier le propuso venir a Monterrey en un futuro a hablarnos de la lírica épica, en particular de *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, poema en el que Tomás estaba instalado en aquel tiempo. Pasaron demasiados años hasta que pudo concretarse su visita.

Con relación a Tomás no viene tanto al caso cuándo lo conocimos, si fue en el 83 o en el 87, porque su presencia es abarcadora, va más allá del día a día, trasciende ámbitos espaciales y burla la mecánica del tiempo.

A pesar de que luego pasaron muchos años sin verlo, su presencia crecía con cada libro, y sus poemas y sus pensamientos nos fueron llenando.

Luego vino Morelia, en 2002, el Encuentro de Poetas del Mundo Latino que organiza Marco Antonio Campos. Ahí nos hicimos inseparables. Nos sentábamos juntos y nos divertíamos mucho opinando a diestra y siniestra sobre las lecturas. Cuando me tocó a mí pasar al frente estaba muy entusiasmada con el hecho de que el gran Tomás Segovia me iba a escuchar y podría hacerme una crítica o un comentario al menos. Pero Tomás no me dijo nada cuando volví a sentarme junto a él. Se hizo un silencio largo y denso para mí. Pero él sonrió y sus ojitos parpadearon. No me aguanté. Dime qué te pareció, le pregunté. No oí nada, respondió, el aparato que

traigo hacía un ruido extraño y no logré escucharte. Me derrumbé. Había leído para él, aunque estuviera lleno el teatro. Nada mejor para mi ego vulnerado que volver al hotel y comer aparte, pero Tomás me había reservado un lugar en la mesa del restaurante y me estaba esperando. Así que seguimos nuestra amistad hasta que él murió. Entre México y España, entre España y México.

Vino a Monterrey en 2004, luego en 2010, y días antes de morir, en octubre de 2011. Las dos primeras veces la Capilla Alfonsina de nuestra Universidad se inundó de luz. Los jóvenes que llenaron la sala no querían irse y, lejos de lo acostumbrado, en la primera ocasión su charla se prolongó más allá de la hora de cierre de las instalaciones.

Lo vi en España, nos encontrábamos en el Café Comercial, en Madrid, y de ahí dábamos largos paseos caminando, porque el médico se los había recomendado.

En el último año lo vi en la Ciudad de México varias veces. Siempre fascinante. Sé muchas cosas de su vida, cosas que me fue platicando no sé por qué, pero me tuvo la confianza. Cosas desgarradoras y cosas amables que marcaron desde muy niño su destino. Sé que me obsequió sus recuerdos para que también formaran parte de mi historia.

Como buen republicano, era acérrimo ateo. Pero él sabía que yo era creyente. Así que nos regaló *Dios*, de Victor Hugo; traducción que había iniciado en los años sesenta y que no había concluido porque en sus tantos viajes extravió el original. Yo le había pedido una colaboración para El oro de los tigres. Y me dijo que sí, pero no encontraba el libro sobre el cual había traducido ni en México ni en España ni en ningún lado. Había rastreado en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la Biblioteca Nacional de México y en Internet sin hallazgo alguno.

En 2010, en el marco de los festejos por el 30 aniversario de la Capilla Alfonsina, se le rindió aquí un homenaje por su trayectoria literaria. Su presencia engalanaba la presentación del segundo volumen de la colección El oro de los tigres, dedicada a la publicación de poesía internacional traducida al español, pues bien sabemos la excepcional labor que nuestro poeta de las dos orillas realizó en este campo a lo largo de toda su vida. Entonces le volví a preguntar por su traducción y me dijo que estaba en las

mismas: sin encontrar el preciado original de su versión de *Dim*. En ese momento se me ocurrió hurgar en el Fondo Alfonso Reyes, conformado por los libros y revistas que en vida pertenecieran al regiomontano universal, catalogado como Patrimonio de la Nación y origen y fundamento de nuestra biblioteca, y di con el ejemplar *Œuvres poétiques complétes*, de Víctor Hugo, editado en Montreal, por B. Valiquette, en 1946. Fotocopié el poema y se lo ofrecí. Se emocionó, le pareció increíble que lo tuviéramos aquí. Me dijo que esa edición era la que él había consultado y que en unos meses me daría la traducción terminada.

Cuando regresó en 2011, días antes de su muerte, con motivo del reconocimiento que le hizo Conarte en el marco del XVI Encuentro Internacional de Escritores de Monterrey, Tomás me pidió la edición original del libro del cual yo le había pasado fotocopias hacía casi un año. Lo tuvo en sus manos los días del Encuentro y me lo devolvió antes de irse.

Al preparar la edición y *espejear* los versos en ambas lenguas, nos dimos cuenta —hablo en nombre del equipo que hacemos el trabajo editorial— de que si bien Tomás había manifestado que el referido poema *Dieu*, incluido en el volumen de B. Valiquette, era sobre el cual había basado su traducción, en algunos casos, los mínimos, no había coincidencia.

Nos hicimos de diversas ediciones y encontramos que en algunos pasajes —insisto, los mínimos—, su poema se desarrollaba conforme a *Dieu (Le senil du gouffre),* editado en París en 1961 bajo el sello Nizet.

Enfrentamos así la disyuntiva de señalar al lector con notas al pie de página aquellas variantes. Al final se optó por omitir tales referencias por tres consideraciones: son escasas las estrofas en las que la versión de Tomás se aleja de la edición de B. Valiquette; aun así, representarían una innecesaria —y quizá engorrosa— distracción para el lector, más que una ayuda; el *Dios* de Tomás Segovia es y no es el *Dieu* de Victor Hugo, en el sentido de que, justamente como lo demuestra este libro y las aclaraciones que se han planteado, Tomás conformó *su* propio *Dios* con cabal autonomía ante las dos fuentes del poema original.

Para fortuna nuestra, su mujer, María Luisa Capella, y sus cuatro hijos: Rafael, Inés, Ana y Francisco Segovia dieron su anuencia para que el libro formara parte de esta colección, respetando así el deseo de Tomás. A todos

ellos les doy mis más profundas gracias, y quedo también absolutamente agradecida con mi querido amigo José María Espinasa, editor de Tomás, porque sé lo que significó para él no publicar este libro en Ediciones Sin Nombre, situación que encaró con su característica y amable ironía por medio de este correo:

> Querida Minerva:
> Va *Dios*, piensa que nunca le he mandado a nadie algo tan profundo e importante, enviar a la divinidad por *mail* es realmente sobrenatural.

Ésta es la historia de cómo *Dieu-Dios* se publica en nuestra colección El oro de los tigres y felizmente corona las celebraciones por el 80 aniversario de nuestra Universidad. La circunstancia de esta edición ilustra proverbialmente sobre la obra de Tomás, porque hasta el final de sus días, y estamos ahora ante un libro póstumo, la falta, como bien nos transmite Lacan —recordemos que hablamos de su traductor—, se hizo presente como señal para confirmar que Dios mismo se manifiesta así, desde la ausencia, y que la vida no sería posible, en definitiva, sin la presencia de la falta, que nos hace reparar y seguir.

Minerva Margarita Villarreal

OceanofPDF.com

A LA CAZA DE UNA SOMBRA

Dios, el poema de Víctor Hugo, es una obra que fácilmente puede ser considerada como desmesurada. Quien así opine reforzará su juicio si sabe que el autor lo concibió como uno de los integrantes de un inmenso tríptico dedicado a la indagación del Ser, cuyas otras dos piezas serían *El fin de Satán* y *La leyenda de los siglos*. Y no le faltará razón. Sin embargo, las obras desmesuradas, tan difíciles de comprender y de aceptar, constituyen un capítulo esencial en la historia de nuestra cultura. Sus efectos atraviesan el arte y el pensamiento pero, por lo general, nos cuesta colocamos en el territorio de quien las construyó. Parte de la admiración, y también parte del rechazo, que suscitan estas obras son la consecuencia de una dificultad casi topográfica: ¿desde qué lugar, mental y físico, alguien es capaz de emprender un proyecto de este tipo?

Podríamos idear una historia fantástica de este lugar, o estos lugares, a partir de los ejemplos que hemos heredado, no, quizá, muy numerosos, pero sí suficientemente representativos de distintas épocas y sensibilidades. Desde qué lugar, por ejemplo, Dante se lanzó a la aventura de la *Divina Comedia*, o Santo Tomás de Aquino, a la de la *Suma Teológica*; desde qué mirador Miguel Ángel concibió el nunca realizado mausoleo de Julio II, su gran anhelo, o ejecutó el *Génesis* de la Capilla Sixtina, su indeseado desafío con el fresco pictórico; desde qué horizonte Goethe arrastró cincuenta años su *Fausto*; desde qué perspectiva Kant se adentró en sus tres críticas, o Hegel, en *La fenomenología del espíritu*; desde qué paisaje Wagner pudo decidirse por *El anillo del nibelungo*. Para ir a un caso más reciente y, como barcelonés, más cercano, a menudo me he preguntado por el escenario desde el que Gaudí impulsa una construcción inabarcable como *La Sagrada*

Familia. Esta historia fantástica nos ilustraría fehacientemente sobre las ansias y dudas de lo que en nuestra tradición hemos llamado *creador*.

Victor Hugo debería, necesariamente, protagonizar uno de los capítulos, con su extenso poema *Dios* como muestra privilegiada de un modo de entender el poder del arte. En este sentido, la pretensión del poeta francés es, en nuestros días, casi inconcebible. No estoy seguro de que sea lo cierto —pues igual un haiku bastaría para expresarlo— pero, por lo general, pretendemos que nuestro mundo es demasiado complejo para ser aprehendido en un único conjunto. Tal vez, en su época, Lucrecio sí podía aspirar a encerrar el universo en *De rerum natura*. Y, con más rotundidad, aceptamos que Dante pudo atrapar la cosmovisión medieval en el engranaje cristalino de la *Comedia*. Sin embargo, tras la revolución renacentista, tenemos la impresión de que la dinámica centrífuga del mundo desmiente la posibilidad de una obra totalizadora como la que, de manera nada disimulada, intenta Victor Hugo.

Éste es también, justo en la generación anterior a Hugo, el problema de Goethe. *Fausto*, según la confesión de su autor, quiere ser un *De rerum natura* para la época moderna. Desde algún ángulo, lo es. El escritor alemán quería unir poesía y ciencia como dos formas de acercamiento a la naturaleza que, yuxtapuestas, debían adentrar al hombre en el enigma de la realidad. Así como la primera parte tiene todavía la forma del drama romántico, la segunda parte de *Fausto* es dotada por su autor de una singular estructura, casi operística, en cuyos escenarios debía concentrarse, no sólo el saber humano, sino también lo que Goethe y muchos de sus contemporáneos llaman el *espíritu de la época*. El carácter casi irrepresentable que se otorgó a la obra, ya en su tiempo, guarda relación con esta ambición goethiana de *hacerse poéticamente con el mundo,* una tentativa paralela a la filosófica de Hegel. Cincuenta años después, la *Gesamtkunstiverk* postulada por Wagner a través del drama musical, y encarnada en *El anillo del nibelungo* y en el proyecto teatral de Bayreuth, tiene un objetivo similar, aunque tomando como referencia la esfera del mito.

Dios, el poema de Victor Hugo, se emparenta, en el esfuerzo, con estas colosales tentativas. También el escritor francés quiere *hacerse con el*

mundo y, como Fausto, penetrar poéticamente el Ser. Una ambición de este tipo requiere, en consecuencia, un plan grandioso. La alternativa era el silencio. Un ajuste de cuentas con Dios te sumerge, creo, en un dilema poderoso: callar, o emprender una travesía de incierto recorrido e imposible final. Hugo, ante la encrucijada, opta por este segundo camino. Una elección peligrosa, incluso para un hombre tan bien dotado literariamente como él.

Dado que la meta es imposible, la incertidumbre del recorrido se percibe en los vaivenes de la nave y en las dudas que comporta la navegación. A Goethe, con quien Hugo tiene tantas afinidades, le ocurre lo mismo en el despliegue del *Fausto*. Incluso me atrevería a decir que también a Lucrecio le sucede algo parecido en el gran reto poético de *De rerum natura*: avances acompañados de retrocesos, vacilaciones, cambios de ruta. El único que escapa a estas alteraciones es Dante. Sin embargo, el poeta toscano tiene una ventaja suprema sobre los demás: *conoce* a Dios y, sobre todo, tiene una extraordinaria certeza acerca de la topografía y composición de la obra divina. Es gracias a esto que la visión dantesca, mística y fulgurante en la revelación, se traduce después poéticamente en pura geometría, en número perfecto. Pero ni Goethe ni Hugo, ni, en la Antigüedad, Lucrecio, están tan bien defendidos frente a Dios por una fortaleza teológica como lo está Dante. Éste no se pregunta por la fe, porque ésta se presupone desde el principio hasta el final de la *Comedia*. Los otros tres poetas no poseen esa fe ni están refugiados en ninguna fortaleza teológica.

El Dios de Dante es absoluto y, en consecuencia, la exploración que lleva a cabo es centrípeta: en el momento de emprender el viaje ya sabe dónde está el centro y la meta. Todo lo contrario le ocurre a Victor Hugo, que llama *Dios* a un poema estigmatizado por la ausencia de Dios. Nada es más trabajoso, aunque también más apasionante, que apartar la pereza del ateo y olvidar la astucia racional del agnóstico para lanzarse, sin fe religiosa, a la caza de Dios. Lo más semejante a una singladura con este empeño es la expedición sin tregua ni cuartel a la que se convoca el Capitán Ahab para encarar a la ballena blanca. No pueden esperarse aguas calmadas en un mar que cobija este torneo. Y el cazador, con frecuencia, sigue

senderos erróneos, más frutos de su obsesión, que consecuencias de una estrategia premeditada.

Lo que en Dante es arquitectura, y bien nítida pese a los tormentos que alberga, en Hugo es navegación entre tempestades. Esto es palpable en la propia morfología de *Dios*, y en el proteico escenario en el que se producen los abordajes del cazador de lo divino: voces, números, aves, espectros. Espectros, en particular, pues la larga meditación poética está toda ella impregnada de tonos espectrales. Quizá necesariamente, puesto que la interrogación humana sobre lo divino, vieja, con toda probabilidad, como el propio ser humano, parece requerir la presencia de la fantasmagoría. Aceptado esto, el camino de Victor Hugo no es de tipo místico ni, tampoco, mítico, al modo de Hölderlin o Rilke, por poner dos nombres de poetas que se erigen, con sus obras, en poderosos interrogadores de Dios. En ambos casos la inmersión en lo numinoso exige una compleja construcción mítica en la que la deidad, aunque sea a través de la ausencia o del silencio, está sutilmente integrada. Así, con todo el esplendor poético, se resalta en *El Archipiélago* o en las *Elegías de Duino*.

La indagación mística lo apuesta todo a una suerte de gran salto mediante el cual el hombre se precipita en el seno de Dios, a veces una plenitud, a veces un puro vacío. Tanto si los peldaños son intelectuales, envueltos en una nube de abstracción, como en la obra de Meister Eckhart, cuanto si transcurren por las entrañas del cuerpo, sentidos como un erotismo anonadador, como en Santa Teresa de Jesús o en San Juan de la Cruz, la escalera por la que sube el candidato conduce, en su tramo culminante, a la ejecución de aquel salto que deba procurar la unión mística.

No es, desde luego, el trayecto de Hugo. Como alternativa, el poeta francés se plantea interrogar lo divino con un proceso de preguntas tan exhaustivo que raya en lo inaudito. Sin confianza en la llama ardiente de un San Juan de la Cruz, o en la llama sagrada de un Hölderlin, ni en las hogueras subsiguientes que todo lo queman, Hugo pretende hacer subir a su escenario poético, como si se tratara de una ópera cósmica, a las fuerzas de la naturaleza, a los mitos de los dioses, a los pensamientos de los hombres. El balance es, con frecuencia, angustioso, pues, por *omniabarcador* que sea

el despliegue de erudición, y por elevado que resulte el aliento poético, el objetivo esencial de la indagación, Dios mismo, siempre parece escaparse por un rincón del cuadrilátero o por una grieta que lleva a un suelo más profundo del que es capaz de pisar el hombre.

En esta tesitura toma relevancia el Victor Hugo más genuino. El rebelde, el titánico. A medida en que se acrecienta la sensación de la huida de Dios, siempre hábil para sortear las trampas que le tiende el intelecto humano, aumenta también la tenacidad del persecutor, el poeta, quien le trata de dar batalla con la ayuda de la entera historia de la cultura, desde los mitos más arcaicos hasta la filosofía griega, y desde ésta hasta la Ilustración, que le era ya tan próxima. Esa alianza tiene algo de conmovedor pues, pese a su imponente exhibición, siempre acaba siendo un ejército de sombras que se desplaza, desorientado, por la tiniebla.

En algunos momentos de *Dios* Victor Hugo se inclina hacia un panteísmo como el expuesto por Klopstock en Alemania o Wordsworth en Gran Bretaña. Las imágenes, entonces, poseen una enorme fuerza visual, de acuerdo con una estética arrebatadamente romántica. En otros momentos, los más serenos sin duda, aparece en el horizonte el Dios de Spinoza, una figura de extraordinaria influencia para la generación del poeta francés. Por unos instantes la indagación se vuelve tranquila, como si Dios y el hombre debieran llegar, por naturaleza, a un acuerdo cordial, armonioso.

Sin embargo, el talante de Victor Hugo no es el de Goethe, el poeta que ha logrado expresar de manera más viva la teología racionalista y ataráxica de Spinoza. Para Goethe hay un espontáneo deslizamiento del hombre en el seno de lo divino, como, por otro lado, hay una lógica innata en la integración de lo particular en lo universal. Cuando el hombre consigne adoptar este punto de vista el conflicto tiende a diluirse: Dios y hombre son realidades complementarias, las dos caras del Ser. Esta conclusión es sumamente consoladora. También es probable que sea la que permite a Goethe hacer gala de olimpismo, y la que le sugiere la oportunidad de salvar a su Fausto del infierno, frente a la anterior tradición condenatoria del héroe en este mito procedente del Renacimiento. Fausto, al final, se salva porque consigue percibir a Dios en su interior, aunque sea un dios sin nombre. Y Goethe se salva a través de Fausto.

Pero no es el caso de Victor Hugo, quien no logra aceptar un acuerdo ni imponer una tregua. La suya es una batalla campal, con todo en juego, incluso el sentido del hombre. Es una situación singularmente representativa de la conciencia moderna: sin Dios y sin auténtico deicidio, a pesar de lo que pueda decir poco después Nietzsche.

Ahí radica la grandeza del poema, realzada ahora por el superlativo trabajo ejecutado por Tomás Segovia para realizar la traducción al español. Sólo un poeta de la envergadura de Segovia estaba en condiciones de afrontar el reto de traducir un texto semejante. Bien puede decirse, a este respecto, que Tomás Segovia, con esta obra de toda una vida, se incorpora a la cofradía de la gozosa desmesura en compañía de su querido Victor Hugo.

El lector que se aventura en *Dios* no deja de sentir la fuerza, el tormento, el goce, el agotamiento que debió experimentar Victor Hugo durante los largos años de gestación del poema. No deja de participar en esa batalla campal en la que el hombre pone en marcha todos sus resortes intelectuales para ir a la caza de Dios. No deja de admirar el descomunal esfuerzo poético por expresar esa epopeya imposible. Y, al final, el lector no puede sustraerse a una honda melancolía pues, también él exhausto, debe reconocer una vez más que el enigma se resiste y que, por más que corramos el velo que lo cubre, se resistirá siempre. Porque el enigma de Dios somos nosotros, los hombres.

Rafael Argullol

OceanofPDF.com

Dios

OceanofPDF.com

I

Ascensión en las tinieblas

OceanofPDF.com

I

El espíritu humano

… … … … … … … … … … … … … … … …

… … … … … … … … … … … … … … … …

Y veía, a lo lejos, arriba, un punto negro.

Como se ve una mosca en el techo moverse,
iba y venía el punto; la sombra era sublime.

Y siendo el hombre alado cuando piensa, el abismo
me atraía en la noche más y más cada vez
como un alga que arrastra un flujo tenebroso
y hacia ese punto negro, en la lívida hondura,
me sentía emprender desde mí mismo el vuelo
cuando fui detenido por alguien que me dijo:

—Alto.

Y, al mismo tiempo, vi extenderse una mano.

Estaba ya muy alto entre la nube oscura.

Y vi que aparecía una extraña figura;
un ser lleno de bocas, de alas y de ojos,

vivo, lúgubre casi y casi radiante.
Volaba, vasto; varias alas tenía calvas.
Al mover las pestañas de sus ojos terribles,
hacía más rumor que una banda de pájaros,
y sus plumas hacían ruido de grandes aguas.
Pesadilla carnal o visión de un apóstol,
parecía una bestia, parecía un espíritu.
En el aire en el cual le sorprendió mi vuelo,
parecía dar luz y crear las tinieblas.

En calma me miraba en las fúnebres brumas.

Y yo sentía en él alguna cosa humana.

¿Qué eres, pues, tú que vienes a cerrar mi camino,
ser oscuro, temblando al soplo de estas brumas?
—le dije.

Respondió: Soy una de las plumas
de la noche, ave oscura de sombras y de rayos,
pavo real abierto de las constelaciones.

Soy lo que corre, vuela, vaga, se hincha, se calma;
soy a la vez aquello que se desploma, pesa,
traba al ala que vuela, retiene a lo que escapa,
y baja, pues el fondo de mi ser es la noche.

—¿Tu nombre?

Replicó:

Para ti que ves, lejos
de las causas flotando, sólo un haz de las cosas,
soy el Humano Espíritu.

Yo me llamo Legión.

Yo soy el gran enjambre de los ruidos, contagio
de las palabras vivas que van de un alma a otra.
Soy soplo. Soy ceniza, soy humo y llamarada.
Ora instinto brutal, ora impulso divino.
Soy ese gran pasante, vasto, invencible y vano
que llaman viento, y tengo el lucero y la chispa
en mi palabra, y soy aliento universal;
no la boca: el aliento; un céfiro me agranda
y me abate; cuando he respirado, he dicho todo.
Gigante, enano, falso, veraz, sordo y sonoro,
populacho en las sombras y pueblo en las auroras;
digo *yo*, digo *nosotros*, afirmo, negamos.
Soy flujo de las voces y de las opiniones;
el fantasma del año, del mes, de la semana,
hecho del grupo en fuga de la neblina humana.
Hombre, la rueda oscura de la contradicción
se mueve siempre en mí, yo soy como Ixión.
Demos, soy yo. Yo soy lo que anda, espera, rueda,
llanto y risa, fe y duda; soy el demonio Masa.

Soy, igual que la tromba, huracán y pilar.

Al mismo tiempo vivo en el modesto hogar.
Sí, yo arranco al tizón la chispa repentina
que hiere a un vago germen que se oculta en el cráneo,
y que hace en el espíritu pensante una explosión
con las frentes dobladas que horadan la tiniebla.
Vivo a su lado, íntimo vigilante, y combino
el lúpulo de Flandes y la viña sabina,
la franca dicha ática y el reír de los galos,
el antiguo descuido con sus amables leyes,
paz, libertad, contento, sensatez es lo mío;
es con lo que emborracho a Sterne y Erasmo, incluso
a Diderot salvaje; y hago verter un poco

desde el jarro de Horacio hasta el de Rabelais.

Prosiguió:

—A quienquiera que empiece yo le grito:
—Basta. No más. —Yo soy el inmenso mediocre.
Cada vez que se habla y que se dice: Moda,
intermedio, mediano, mediador, meridiano,
con todos esos términos se me invoca y conmina,
y a veces se me ensalza, a veces se me injuria.
Soy la idea de Centro; el ser neutro que va
sin ver abajo a Iblis ni arriba a Jehová;
en el número soy Multitud; en el ser,
límite: me opongo a saber demasiado,
buscar, hallar, errar; a llegar hasta el fin;
soy Todos, misterioso enemigo de Todo.
Soy la ley que detiene, que amuralla, que ciñe
y a la naturaleza da siempre un horizonte;
azul e irrespirable, el éter en las cimas,
y en el abismo sordo e inaplacable, el peso.
Soy quien dice: Ésta es tu esfera. Aguarda. Para.
Todo ser, hombre o piedra, ángel o bestia, tiene
sus fronteras, y debe, preso en su forma de hoy,
someterse a las leyes que se anudan en él.
Tengo por nombre Límite, tengo por nombre Centro.
Soy guardián del umbral de cualquier mundo. Vuelve.
Todo lo tengo asido, circunscrito, domado.
Desconfío, por miedo de llegar al extremo,
de la locura un poco, de la sensatez mucho.
Yo tengo el entusiasmo y el apetito atados.
Para que lo real no lo aparte del bien,
unzo al género humano un perro y un león.
Como soy soplo y peso, nada puede evitarme,
pues todo flota, espíritu; todo gravita, cuerpo.

Y la explicación, ya te lo he dicho, oh viviente,
es que soy el espíritu material, soy el viento,
y a la vez la materia impalpable, la fuerza.
Hago que toda savia quede tras la corteza
y empaño con mi soplo todo espejo tramposo.

Contra la borrachera del siniestro infinito
guardo a los pensadores, pobres moscas endebles.
Cojo los pies de aquellos que al azul dan sus alas,
soy perfume, veneno, bien, mal, silencio, ruido,
arriba mediodía, abajo medianoche;
voy y vengo, yo soy la alternativa triste,
la hora que hace salir, golpeando la sombra,
de día doce apóstoles, de noche doce cesares.
Con lo bello doy forma a lo grande: hago el arte.

En los medios humanos, en las brumas carnales,
me muevo y veo; yo soy el tropel de pupilas.
Yo soy lo universal y yo soy lo parcial,
y nazco del vapor como el agua del cielo,
y broto de la roca igual que la saxífraga.
Salgo de verdes sendas, del hogar, del naufragio,
del camino empedrado, del mojón de los campos,
de un harapo de ahogado secándose en la arena,
del fuego que se apaga, de la flor que se mustia.
Me he llamado Pirrón, me he llamado Aristófanes,
Demócrito, Aristóteles, Esopo o bien Luciano
Diogenes, Timón, o Plauto, o Plinio el Viejo,
Cervantes, Bacon, Swift, Locke, Rousseau, Voltaire.
Yo soy el resultante enorme de la tierra:
La razón.

•

Yo allí estaba, mudo, absorto, turbado;
y mientras yo escuchaba, el ser seguía hablando:

—El misterio a nosotros se nos abre. Es lo nuestro.
Para el abismo soy un espectro; ante el hombre,
la voz que dice: id, pero sabed adonde.
Vago junto a la nada recorriendo el pretil.
Aviso.

Prosiguió:

—Escucha, tú que tiemblas
sin poder tan siquiera entrever los conjuntos:

Los hombres me ignoráis y yo os conozco a todos;
sigo siendo vosotros aun fuera de vosotros.

Entre las muchas bestias y los selectos ángeles,
existe, en cada tierra como en cada satélite,
un ser aparte, idea carnal, alma, materia,
hoja mixta del libro de la naturaleza,
última hoja del Monstruo y primera del Genio;
criatura en que el fango y el oro se armonizan,
la mitad en la bestia, la mitad en la idea,
llama acoplada con el cuerpo su enemigo,
doble rayo torcido de sombra y alba en fiesta,
misterio; con un pie, en la escala de vida,
sobre un final, y un pie encima de un comienzo.
Ese ser que compara, siente, contempla, ama,
es el hombre. Que acrezca, guarde o siegue la muerte
a ese esbozo sublime, casi obra maestra,
que tenga lo que él llama un alma, en este instante

no me refiero a eso, te digo solamente
que en todo el hombre existe, siendo centro de seres.
Vive junto a los soles, fuegos, astros, ancestros.
En tierras más o menos alejadas del fuego,
vive y doma su globo; es grande, es poca cosa;
por la forma diverso, uno en naturaleza;
de animal y de planta es la hidra que le ciñe;
está en la cumbre misma de su visible propio
y, larva en que se cruzan dos fulgores, apoyo
de un fenómeno entero, idéntico a sí mismo,
marca doquier el mismo estadio del problema;
entre el ala y el vientre es el ser que está en pie;
es por doquier el rey planetario; posee
por doquier y gobierna el astro intermediario
en medio de la sombra y el gran sol incendiario.
Todo globo que gira en tomo a un resplandor
es planeta de lejos, de cerca humanidad.

Ahora bien —pues en mí tu ojo se hunde y penetra—
de ese ser, el espíritu colectivo soy yo.
Doquier, en toda forma, y aun en la inmensidad,
tú eres tan sólo hombre; yo soy humanidad.

•

El ser horrendo, en vuelo en la sombra insondable,
añadió:

—Nadie debe salir de lo posible;
nadie ha de transgredir su realidad. No obstante,
quiero, puesto que llegas a esta sombra, imprudente,
hacer una excepción contigo a quien encuentro.
Cualquier meta que busques, yo no habré de oponerme;
consiento incluso, hombre, en colmar tus deseos.

Pues soy de lo infinito, yo puedo lo que quiero;
mi mano lo abre todo pues que todo lo cierra;
quien se abreva en la noche puede beber del alba,
y todo lo que quieras te lo concederé.
¿Qué es lo que pides? Habla.

Y en el pavor sagrado,
yo, junco al viento, brizna de paja vil, callaba.
—No dirás que llegaste aquí, dijo el fantasma,
para no preguntarme alguna cosa. Vamos,
habla. ¿Quieres fogatas, o quieres nimbos, rayos?
¿Qué quieres de este abismo en el que, si me asomo,
la nube hecha paloma acude, hosca y blanca?
¿Quieres saber el fondo del áspid, del gusano?
¿Quieres que yo te lleve conmigo por el éter?
Te obedeceré. Habla. ¿O tendré que mostrarte
cómo llega la aurora, y cómo va al encuentro
del olor de la flor y del canto del pájaro?
¿Quieres que sujetemos del morro a la tormenta,
y que rodemos juntos en plena tempestad
cuando el viento en jauría corre sobre la espuma
y cuando el trueno, arquero, y el rayo cazador
asaetan la piel escamosa del mar?
¿Quieres que a manos llenas los dos, en lo invisible,
viandante, cosechemos la terrible ilusión?
¿O que nos asomemos los dos a los secretos,
y miremos de cerca a la naturaleza
mientras ella produce en la inmensa penumbra?
¿Acaso estás curioso de ese parto sombrío?
¿Quieres mirar el germen y mirar cómo brota
el sueño o el peñasco, el dormir o los ríos,
sorprender en el acto a la creación, madre
de todo lo real y toda la quimera?
¿Quieres de un nacimiento escuchar el rumor,

ver brotar un edén, presenciar la primicia
de una esfera, de un globo en flor o de una luz?
¿O ver surgir la idea, deslumbrante y altiva,
en busca de su esposo el genio por los cielos?
Di, ¿quieres en la noche, o bien en el destino,
ver levantarse un astro o levantarse un alma?
Ya puedes escoger. Pide, interroga, exige,
habla. Estoy esperando. ¿Hay que agarrar, yo puedo,
por la greña una estrella en la fuga nocturna
y traértela, espléndida y toda temblorosa?
¿Qué quieres? ¿Quieres ver diez soles, o sesenta,
levantarse a la vez en sesenta universos?
¿O en el umbral abierto del cielo ver al alba
desenganchar los siete caballos de la Osa?
¿O quieres que en la sombra de donde brota el día,
hombre, para que tengas tiempo de examinarlos,
los mundos, que un eterno prodigio hace dar vueltas,
se paren un momento para tomar aliento?
Habla.

Abatió el espíritu sus alas de falena
y calló. Tembló el aire bajo mis pies audaces.
La áspera oscuridad que nos veía a ambos
y lucía a lo lejos con vagas aureolas,
pudo oír aquel triste intercambio de frases
entre el extraño espíritu y yo, hombre asombrado:

—No, no, nada de eso.

—¿Qué es lo que pides?

—ÉL.

—¿Eh? —exclamó el espíritu.

Y todo se esfumó
y una como luz pálida tras de la espesa nube
se hundió en el aire negro como un cielo cimerio.

Se oyó una carcajada y yo ya no vi nada.

•

No siendo más que un hombre de carne miserable,
en la oscuridad fiera, áspera, impenetrable,
en las brumas sin fondo, sin bordes, cual sudario,
yo pensaba en lo horrible que es encontrarse solo.
Luego volvió mi espíritu a su afán: conocer,
saber; —mientras la sombra turbia, horrible, traidora,
rodando entre sus ecos la negra risa irónica,
crecía en el espacio como en mi corazón.

Y grité, replegando mis alas ya cansadas:
—¡Decidme solamente SU nombre, espacios tristes,
para que lo repita para siempre en la noche!

Y no oí nada más que la brisa que huye.

•

Y me pareció entonces que, en sombrío espejismo,
igual que torbellinos que un gran viento empujara,
veía ante mis ojos en confusión pasar
y crecer y temblar, huir, desvanecerse
esas criptas del vértigo, esas urbes del sueño,
Roma que en sus frontones transforma en cruz su espada,
Tebas, Jerusalén, Meca, Medina, Hebrón;
figuras que llevaban en la mano un clarín,

y árboles horrorosos y cavernas y bálsamos
donde en el viento rezan tenebrosos Jerónimos,
y entre aquellas babeles, torres y templos griegos,
frentes de escollos hórridos con algas por cabellos;
y todo aquello, Nínive, Delfos, Éfeso, Abdera,
tumba de San Gregorio donde brilla una lámpara,
gradas de Benarés, pagodas de Geilán,
montes de donde el águila toma impulso de noche,
minaretes, wigwams, Partenón, templo de Aglaura
donde se ve el alba, flor vertiginosa, abrirse,
y gruta de Galvino, y cuarto de Lutero,
paso de azules ángeles por entre el éter líquido,
y trípodes donde arden almas, ojos de brasa
de la gran perra Escila sobre el mar calabrés,
Dodona, Horeb, perdidas rocas, bosques graves,
y convento de Ejmiatsin con cuatro torres blancas,
negro crómlech bretón, horrible cruack de Irlanda,
Paestum donde las rosas suspenden su guirnalda,
y templos de los hijos de Cam, de los de Set,
todo flotaba lento y se desvanecía
en una especie de áspera y vaga perspectiva;
y era todo, delante de mi pupila atenta,
sólo pura visión de ésa que no hace ruido,
y pura forma oscura dispersa por la noche.
Y, pálido, en voz baja, lancé este grito oscuro,
sin osar levantar la voz entre las sombras:

¡Seres! ¡lugares! ¡cosas! ¡noche fría que callas!
cedros de Salomón y fresnos de Teutates;
oh buzos de la nube, portadores de tablas;
adivinos, videntes, magos, hombres horribles,
oh tebaidas y selvas, y soledades; ombos
en donde los doctores que viven en las fosas
se llenan de infinito como de agua una esponja;

oscuros cruzamientos de visiones y abismos,
sueño, blanca ventana de las apariciones;
gérmenes, avatares, noche de encamaciones
donde vuela el arcángel y el monstruo se revuelca;
oh muerte, negro puente natural entre estrellas,
oh comunicación entre el hombre y el cielo;
coloso de Minerva Aptera, a cuyos pies
el viento con respeto derriba a quienes pasan;
olas volviendo siempre y siempre rechazadas;
calvo Apolonio, viejo soñador sideral;
oh escribas, con la punta del bastón augural
trazando el tenebroso rasgo del alfabeto;
epoptos griegos, yoguis, faquires, bonzos, druidas,
torres desde las cuales saltan circunceliones,
santuarios y trípodes, aras, fosos de fieras;
los que visteis sudar frentes de sabios pálidas,
cementerios, reposos, asilos, negros sitios
donde se va a limpiar, vencido, el pensador;
pintada y monstruosa gruta del rey Psamético;
Francisco de Asís, Bruno, Escoto, Santa Rípsima;
caminantes que atrae el fulgor de la cima;
siete sabios que habláis en la sombra a Girselo;
oh temibles reclusos del desierto y el sueño
que estáis cuchicheando con bocas invisibles;
frentes que inclina el cielo del que bajan las biblias;
espectros, extravíos de lámpara y antorcha;
tú que ves Canaán, oh montaña de Nebo;
monjes del monte Atos cantando oscuras prosas;
libélulas que en Asia rondan las pomarrosas;
Istmo de Suez que cierra cual cerrojo la India;
oh bóvedas de Elora, del monte Merú grupas
de donde escapa el Ganges de grandes aguas sacras;
oh sombra que pareces no comprender que creas;
oh los que gritáis: ¡duelo!, o gritáis: ¡esperanza!

Esfera siempre solo en lo hondo siempre negro,
que vas buscando a Dios por las mil brechas fúnebres,
blancas y tristes, que hacen en el alma las sombras;
sacerdotes seguidos de noche por la duda;
oh salmistas, David, Etán, grave Iditún,
Juan, interlocutor del ave Querubín;
y vosotros, poetas, Dante horrendo de abismo,
trágica frente vasta cubierta de laurel
que regresas, dejando que la oscuridad grite,
trayendo en tus pestañas el fulgor del Averno;
domadores que entráis sin temblar en las cuevas
a forzar el aullido hasta su madriguera;
y los pilotos nubios que remontáis el Nilo;
oh ciervo prodigioso de astas negras que bramas
en la selva de djines, de pándits y de brahmas;
hombres sepultos vivos, soñando en vuestros féretros;
pastores acodados; oh espesuras; escollos
donde al caer la noche alguien sueña siniestro;
Pitia sentada enfrente del cabo de Canistro;
rincón de la siringa donde los soñadores
distinguen vagamente sátrapas con sus mitras;
selenitas a quienes la luna embriaga y turba;
y pilas que sangráis tan sólo agua bendita,
oh llanto de los mártires; oh sabios indecisos;
Merlin, en carbúnculo indecible sentado;
Job que contempla, y tú, Jerónimo, que piensas;
decid, ¿es imposible ver un poco de luz?

•

Y esperé, taciturno; después exclamé: ¡Cómo!

¿Ha de caer el hombre, perdido, extenuado,
igual que el moscardón contra el vidrio blancuzco?

¡Cómo! ¿Todo irá a dar a una nada suprema?
¿Los que buscan temblando se esforzarán en vano?
¿El hombre habitaría la sombra, allí escondido?
¿Andar no es sino errar? ¿Se castigan las alas?
Profundo cielo, ¿el alba sería una ilusión?
Y yo entonces, alzando la voz, brazos en alto,
grité con extravío: —¡Eso no puede ser!
¡Gran invisible, gran ignoto, bueno o malo,
te lo digo en tu cara, oh ser: es imposible!

•

Y por segunda vez se oyó una carcajada.

Y más bien que una voz esa risa era un rictus,
largo tiempo movió la sombra visionaria,
luego, desvaneciéndose, rebotó como un trueno
contra aquel prodigioso silencio en que la nada
parecía vivir, quieta, insondable, abierta.

… … … … … … … … … … … … … … … …

•

Mientras, se hizo la sombra visible poco a poco
y aquel ser que me había hablado anteriormente
reapareció, esta vez crecido hasta el espanto;
llenaba hasta lo alto la bóveda sombría
como si el infinito hinchara ese fantasma;
de modo que el espíritu terrible ya era sólo
unos rostros que en flujo y reflujo rodaban,
un hormigueo sordo de hidras, de hombres, de bestias,
cual si al fondo del cielo se agolparan cabezas.

Y a veces las cabezas parecían reñir.
Yo veía en la sombra mil ojos echar chispas.
El monstruo se agrandaba sin cesar, en silencio;
y yo ya no sabía qué era. ¿Acaso era
un gran monte, una hidra, una sima, una urbe,
una nube, un oscuro montón, la inmensidad?
Yo sentía clavados en mí todos sus ojos.
De pronto, estremeciéndose como un árbol que tiemble,
el fantasma gigante se expandió en unas voces
que en sus flancos confusos a la vez murmuraban;
y, como de un brasero se ven chispas caer,
como dispersas aves, palomas o cercetas,
que vemos apartarse de la bandada al paso,
como sale de un bosque un verde remolino,
como, en unas alturas que los vientos agitan,
van volando las nubes que huyen de la tormenta,
esas voces, mezclando gritos, llamadas, cantos,
desprendidas del ser inmenso, informe y negro,
vagamente mostrándome o máscaras o bocas,
sonaron sobre mí con sonidos feroces,
a veces todas juntas y a veces una a una,
como cuando unos montes, al levantarse el día,
uno tras otro al fondo del horizonte asoman.

Y unas formas, saliendo de aquel monstruo, me hablaron:

OceanofPDF.com

II

Las voces

Una voz

Los rudos leñadores vinieron a los bosques.

—Si no ves nada, niega, y duda si ves algo,
dijo Grates. Zenón, y Gorgias, y Pitágoras,
Plauto y Séneca dicen: Si ves, sigue negando.
—He aquí el objeto —dice Bacon—, el cuerpo, el hecho,
el ser. Quedaos con eso, pues fuera todo tiembla.
¿Qué mundo es éste? —dijo Tales. Y Apolodoro
ha dicho: es sólo noche que la ceniza adora.
Y Demonax de Chipre, Epicarno de Cos,
Pirrón, el gran errante por montes y por ecos,
contestaron: Todo es fantasma, nada es tipo.
Todo es larva. —Y es humo —les replicó Aristipo.
—¡Sueño! —nos dijo Sergio, aquel sirio fatal.
—El encuentro del átomo con el átomo: nada.
Esas negras palabras las arrojó Demócrito.
Esopo dijo: ¡Abajo, mundo! ¡máscara hipócrita!
Epicuro que nace en el mes Gamellón
y Job que habla al gusano, y Dan que habla al león,
Amos y Juan turbados por los apocalipsis
han dicho: Se le ve tan sólo en los eclipses.

—El ser es el primer texto, el hombre el segundo.
Bien legible en la flor y en el árbol fecundo,
y en el éter en calma de los cielos en paz,
Natura está en el hombre oscura y mal transcrita.
Esto ha dejado dicho el árabe Alchindé.
Cardán ha dicho: ¡El mundo es un cerrado féretro!
Filotades ha dicho: Milagro, altar, creencia,
religión, dogma, se hunden delante de la ciencia;
Dios detrás del espíritu, sólo nieve en estío.
Y Kant de vasta frente, Montaigne, Fichte, Hegel,
se han asomado, mientras el gran reidor maestro,
Rabelais, murmuraba sobre el abismo: Acaso.
Y Diógenes el Cínico dijo: ¡Antorchas! ¡antorchas!
Y Shakespeare susurró, asomado a las tumbas:
Dime, enterrador, Dios, ¿cuánto pesa en tu pala?
Y Jean-Paul prosiguió: Lo que el hombre así llama
es el vago fulgor que palpita en la suerte;
es la fosforescencia impalpable que sale
de la inconmensurable y lúgubre materia;
Dios es el fuego fatuo del mundo cementerio.
Dante alzaba los brazos exclamando: ¿Por qué?
—Noche, espero que todo se afirme y diga: yo.
¿Qué dicen las palabras fe, humana conciencia,
razón, deber? —pregunta, pálido, Anaxímenes.
Locke dijo: Se ve mal con estos aparatos.
Reuchlin ha preguntado: ¿Qué cosa son los soles?
¿Son acaso picotas, o son apoteosis?
¿Y qué —dice Lucrecio— es la naturaleza
de las cosas? Es todo sordo, mudo, falaz.
Bajo una inmensa muerte, ¿existirá alguien vivo?
¿Detrás de la sustancia se ve un alma, y el ser,
no es nombrarlo del todo decir: aparecer?
La sombra engendra noche. ¿De qué está cierto el hombre?
Y el cielo, y el azar, la oscuridad, lo azul,

el misterio, y la vida, y la tumba indignada
siguen aún retumbando de esos aldabonazos.

Sí, los que dudan, fuertes, los altivos incrédulos
han llamado a ese Alguien, pero han quedado fuera.
Se han lanzado al olor que exhalan los sepulcros;
decían, altaneros, a la sombra gigante:
—¡Osa pues enseñamos a tu Dios, que veamos
cómo son esos cuadros y esos rayos que tiene,
vorágine espantosa, y si es con luz de ira
o de perdón divino como su rostro alumbra!
Y sin miedo, dispuestos a ver y sufrir todo,
en calma contemplaban de frente el cielo negro
y el firmamento sordo velado por la sombra,
feroces, esperando la caída de un astro.
Sin duda esos curiosos, ignorantes intrépidos,
luchadores, espíritus, esos hombres son grandes,
y fueron pensadores de alma firme y altiva
lanzando un desafío de luz a las tinieblas.

¿Hallarás, buscador, lo que ellos no han hallado?
¿Soñarás, soñador, más que soñaron ellos?

Otra voz

… … … … … … … … … … … … … … …

Swedenborg tomó un día la copa de Platón
y bebió, pensativo, bajo el azul terrible.
Entró bajo el oscuro porche de lo invisible
y desapareció. ¿Dónde fue? ¿Quién lo sabe?
Quizá al lugar sagrado donde pensaba Sócrates,
donde en la sombra, ungido por las urnas homéricas,

de un pozo de quimeras sale el vino ideal.
Tal vez más alto aún se perdieron sus pasos,
hasta la sima ignota, las pléyades de oro,
si no hasta el chorreante manantial de la aurora,
o hasta la sombra donde se abre lo inexpresable.
Allí está el barril: savia, inmensidad, espíritu;
vive allí, abunda y crece la vid de claridad
donde nunca se encuentra un solo astro que duerma
y hacen las creaciones sus cosechas inmensas
y el racimo de vida fluye a chorros, y tiene
la piedra de la tumba por horrible lagar;
allí está lo infinito, el principio, la causa,
el ser que se evapora en mundos, se disipa
en astros, y se expande en cielo sin medida.

Y volvió vacilante, perdido, extraviado,
doblado por la luz feroz de las estrellas;
y contemplaba al hombre por entre espesos velos
y trémulas cortinas de luz, donde flotaban
el serafín y el ángel sin fin multiplicados;
tenía en su cerebro la sombra y sus delirios,
buscaba vagas liras con sus dedos abiertos,
desnudo, balbuciendo la vorágine y Dios;
trayendo el raro gozo del hondo cielo azul
que da miedo a la tierra, turba a los hijos de Eva;
dejaba ver, lo mismo que el mundo de los sueños,
con rayos de luz lívida caída de lo ignoto,
en su mirada loca, algún siniestro edén.
La razón le esperaba, y le dijo: —¡Borracho!

Traza tu surco, espíritu, haz tu tarea, hombre.
No vayas más allá. Busca a Dios. Mas no quieras,
saliendo del amor, buscarlo en el espanto.

Otra voz

Seas quien seas, teme, hundido en esta sima,
tropezar con los vanos viajeros del sueño.
—¡Huid de aquí, oh vivos cuyo espíritu trémulo
ante lo incomprensible y ante lo deslumbrante
vacila bajo el peso de sólo un evangelio!
No faltará el peligro si unos hombres de arcilla,
que tiemblan de cansados, tiritan de desnudos,
les hablan en lo oscuro a unos desconocidos.

A fuerza de pensar, oh solitario pálido,
te hallarás en el aire y habrás perdido pie…
¡Oh los soplos! ¡temed los soplos de la noche!
¿Hacia dónde os conducen? Los que siguen un sueño
se hacen sueño ellos mismos, y aunque no son culpables,
caen en el negro enjambre de rostros impalpables.

Entonces, trastornado, terrible, tenderás
las manos, cual los muertos bajo sus mantos lúgubres.

¿Para qué? Todo huye. Un viento que os penetra
sin cesar os arrastra por el espacio… —¡Oh duelo!
¡ser especies de espíritus perseguidos y míseros!
Y no oír nunca ¡basta!, palabra celestial.
Un soplo es quien os trae, un soplo quien os lleva.
Sentir en lo que queda de nuestra forma humana
como oscuros contactos, como glaciales pasos;
la sombra toda es sólo un sinfín de terrores;
largos escalofríos de juncos del abismo.
Y nunca la luz. Nunca el consuelo de un rayo.
¡Errar! ¡errar! ¡errar! ¡errar! ¡ir anudando
la sombra en lo invisible y en lo vertiginoso!
¡Subir, caer, subir, recaer! ¡negra suerte!
¡Ser por siempre lo informe perdido entre lo horrible,

lo contrario del día, del himno y del incienso!
¡Testigos del enigma, por siempre estremecidos
ante lo tenebroso, ante lo inabordable,
y cara a cara con un velo formidable!
¡Y ser, fuera del ser y fuera de la muerte,
una cosa espantosa que sufre y que no vive!
Ser un leve clamor sembrado en lo infinito,
un vago torbellino que va llorando, un humo
de larvas, de miradas, de rumores, de máscaras,
de voces que ni aun pueden decir: me muero,
pasando siempre, siempre, como un sombrío río,
por los arcos sin fin del negro puente horrendo.

Otra voz

¿Has visto irse hacia el cielo a aquellos pensadores?
¿Los has visto partir, altivos, sediciosos,
arrojando a lo ignoto su voz aterradora,
esperando abusar de la crédula noche,
tramando latrocinios prodigiosos, soñando
ir cada vez más lejos y más hacia adelante,
dispuestos a llegar a la fuente primera,
la meta, el centro; asir o la luz o la sombra,
si no el ser; empuñar el meteoro al vuelo,
airados como Elías, como San Pablo alados,
y hallar el fondo, incluso si hay que hacer el vacío,
o bien si hay que escalar el lívido misterio,
la oscuridad, los cielos brumosos o bermejos,
con efracción de cielos, con efracción de soles?
¿Los has visto fugarse, sacerdote de blanco,
augur de alzados brazos, decrecer y eclipsarse
en las honduras sordas donde todo se esfuma?
Habla: ¿los has visto acaso regresar de la noche?

¿Te has quedado, temblando, a ver su rastro vago,
pasando días, noches tú solo en pie en tu torre?
Oh soñador, ¿has visto a esos hombres de vuelta?
¿Los has visto bajar desde la sombra enorme?
Y tú, vigía oscuro de manto de ceniza,
saliéndoles al paso en su vuelo alocado,
les has dicho: ¿Qué hay pues? —¿Y qué te han contestado
los negros navegantes sin navío y sin velas?
¿Y qué han traído aquellos cazadores de estrellas?

Nada han traído salvo sus frentes sin color
donde nada ha crecido salvo la palidez.

Todos son taciturnos después de la aventura;
soñador, traen las frentes heridas de uñas de ángeles,
y tienen la mirada como un sueño que huye.
¡Todos parecen monstruos al salir de la noche!
Y los hay cuyas almas están sangrando y sufren,
llevando en todas partes mordiscos del abismo.

Otra voz

… … … … … … … … … … … … … … … …

¡Cuídate de la búsqueda espantosa de Dios!
¡Feliz quien se limita y sabio quien se encierra!
¡No te atrevas a entrar a ese pozo!

El más firme
acaba por hallar no sé qué áspero pasmo
de su juicio, con tanto horizonte excesivo.
Dice uno: ¡Vamos! Quiere luchar, buscar;
se decide uno a entrar; da tres o cuatro pasos.

Piensa uno y ve que está en lo desconocido,
se estremece; quisiera no haber venido nunca;
Mas ¿cómo echarse atrás? El precipicio empuja.
Siente uno la hondura vertiginosa y suave,
el formidable amor del abismo, el imán
del horrible, imposible y delicioso cielo;
se acabó. Se echa uno al abismo sin límites
cruza uno unos medios tristes y misteriosos;
se atraviesa la nube, el enigma, el horror
del inconmensurable y monstruoso error,
y la creación en toda su extensión; se va a gusto,
astro en aquel azul, mar bajo aquel escarpe.
Encuentra uno a Rousseau, al mordente De Maistre,
a Platón desmayado, a Pascal loco, y muerto
a Bacon ya; y el bien, el mal y la conciencia,
una niebla, el saber, una noche, la ciencia;
intenta uno abrigar su razón con la mano;
el viento de ese vuelo extraño y sobrehumano
derriba del espíritu la llama aventurera;
la antorcha temblorosa quiere huir hacia atrás;
palidece la lámpara, la lleve quien la lleve;
por más que tenga vuelo, tenga audacia y altura,
tenga el cerebro altivo, segura la razón,
el buscador se asusta, pero sigue; a medida
que acumula más vida, más realidad, y acopia
más ideal, más tiembla; siente que se convierte
más y más en nonada, más y más en ceniza,
ciego de tanto ver, sordo de tanto oír,
deslumbrado en un cielo que es cada vez más blanco,
desvariado y que ahora más que ir es llevado,
ebrio de aquel oscuro azul que le penetra,
sintiendo cómo el ser aplasta al propio abismo,
sorbiendo mal el aire virginal y fatal
del cénit, va adelante, borrado y blanqueado,

y se disuelve al fin, con su duda o su rezo,
en una enormidad de relámpago y luz.

Otra voz

¿Qué quimera has tenido la audacia de incubar?
¿Por qué vienes aquí a rondar? ¿Hallarás
dondequiera un Olimpo, un Ararat, un Pindo?
¿Reharás un Egipto, una India, una Caldea?
¿Eres de los que hacen comercio habitual
con un breviario, o bien con algún ritual?
¿Dices que el velo santo, la cortina ideal
ha de ser de tal tela y medir tantos codos;
cuál salmo canta el ángel cuando enciende en la noche
la estrella como lámpara colgada de lo negro?
Di, contesta: ¿Requieres religiones compuestas
de libros de doctores, de domingos, de fiestas,
con su baïram, con su pascua y su adviento?
¿Crees tú que la nube, el viento y el relámpago
son diáconos que ofician la tormenta cual misa?
¿Crees que un meteoro, un alto astro es
chambelán de la sombra, o si no un chambelán
que en días señalados, tantas veces al año
cumple la ceremonia enorme del prodigio?
¿Que le hace falta a Dios la etiqueta que exige
Bronzini para el papa o Dangeau para el rey?
¿Es acaso ése el libro que con espanto buscas,
oh pasajero vano que una luz baja alumbra?
¿Esperas en la sombra hallar un formulario
del abismo, con horas, tiempos, lugares
en tal página el alma, en tal página Dios?
¿Crees en nuestra noche encontrar mescolanzas
de dogmas, de destellos, de cosas reveladas?

¿Eres —¡habla!— un creyente en las biblias, de ésos
en busca de lo eterno en un dudoso sánscrito?
¿Te imaginas que Dios pasa su tiempo haciendo
testamentos que luego arroja a vuestra esfera?,
reglamentos que digan: Vive de esta manera.
Tal día come carne y tal día pescado;
América no existe, pues no está revelada.
¡Que Josué por siempre desluzca Galilea!
Di, ¿piensas que el espíritu humano quedó anclado
en algún texto, al fondo de un papiro sagrado?
¿Biblia o Corán? ¿Dirías que Dios es un librero
que para esos curiosos lívidos, Manes triste,
Moisés, Orfeo errante de una cúspide en otra,
Pitágoras o Tales, Sócrates o Mahoma,
despliega en una esquina vetustos mamotretos
de lo sin fin, caídos de la hondura estelar,
y los expone abiertos ante quienquiera, al borde
del misterio, del cielo, el destino, la muerte,
le informa un poco, mientras se apoya en unos soles
si vuela alguna página y se hunde en la fosa,
permitiendo que hojee aquellos libros, eddas
levíticos, fedones, pentateucos o vedas,
al borde de la nada, el viento del abismo?
¿O eres tú uno de esos mentirosos que anima
la impostura, ese lúgubre y amenazante espíritu,
queriendo hallar algún divino manuscrito,
o a lo menos coger al vuelo algún pasaje
para hacer con él luego, pretextando un mensaje,
la impura norma humana, desigual, dura, inicua,
y que, según que sea un Omar o un Fingal,
forja un cielo serrallo, o un edén todo espadas,
y sueña hembras desnudas o cabezas cortadas,
complica lo infinito con un vicio o un clima,
y reduce la biblia enorme a su formato?

Seas quien seas, cuídate de la fórmula escrita;
mira que los altares, los cultos y los ritos,
los Coranes, talmudes, nunca pueden durar
si algún principio falso los llegara a alterar.
Y la superstición que les ofrece el pecho
los infecta y los mata; cuando el hombre se enreda
con esas religiones que tenéis allá abajo,
prontamente se pudren y no perduran ya.

Otra voz

Las montañas son viejas; mil veces seculares,
mudas, de noche envueltas bajo el manto polar,
con su edad monstruosa espantan al espíritu;
en su frente espantosa hay todo un mundo escrito;
la nieve de los días recubrió su cabeza;
el tiempo es un fragmento de su masa; su colmo,
triste perfil de lejos que de cerca se borra,
deja al viento la barba espesa de los bosques;
todos los duelos, todos los desmayos han visto,
pasar todas las muertes en torno a sus silencios;
han visto sucumbir más de un astro en el pozo
del horror infinito y sordo; y hace muchos
miles de años que sienten el cansancio de ser;
pues bien, sobre su flanco senil el viento infiel,
la tormenta furiosa, el rayo, ese gusano
que en la sombra invernal inmensa serpentea,
el huracán feroz que en las supremas cúspides
lava su greña de aire, de tempestad y lluvia,
el aquilón que vuelve cuando parece huir,
el granizo, el alud, y la tromba, y el ruido,
y las visiones todas de las horribles nubes,
la tormenta y sus choques, el cierzo y su abucheo,

se ensañan y no logran, bajo un dosel de nieblas,
ni siquiera mover a esos terribles viejos.
Imítales: si vas al espacio espantoso,
no titubees, hombre, ten una horrible calma.

Otra voz

… … … … … … … … … … … … … … … …

Una sombría nube cierra el fondo del ser.
Cruzada por fulgores, semejante al prodigio,
velo de lo insondable y de lo incalculable,
sin límite, sin fin, sin contorno, sin medio;
la negra nube es eso que el hombre llama Dios.
Un lúgubre aquilón que en su misterio flota
y que en ciertos momentos viene hasta vuestra tierra
a ahogar de los inquietos buscadores la tea,
arranca de esa oscura nube algunos jirones,
que esparcidos debajo de las nocturnas bóvedas,
flotan entre las sombras con formas de fantasmas.
Y Júpiter cazado por los vientos, y Venus,
y Moloch, Mitra, Brahma, Cibeles de ocho tetas
desnudas, Odín, Isis que aclaman las esfinges
de Tebas, son los vagos copos de esa gran nube.
Sí, son esos espectros que doran fuegos y albas,
esos vanos aspectos lo que adoráis vosotros;
sí, vuestras religiones nacen de ese pasar
de nubes y de nieblas por los sabios espíritus;
sí, esos deshilachados de la nube sagrada,
fragmentos monstruosos del gran Todo ignorado,
que vagan al crepúsculo y quedan deformados,
siniestros, en la frente de aquellos que se duermen,

guiñapos de infinito, a vuestros ojos son
sueños en vuestra noche, dioses en vuestro altar.

Otra voz

No quieras preguntarnos, soñador, quiénes somos.
Si llegan a entrevernos se asustarán los hombres.
Nosotros, bien que mal, hemos aconsejado
a todo el que medita, busca, piensa, vigila:
los grandes insensatos, los celebrados sabios:
volamos de árbol a árbol en los tétricos bosques;
cuanto los hombres llaman Enigma, Duda, Muerte,
Bruma, Silencio, Espanto, Azar, Misterio, Suerte,
para nosotros es, bajo la horrenda bóveda,
como un oscuro bosque que cruzan nuestras alas;
somos los flotadores de lo inmenso azul negro;
si un mago se atreviera a intentar descubrimos,
uno asir de los nuestros, o contar cuántos somos,
desapareceríamos como aves de sombra.

Somos lo que llamáis demonios. Hombre, sientes
tu cabello erizarse bajo soplos confusos:
somos nosotros: damos sombra a tus pocos días;
lanzamos resplandores sobre tu sueño, estamos
presos en la tiniebla como estáis en la carne.
Somos los paseantes siniestros del relámpago,
las medusas del sueño con desceñidos mantos,
los rostros abismales dispersos por las nubes.
Lo que vosotros veis, nosotros no lo vemos.
No vemos vuestros pasos ni vemos vuestra tierra,
ni vemos vuestros rostros bajo un sol invisible,
pero sí las ideas que hay en vuestros cerebros;
nuestro ojo burlón ve desnudo al pensamiento

y el interior de vértigo de vuestros corazones.
El aliento nocturno os expulsa y olvida
y hace flotar el hilo misterioso que une
vuestras ciencias, proyectos, trabajos, intenciones,
vuestros esfuerzos, planes, votos, a nuestro enjambre.
Mezclamos nuestra noche a la ignorancia vuestra,
y a eso lo llamáis saber; la transparencia
del ser a veces deja entrever nuestras frentes;
tal vez de noche entramos en vuestros corazones
en sueños, y sentís una vaga opresión.
Van sin cesar corrientes de esperanza o temor,
van flujos y reflujos de sentimientos varios
en la profundidad del espacio, cruzando
el bóreas, el vacío, la tumba, los escombros,
de vuestro pueblo ciego a nuestro pueblo negro.
Somos todos las presas de lo Desconocido.
Somos el eco vuestro; sois el reflejo nuestro,
pues todo es la unidad. Forma dichosa o triste,
todo se funde en Todo y nada aparte existe,
oh vivo, ¿y sabes qué dice el abismo? Uno.
Aunque no lo sepáis, pensamos en común;
temblamos, tropa lívida, encima de vosotros,
y somos la humareda de vuestro fuego negro.
Son el lúgubre juego nocturno nuestras formas.
Nos movemos, flotamos. ¿Y tú buscas a Dios?
Y ante todo, ¿a qué Dios te refieres? Precisa.
¿Cuál es en el que piensas en tu mente indecisa?

¿Es ese Dios pintado de azul, rojo, amarillo,
y que habita un triángulo de ardiente nombre hebreo,
rostro dorado al fondo de un nubarrón espeso,
con corona y estola, espada y cetro, especie
de emperador vestido con un manto de sol
con el globo en el puño y bajo el pie Satán,

sentado en una cátedra, dictando la sentencia
en Nicea de Ario y de Huss en Constanza,
negando al ser humano, concilio universal,
sirviendo de mayúscula al texto del misal,
Dios que manda a la cárcel a Galileo, y nombra
guardián del paraíso terrenal a De Maistre;
Dios que una vieja, en sueños, entre el ruido del choque
que forman en lo inmenso aparatosos rayos,
bajo el dosel azul que el astro damasquina,
ve que le está mostrando las cifras de un quinterno,
Dios irritable, gótico, despiadado, mortífero,
negra vidriera horrenda que sonroja el fulgor
del fuego que detrás arde y chisporrotea?

¿Es ese Dios que quiere por rezo la canción,
que se invoca brindando, Dios gozador que ríe,
comprende que la carne es débil, tiene ingenio;
el Dios nada enfadoso que vive en buenos términos
con todas las pasiones de vuestra pobre raza,
que disipa el pecado, lo explica si hace falta
y que le guiña el ojo en un rincón al diablo;
que vaga y mira al hombre en su holgazanería,
pero nunca del lado que hace una tontería,
no muy seguro él mismo de existir, en el fondo?

¿Es el Dios que se ve en Versalles tomar
las carrozas del rey, bien nacido, a la moda,
que hace a los Montespan los Bossuet legibles,
Dios de corte y de villa, limpiamente expurgado
de todo humor brutal y de todo prejuicio,
paternal, complaciente con la moral mundana,
que con los Massillon aplaca a los Brídame,
Dios con quien sin temor se codea un granuja,
Dios al que acepta el siglo y acepta la política,

que suelta el cielo y dice: París vale una misa,
Dios blando que perdona su promesa a los reyes,
muy poco jansenista, pedante o monacal,
y que permite a Sánchez asustar a Pascal,
al banquero embolsarse cien por ciento, a la fea
le permite ser mala y a la bonita infame,
al juez tomar sobornos, pesar falso al tendero,
hábil, que a Notre-Dame acopla Quincampoix;
que sólo con las frentes pensantes es severo,
hiere a Ramus, cancela el Edicto de Nantes,
mas con tal de que uno, llegado el día, sea
un pilar en la iglesia, primo de un mayordomo,
y quiera uno que Roma en todo reine y crezca,
y devuelvan el pan bendito a su parroquia,
le hace a uno su amigo, lo apoya ardientemente,
lo adopta a uno, pone empeño en que progrese,
habla con su excelencia a favor de uno, pide
nombrar al primogénito y situar al menor
mientras llega la mitra o los grados canónicos;
Dios fácil, habitable, útil y servicial,
a quien basta, pues tiene almacén de indulgencias,
algo de hipocresía con un poco de práctica,
que es norma y fe de aquellos devotos positivos
que hacen de vez en cuando breves viajes furtivos
hacia la eternidad, el abismo, el misterio,
lo insondable, y recalan en casa de ese Dios?

¿Es ese Dios guerrero, militar, sanguinario,
a quien poco le importa que coma uno bellotas
o pan, pero que quiere como ritos y cultos
espadas, picas, ganchos, catapulta, escorpiones,
duro rezón del cual pende un navío entero,
testudo con la reja untada de mortero,
ariete fijo hiriendo muros como una proa,

telenos que arrebatan soldados, torres móviles
recubiertas de musgo y de crin de caballo,
o más tarde, pedreros que muelen torreones
hasta que quedan hechos ceniza y se disuelven,
mangonel, falconete, trabuco, *pièces à coude*
derribando ciudades en sus fosos fangosos,
volcán griego que arrastran treinta yuntas de bueyes,
cañones venecianos, serpentines lombardos,
Dios que dice a Goglione: Prepara las bombardas,
se ríe del jergón donde, herido, tú gimes,
ebrio de la batalla con todo su aparejo,
ollas de pez ardiente, hornos de balas rojas,
que expulsa a los gañanes con terror de sus antros,
que sueña en el *Te Deum* y duerme a los acentos
del gran obús Lancastre y el mortero Paixhans;
que presta, si está armada la mina bajo tierra,
si es preciso, su trueno para encender la mecha,
y al abrirse la tierra con amplio resplandor,
viendo volar la gente por los aires se alegra?
¡Oh visión de un pasado que vuestra edad sufrió!

¿Es el Dios juzgador? ¡Oh qué extraño capricho!
Dios canciller, que lleva una peluca *infolio*
y abre el proceso Hombre y abre el embrollo Ser.
¡Dios presidente, a cargo del universo-cámara,
que bajo un cielo gris, juzga al alma y bosteza
oyendo a un abogado ángel, y otro demonio!

Di, ¿es el Dios guebro o el mormón el que quieres?
¿O ese Dios que mandó golpear a Labarre?
Mira. Elige. ¿O el Dios que le da al turco bárbaro
mujeres con que llene el sepulcro y el cielo?
¿O bien es ese Dios que hace lúgubremente
cantar, cuando es la hora de maitines o vísperas,

al hombre ya no hombre en capillas sixtinas,
y que él, creador, escucha con placer?

Otra voz

Dime, ¿serías tú por ventura un poeta?
¿Por qué osas? contesta, tú que siempre preguntas.
¿Vienes igual que Shakespeare a la torre Elsinor?
Para entrar en la bruma donde muere la ciencia
e intentar el misterio, ¿acaso confías, hombre,
tú, cuya sombra huye de los pasos cercanos,
en el suave poder siniestro de los cantos?

Es verdad, el poeta es fuerte. ¿Quién lo ignora?
Fuerza y luz, el espíritu vive en su voz sonora.
Trofonio se halla solo en su hueco divino.
¡Poeta!, dice el hombre; y el abismo: ¡adivino!
Anfión hace cantando que se muevan las piedras;
Lino errante deslumbra los párpados del tigre;
Homero está en la tumba, y su alma, a través de ella,
lleva a Alejandro, ebrio de sus versos, al Ganges;
formados en lo negro del antro, los fantasmas,
al grito de los lívidos Crisóstomos, blanquean.
Isaías exclama: ¡Duelo! ¡horror! Y relincha
Senaquerib horrible que dice: ¡voy allá!
Eurípides y Sófocles, Esquilo que un dios mina,
son el trípode donde descansa Salamina;
Elías a su antojo arroja al pueblo hebreo
las flechas de la lluvia o las flechas del fuego;
hunde el áspero Arquíloco con los golpes del yambo
el clavo oscuro donde se ahorcará Licambo;
Dante dice, fijando la mirada en un hombre:
—¡Te he visto en el infierno!— Y allá va el hombre, pálido.

La Marsellesa enorme suena como un combate;
Tirteo es una lira terrible al vuelo,
al frente de batallas y movidas banderas,
y arrastrando tras sí todo un pueblo en los vientos.
Los poetas profundos, que alcanzan la estatura
de elementos, del bien, el mal, lo natural,
antaño eran, gigantes, los íntimos amigos
del día, de la noche, la eternidad, las sombras.
Meditaban, teniendo, en el horror solemne,
siempre frente a su alma y frente a su pupila
a la contemplación, vertiginoso muro;
tenían en su seno la ciencia y la ignorancia;
dispersos, blanqueaban los fondos solitarios;
soñaban; adoptaban diversas actitudes.
Unos quedaban, quietos, el mentón en la mano,
del lado de los vivos, en la ribera humana,
y miraban pasar la multitud mezclada,
hombre, mujer, anciano, niño arrimado al pecho,
choques de espadas, lábaros, reglas, normas, cadalsos,
las cimbras azuladas de los arcos triunfales,
el trono con su rey, el cura con su libro;
y ante esa catarata demente, escandalosa, ebria,
triste, alegre, confusa, violenta, despiadada,
sorda, ignorando el vértigo del fuerte acantilado,
contemplaban de lejos la muerte, negro dique.
Los otros se apartaban del temporal terrestre,
cual si estuvieran muertos y ya del otro lado;
miraban, acercándose allí, a la humanidad
sumergirse a sus pies, raza a raza tragada;
desde arriba, asistían sin pausa a la salida
de los grandes imperios, de las grandes hazañas,
de los príncipes, hartos de poder y de guerra,
veían pueblos, reyes, cuanto en la negra noche
se vuelca del sepulcro, inmenso vomitorio;

irradiaban; sus ojos serenos chispeaban;
se hacían ellos mismos sombra y soplo, y veían
en ellos los humanos, en sus tristes delirios,
fantasmas que cantaban pasando con sus liras.
Otros, reclusos, sordos, sólo miraban ya
con el ojo interior, luminoso y perdido,
y esos hombres sagrados, semejantes a manes,
vivían, no en el mundo, al fondo de sus cráneos;
y otros más en los bosques, y soñaba su espíritu
y, dejando allí el cuerpo, viajaban deslumbrados;
iban de ser en ser, del efecto a la causa,
viendo la apoteosis del florecer del árbol;
pasando más allá de lo real, llegaban
por la raíz al fondo y por la flor al cielo;
tanto como es posible, en la creación entraban,
trenzaban lo invisible entre lo inaccesible,
escudriñaban cómo se forman los metales
en la forja invisible de tétricos martillos,
y la savia, y el fuego volcánico, y los tumbos
de lava tras la costra horrible del basalto;
el viento les cantaba un sublime peán;
observaban inviernos, huracanes, océanos,
avalanchas, escollos, lo espeso del granizo,
o las olas, pasmados de aquellas epilepsias;
captaban, pensativos, bajo cualquier cenit,
el punto en que se cruzan los infinitos todos,
donde el bien hace daño y donde ama el mal;
perseguían el sitio fatal, insuperable,
terrible, sorprendente, que la mortaja oculta
y que hace uno solo de todos los secretos.

En las grutas de India o en las rocas de Eubea,
lugares donde siempre parece ser de noche,
en Glaris, allí donde cantó la flor mandrágora,

en Delfos, en Sunión, en la isla Elefanta,
o bien en la Bactriana, o bien en la Sogdiaa,
o en los montes que llena la siniestra Diana,
en desiertos donde es cual si el ser se moviera,
desprendiendo un sombrío y lúgubre poder,
los pastores veían a un hombre cuyo rostro
parecía un fulgor extraño del espacio
y cuya boca hablaba, el cual en su extravío
lo atraía a sí todo como algún hosco imán;
y todo le temía, y las huidizas fieras
salían de su sombra aún más espantosas;
y todo cuanto es dulce triunfaba a sus pies:
la oveja, el alba —y era, en efecto, el poeta.

Pero ¿de qué vivía? Nadie sabe. Su alma
absorbía lo ignoto cual potente dictamen;
su carne se olvidaba; disolvía en sí al hombre;
del universo espléndido palpaba lo escondido;
por el alma asistía a ideales blancuras,
a las detonaciones de auroras boreales,
a diluvios que arrastran entre sus vastos cienos
hidras que parecían panales y montañas,
a caos que combaten la vida; a heroísmos
de los globos que afrontan los rudos cataclismos,
al milagro y al átomo; y sus ojos veían
nacimientos de edenes en el abismo inquieto,
chorros de estrellas de oro y caídas de escombros,
y grandes estallidos de oscuras creaciones.
Y mientras él soñaba, inmóvil, contemplando
lo inaudito, lo ignoto, lo turbio, lo ondeante,
las visiones, lo azul sin nombre, fuegos, nimbos,
niños de tensas máscaras que tiemblan en los limbos,
y la antorcha del astro que corre a prender fuego
a unos mundos perdidos en el éter azul,

y la larva, a través de nieblas decuplantes,
le iban entre los dedos del pie creciendo plantas,
y las hojas, que cumplen su tarea sin ruido,
cubrían a aquel hombre como a un roble en la noche.
Y aquella intimidad con el ser, formidable,
del soñador, más hosco que un sacerdote, hacía
algo más que un augur o que un papa; un espíritu;
espectro a quien la muerte radiante le sonríe.
De allí es de donde viene ese augusto poder
que, hecho de inmensidad, espanto, esencia, tiene
el poeta, ese santo, y se siente en sus versos;
los prodigios al fondo del misterio entreabiertos
mezclan su rayo fiero con su alma ensanchada
casi hasta el horror mismo y casi hasta la magia,
y por momentos roza, cual si se zambullera,
el círculo en que empieza la rojez del infierno.

Sí, el poeta puede lo que quiera; el poeta
hablándole detiene al gigantesco buitre;
domina la ciudad y el desierto; podría
unir la tierra al cielo, y con un mismo nudo
ideal y real, y tejer una tela
usando hilos de cáñamo justo a rayos de estrellas;
sabe sacar de todo, del hecho, grande o chico,
de aquello que se aprende, de lo que se construye,
del progreso, del féretro, de la materia misma,
una grandiosa Urania azulada y suprema;
pone sobre la ciencia un techo sideral;
hace caer el odio y la espina y el mal
de la zarza horrorosa y del alma malvada;
tierno, planea encima del circo horrible, y canta
un canto por los mártires que avergüenza al león;
a una guerra civil la obliga a decir: ¡basta!;
mezcla los corazones lejanos de los pueblos,

acopla la razón con la fe, su gemela,
calma a la masa, duerme al cauce, doma el fuego,
cambia al hombre, lo puede todo salvo esto:
nombrar a Dios de forma que el abismo comprenda.
Lo puede todo, excepto hacer que el alba en calma,
la hidra, el lirio, el astro, el rayo llameante,
digan en la extensión oscura: ¡Lo ha nombrado!
Porque este nombre vasto, refractario, inaudito,
desborda todo ser del cielo y de la tierra.
Oh tú que pasas, ¿oyes tartamudear juntos
a todos los rumores, como a todas las voces
que hay en la creación amurallada y tétrica,
por toda la extensión y la duración toda,
su nombre monstruoso, enorme, ilimitado?
Primavera y otoño y verano e invierno
son acentos diversos del gran nombre rugiente;
la sílaba del viento no es cual la de la onda;
cada ser tiene una y la murmura aparte;
le da miedo al antílope cuando es el leopardo
quien la proclama al fondo de la selva sonora;
no lo pronuncia igual la noche que la aurora.
A asir esa voz el hombre se ha dedicado a veces,
pero en vano: ese nombre inefable se rompe
en tantos trozos cuantas criaturas existen;
se dispersa entre muchas otras naturalezas;
nadie posee el alfa, de nadie es el omega;
el nombre que el pasado al morir nos legó
habrán de proseguirlo los que están por nacer;
¡el universo entero busca nombrar al ser!
Soles han muerto ya y soles morirán,
y el espacio en que nace la estrella llameante
vio nacer y apagarse en las honduras fieras
fuegos que ya son sólo ancianos astros calvos;
la hora trae y se lleva los días, meses, años,

y la memoria aborta la cuenta de esos pasos,
y la sombra espantosa entre sus ciegas ondas
arrastra en sí millones y millones de mundos,
y los surcos engendran y las fosas engullen,
y todo se despliega y todo se disipa,
todo brilla y se apaga, mi fulgor como el vuestro,
y los seres confusos caen uno detrás de otro,
y siempre, siempre, siempre, sin dejar un momento
de henchir la noche, el día, el firmamento, el éter,
sin que otro ruido alguno se entremezcle y lo trabe,
brota el nombre infinito desde la boca eterna.

Otra voz

Un raro viento a veces de cara al infinito
hace volverse al hombre, ese viviente pálido,
cuando el enigma Dios en vuestra tierra sorda
se muestra triste, enorme, para el hombre aplastante;
de todos los espíritus, soñadores, filósofos,
sabios, los que escudriñan la rojez de los cielos,
pensadores, figuras acuciosas, entonces
los que más se conmueven son los negros poetas.
¡Dios! ¡Nombre fatal! Luce, tal vez va a tronar,
o a llamear, y vemos asombrarse a los bardos
cual leones erguidos al pie de sus guaridas,
pues están los poetas situados de modo
que antes que todos sienten los soplos que estremecen
los hondos resplandores en la sima sin fondo.
Las Lucrecias, los Job, los Jeremías lívidos,
aún trémulos sus labios de estrofas temblorosas,
abrumados de espantos, dispersos en las iras,
son esquifes perdidos y son bajeles locos,
y se ve alzarse, vagos, por entre los escombros,

a esos grandes pasmados con sus arpas sombrías.
Algunos cuerpo a cuerpo contra algunos extraños
luchan; y todo es sombra; y ¿en qué han ido a parar
tantos sistemas vanos, tantos gritos y sueños,
tanta espuma que el hombre derramó en sus arenas?
Y todos interrogan o rezan con terror;
uno le habla al marino, otro al sepulturero.

Otra voz

¡Ay, el hombre, juguete del elemento: el suelo
que lo devora, el cielo que a su vez lo fulmina,
fatal, débil, nacido en una pesadumbre,
teniendo como guía su razón que le miente
y ese poco de luz que el instinto le ofrece,
combate eternamente contra la fuerza oscura!
Mira en ese repliegue del borde de una roca
la aldea pescadora que al pie del campanario
agrupa algunas casas entre encalladas barcas.
El cinturón sin fin de las olas tendidas
lo envuelve, ciñe, oprime como negra serpiente.
Allí está, solo, endeble, y sobre él se expande
la tempestad monstruosa, y el huracán lo asedia,
y se agranda el océano por tenderle una trampa.
La nube colosal donde se cierne el águila
y que llena el espacio con toda su negrura,
el ruido, el rayo, el agua donde flota el ahogado,
toda la sombra embate la pequeña ensenada,
y es la inmensidad misma, y la noche, y la muerte
quienes roen los aros de su cadena echada.

El punto imperceptible donde, siempre insaciada,
la onda espumajea, hombres, es vuestra vida.

Pues bien, siendo tan poco, ¿qué locura te invade
de escalar ese cielo batido de mil vientos,
de ir, tú que, temblando, a duras penas puedes
siquiera del fenómeno figurar el aspecto,
tú el derribado, tú el errante, el expósito,
¡tú, vencido en la sima, atacar lo infinito!?

¿Qué quieres? ¿Cuál es pues esa audacia insensata
de arrojar a la sima como ancla el pensamiento?
O velado o desnudo, ríe de ti el espectro.
¿Qué falta le hace al hombre ir a sondar lo ignoto?
¿Acaso no le basta con defenderse ya
contra lo enorme que siempre lo sepulta en ceniza
y en bruma y turbiedad, y en enigma y en duelo?
Náufrago, déjate secar en el umbral.
Ese cierzo, ese choque, ese horror, esa lluvia
son la sombra terrible que roza tu nonada;
eso desconocido, pensador, que te abruma
junto al escalofrío, el dolor y el espanto.
Mientras el viento sopla y vierte en tu cabeza
toda la oscuridad en toda la tormenta,
tú, lanzado al espacio y a la vez en tu celda,
recógete, encogido bajo el soplo de arriba,
y sin interrogar al alto cielo horrible,
que chorree el abismo sobre tu cuerpo helado.

Otra voz

¿Qué pensamiento es ése de ir a encender tu espíritu
al negro borde donde la razón misma muere?
¿Y por qué no dejar a las alas de sombra,
soñador, desplegarse por sobre el universo?
¿Para qué ir a engañar con vanos fuegos fatuos

al viejo Adán que yerra en la insondable noche?
Bajo esos domos grises donde bulle la hora,
corre y se filtra el tiempo y, gota a gota, llora,
donde, a cada minuto, hoy y ayer y mañana
se oye en la noche cómo cae el género humano,
en esa inmensidad de sombra indivisible,
todo ensayo de lámpara es un afán ridículo,
la fe muere, la ciencia es un azoro oscuro.
¿Qué habrás ganado pues cuando hayas conseguido
arrojar unos hoscos fulgores al vacío?
¿Cuando hayas puesto pálida a alguna Babel lívida,
o en las profundidades que excluyen todo ser,
al monstruoso espectro del puente a lo infinito?
¿Cuando hayas deslizado luces sobre sus arcos,
y cuando, triste, allende la tierra en que caminas,
pensador, ilumines con tu pálida antorcha
tres o cuatro peldaños de dentro de la tumba?
Vamos, renuncia. Ni una sola luz ya es posible,
los prodigios han vuelto todos a lo invisible.
La Sombra cubre todo. ¿Quién, ni aun el más amante,
quién podrá levantar, o siquiera mover
sólo por un instante los grandes velos fúnebres,
los pliegues desmedidos que envuelven las tinieblas?
Es por culpa del hombre, ¡ay!, si todo está negro.
El día, ese terco con cara de esperanza,
nada mejor pedía quizá que amanecer;
mas todo el mal terrestre sopló sobre la aurora;
la blanca aurora ha muerto y el hombre está en la noche.
Le quedaba, en el templo donde relumbra Dios,
el fuerte candelabro cuya llama constante
al tiempo que escribían alumbró a los Setenta,
pero ya ni ese foco de luz veraz le queda;
cada uno de los siete vicios que tiene el hombre
ahogó una de las llamas de la séptuple lámpara;

y ahora se acabó. El abismo que escrutas,
esa oscuridad lúgubre de vagos espesores,
el firmamento, hecho de todas las negruras,
el mar nocturno donde flota y se hunde el espíritu,
ríe viéndote hundir tu lámpara en la sombra
donde a manos de Dios se ha apagado ya el sol.

… … … … … … … … … … … … … … … …

Otra voz

¿Es que acaso, fatal viajero, meditas
acciones como en sueños, extrañas y malditas,
ir a forzar las sombras, y retando, y hurgando,
hundirte aún más lejos que las alas del viento?
Habla. Los pensadores tienen sombrías ansias,
quisieran siempre haber cruzado ya la vida,
y conocer, estar fuera, mirar lejos.
Saber les es preciso y la vida es obstáculo.
Mientras llega la tumba, se evaden a las nubes
que prosiguen abajo los sueños de los hombres,
a los vientos, montañas, desiertos, escondites,
a todo lo que tiene algo de abismo, selva,
antro, escollo marino, nido que esparce plumas,
a la flor que se entreabre, al astro que se enciende,
a cuanto ve la sombra y tirita en la orilla,
van a saciar su sed lúgubre de la muerte.
¿Te aqueja a ti también esa sed sobrehumana?
¿Quieres ver? ¿Es que es eso lo que te trae, viandante?
Cálmate, hombre, espera. Eso termina siempre
por abrirse ante ti, sombra de instantes cortos.
El misterio, esta vez sin clave, sin rasgones,
cerrado por la noche, siniestra cerradura,

te aparece, cubriendo no se sabe qué cárcel
trabada, hosca, con todo el cielo por cerrojo;
al caer, tu cadáver descerraja esa puerta.
El negro cielo cede bajo la carne muerta.
El hombre entra al hondón execrable o bendito
por la llaga que le hace la muerte al infinito.
Espera pues la muerte que hace al alma completa,
esa penetración de Dios en tu esqueleto;
los astros, que son menos, cuando el hombre no es negro,
en los pliegues nocturnos que en los de la mortaja.
Espera esa suprema ascensión que es caer.
Espera el fin del sueño, oh hombre, y del minuto
la explicación que tiene por nombre eternidad.

Siendo humano, lo más que podrás emprender
—escúchame— en tu carne, oh hombre, en tu bajeza,
es buscar por doquier, contemplar sin descanso,
de lejos o de cerca, con razón o emoción,
la defunción que nunca falta en el horizonte;
es observar sin pausa, a través del dolor,
ese rostro siniestro, negro, de la esperanza,
hombre, y no apartar nunca los ojos de la muerte,
vivir siempre apuntando, como la aguja al norte,
a esa meta final, oh pobre alma esclava.

La muerte es veladora augusta de la vida,
resplandor en la cúspide del destino encendido,
rojez nocturna con blancuras de mañana.
Hace en su claridad aparecer riberas,
cielos, todos el enigma en perspectivas pálidas,
cimas de olas de sombra en los negros abismos,
y el mal y el bien que son espejos misteriosos.
Viviente, incorruptible, igual, prolonga siempre
entre las apariencias, y la bruma, y el sueño,

y la falsedad toda que aqueja al ser perdido,
una íntegra luz, temible, de verdad.
Nos señala la vida; pone de manifiesto
amor, odio, locura y razón, esas máscaras
que flotan confundidas en el aire y que avanzan;
pone lívido el borde de lo sin fin ni fondo
de donde no regresa nadie en su misma forma;
lanza un rayo de luz sobre una entrada enorme,
roza esas redondeces: cielo, globo, cerviz;
nos advierte, ¿de qué? De lo desconocido.
Alumbra un vago puerto donde nos refugiamos.
Esa sombra se ve vigilar lo infinito.

Espera pues.

Si no, seas quien seas, sábete
que viajar a esa sombra es buscar lo terrible;
el vértigo domina a los buzos tenaces
que del gran cielo hosco retan las amenazas;
el infinito inmóvil vuelve enano al gigante.
¡Antes de ir más lejos contempla tu nonada!
Porque nunca podrás, por más que te apresures,
penetrar en lo ignoto, el origen, la fuente,
el lugar en que todo se explica y se reúne;
porque nunca entrarás; porque nunca podrás;
porque el nocturno océano de betún y de azufre
jamás podrás forzarlo, porque el profundo abismo
no lo podrás vencer, ni siquiera aunque fueses
una especie de espíritu de los montes y selvas,
un corazón que palpa a la naturaleza,
un hombre atravesado por una inmensa lira.
Aun si fueses un alma de mirada de fuego
de feroz pensamiento que va tascando el freno
y que en la gruta donde sólo la muerte entra

huye, fiero, aspirando los soplos de aquel antro.
Aunque fueses tú uno de esos magos altivos
que a veces vemos, lívidos transeúntes del aire,
arrojarse a la sima a que tú te arrojas,
exangües, con la rienda del sueño apretada en su puño,
agachándose, alzándose, soltando, reteniendo
un no sé qué sombrío, volandero, tronante,
mirando, dispersando sus lívidas pupilas,
como si con las bridas enormes de la noche
por entre el éter vago y el torbellino loco,
en la bruma, al azar, de frente, adonde sea,
tal vez hacia la noche, tal vez hacia la cima,
guiasen un carro atado con un ruido de abismo
a seiscientos caballos de rayo, bruma y viento.

Otra voz

Los que buscan a Dios sepan que es buscar sombras.
Abrazar lo infinito es el sueño del número;
captar la eternidad es el sueño del tiempo.
Amontonar con granos de arena los instantes;
amasar los deseos, los sistemas, las álgebras;
de cara a la pirámide de la tiniebla, inmensa,
palpar, con el humano espíritu, el divino,
es inútil y loco, es imprudente, es vano,
es triste; y lo imposible se yergue allí mirándoos.
¿Qué busca el adivino? ¿Qué es lo que pide el bardo
o qué espera el poeta? ¿Adónde van, curiosos?
Llenar de eternidad los ojos misteriosos,
dispersar en lo oscuro nuestro vuelo entusiasta,
ser el Eclesiastés de lo desconocido,
creer que nos movemos en la alta región áspera,
justar los materiales para una religión

que, pura y sin error, se alza sobre las otras,
es el más espantoso precipicio del sueño.
Vivientes: para el hombre lo esencial es el hombre.
Él posee la tierra, deje en paz pues al cielo,
la tierra ha de bastarle a la raza adamita.
Hombres: lo limitado debe estarse en su límite,
el ser finito, hombres, debe estarse en su fin,
beber si tiene sed, comer si tiene hambre
y huir de donde acecha la quimera execrada.
No sin razón la ley que os ha creado a todos
lo redondea todo como un compás: la tierra
bajo los pies, el cielo ante vuestra mirada.
Os tiene encadenados un círculo: la vida;
quedaos; todo esfuerzo hacia arriba desvía,
la pesantez os tiene por los pies; vuestra carne
se sofoca y no puede respirar sino aire.
Vivientes: vuestra raza es de un mundo heredera;
una naturaleza propia tenéis entera;
básteos eso; el hombre tiene vastos caminos,
pensamiento en la frente y semilla en la mano;
no voléis, caminad; el arado en la tierra
deja un surco viviente, fecundo, austero, sólido;
el navío que huye deja, menos seguro,
una estela en el agua; el ala en lo azul, nada.
Abra el hombre pues, fuerza para la verdad sólo,
con ese doble arado, idea y corazón,
en su mundo, que él viste de cosechas de oro,
junto a un surco de ciencia un surco de virtud
que convierta su globo en un jardín de luz.
Ya la materia prima os la ha dado la suerte:
esa tierra amasable, y el bloque de agua, fuego,
agua, arcilla, que debe librarse del horror,
mundo cuyas tormentas tenéis que fecundar,
que antes se llamó monstruo, súbdito de las fieras,

y que en manos del hombre, domado, amaestrado,
salvado, debe un día llamarse Humanidad.
Es la obra. Quedaos en la santa tarea;
queriendo asir a Dios se deja ir la tierra,
y la tierra es la meta. No más pasos audaces;
la tierra es donde debe buscarse el paraíso.
Dejad el cielo al cielo. El hombre allí naufraga,
sobre la tierra es vida pero en el cielo es sombra;
pues es un ser real, en la realidad quede.
¡En marcha, arcilla! ¡Oh carne esclava, libérate!
¡En pie!, ¡en pie!, ¡en pie! En la tierra embotada
prende fuego al progreso como un enorme incendio.
Limpia de cieno el oro, quita del bien el mal;
planta un ferrocarril en las arenas nubias;
¡Rebélate!, replica con la urbe al desierto;
Las plagas son tiranas, haz tu guerra servil;
los unos son leones, los otros son cochinos;
¡combate, lava, reina! ¡Y vive! Labra puertos,
horada rocas, doma aguas, levanta bóvedas,
sobre el viejo mundo echa tu red de carreteras;
da zancadas encima del globo, sembrador
de movimiento, ruido, muchedumbre y rumor.
Entre dos picotazos del buitre, Prometeo
gritó, por encima de la noche espantada:
Hombres, haceos titanes y removed los montes;
delante de los ojos de los dioses demonios,
batid la luz; alzaos como la aurora rubia,
hombres, y deslumbrad, hechos dioses, al mundo.
Es decir, id derechos al progreso, ¡adelante!
Tenéis bajo los pies, hombres, pueblo elegido,
al pie de vuestro espíritu, bajo vuestro destino,
la tierra asesinada por el antiguo caos.
De esa inmensa difunta arrancad los sudarios.
¡Resucitadla! Sólo vosotros lo podéis.

Sondead lo profundo de la onda que os sumerge;
violad las selvas, esas aterradoras vírgenes;
¡poblad, plantad, arad, injertad, roturad,
alumbrad! ¡Desdeñad, por mor de la gran meta,
la ensoñación ingrata, cegadora, irritante!
La gravedad es reina; hombre, hazla tú sierva;
la materia es el peso; hazla tú el cargador;
reúne tú el Atlántico y el Pacífico; haz
besarse a los océanos bajo tus pies sublimes;
corta los istmos; haz fecundables las nieves;
entra en todo, en la tierra y en el mar esparcido;
vivifica y transforma; abre por todas partes
sobre la sombra, a modo de pupilas, las ciencias;
en la grupa del caos ensarta una grupera;
sé el ser vivo que tiene lo ideal por tarea,
mas lo ideal terrestre, real; sé el torcedor
terrífico y radiante de testas monstruosas,
al que muerden de lado las fauces tortuosas,
mas que, gracias al hoy, seguro del mañana,
desdeña los mordiscos, pues lleva en sí la vida.
¡Tumba el cadalso! ¡Rompe los hierros y las picas!
¡Da el verano a los polos! ¡Da un abril a los trópicos!
¡Hazte el libertador del globo al fin dichoso!
Tú no ves más que un lado, el lado tenebroso;
la creación que es negra, vertiginosa, áspera,
te oculta del gran Todo la cara luminosa;
con sólo un signo tuyo todo cambia, y ahora
los motores sin nombre que Arquímedes unció,
gases, esos obreros, imanes, esos cíclopes,
las fuerzas que levantan todas las envolturas,
los potros Elementos y las Plagas dragones
rotan sobre sus goznes a la naturaleza.
Sé el domador gigante que todo lo emancipa.
Deja a Dios. Haz al mundo hombre. Hazte principio.

Deja a Dios en su cielo como él te deja abajo
sudar en tu faena, sangrar en tus combates.
Deja la eternidad tranquila. Sé la vida.
Sé el inquieto deseo que invita lo real;
sé, en el camino altivo al bien, a la belleza,
a la verdad, humano corredor del relevo,
voceador, caminante por quien viven las cosas
y todos los progresos reunidos persiguen;
sé el fogoso, el ardiente, el inquieto agitado,
y deja de ocuparte de la serenidad.

Lo absoluto os ignora. Ignoradlo también.
Avanzad, obrad, hombres; después, dormid tranquilos
y no os extraviéis en los espacios locos,
porque si el cielo es de alguien, ciertamente no es vuestro.
A algunos visitantes esa gran soledad
terrible ha terminado por hacérseles hábito;
allí se hunde el relámpago y huye; el resplandor rojo
en un cerrar y abrir de ojos, llega del sol;
viandante es de lo azul el meteoro pálido;
el cometa de un salto va de la noche al alba;
vivo, ignorado, ciego, de manera espantosa
atraviesa de lado a lado el firmamento
y regresa, de un golpe de su lúgubre cola,
desde lo inmenso negro hasta lo inmenso azul.
De esas tremendas aves es propio tan gran vuelo.
Mas vosotros, ya os dije que lleváis el ronzal
del globo, de la carne, de la muerte y la vida.
No tengáis de la sombra una inútil envidia.
Vivid en lo que brota y no en lo que se escapa.
No coloquéis el pie en la escala de noche.
La enormidad, que es muda, es ciega y es continua,
siempre siniestramente velada, mas desnuda,

llena de ese algo ignoto del que nunca podéis
distinguir un contorno, ni aun cuando nace el alba,
hecha toda de noche, de silencio, de abismo,
sin eco, sin reflejo, sin fondo, borde o cima,
os abre ya o ya os cierra sus simas estrelladas,
vive, piensa, y no sabe qué es lo que queréis de ella.

Otra voz

¿Es que te has figurado que eres, en la ceguera
de la naturaleza otra cosa que un punto?
Tú: el hombre, ceniza y carne, ¿te imaginas
que de alguna función la sombra te ha investido?
¿Crees tener derecho a buscar, perseguir,
captar lo que pudiera existir y durar,
sorprender, conocer, saber, tú que no eres
sino una larva, y mueres apenas has nacido?
¡Admiro tu inaudible vacuidad, se supone
que para el infinito cuenta en cualquier medida!
¿Qué idea, soñador del sueño humanidad,
tienes de tu cerebro, para creer en serio
que puede alguna huella dejar en el abismo?
Tu pensamiento es loco, estrecho, ínfimo, abyecto;
el hombre es como un humo oscuro que desciende.
¿E imaginas que dejas una huella, viandante?
¿Sueñas tú el absoluto como tu río Sena,
que corre entre los muelles de tu ciudad insana,
llevando los desagües de todas tus moradas,
doctrina, voluntades, ilusiones, razones,
y que tenga en su flujo, si alguno te reclama,
algún puente Saint-Cloud donde repescar almas?
¿Crees que esa agua vasta y sorda, Inmensidad,
no te envuelve de olvido y a la vez de ceguera,

de silencio, y solloza si caes y está triste?
¿Crees que en esa sima tu quimera persiste,
que conserva su forma, sueño, esperanza, acción,
y que se encuentra, tras tu desaparición,
todavía algo tuyo, tu sombra o tu cadáver,
en las redes flotantes de la eternidad negra?

Otra voz

Remonta hasta los días primeros de tu globo;
verás una muralla; es prodigiosa; tiene
diez mil pies a lo alto y a lo ancho diez leguas.
Precipicio, aluvión, en lo profundo azul
ese alto cerco sube, altivo, frío, insólito,
y de uno a otro mar tapona un continente.
Enorme geometría, parece que la escuadra,
estrato tras estrato, hizo un monte calcáreo,
y, forjando el espacio, quién sabe qué martillos
clavaron esas planchas una encima de otra.
El escarpado a pico muestra en bandas estrechas
sus capas que se alargan, firmes, iguales, rectas,
hondas arrugas, pliegues de la frente nocturna.
Contra esa pared choca y flota, rueda y huye
lo que cada estación acarrea confuso.
El colosal macizo de la albañilería
atroz que el elemento construye y desbarata
parece un cofre inmenso de piedra, que contiene
los archivos de un áspero y oscuro cataclismo,
y todo un mundo muerto plegado como tela,
con sus flores, sus campos, sus rotas rocas fuera,
y con su pulular de monstruos nunca vistos.

Tras de millones de años, esas piedras en ruinas,

esos muñones rotos serán los Pirineos.

En tanto, mira; augusto, hinchiendo el aire,
está aún todo nuevo, como acabado ayer;
nada mella su línea completa y regular;
y su cima parece como una sola piedra
plana como el tejado de un palacio de oriente;
la mañana y la noche, llevándose la contra,
hacen de esa muralla espantosa y sombría
ya un banco de la aurora, ya un bloque de la sombra.

Pero fíjate ahora: el aire se perturba;
he aquí que en lo más alto del muro enorme llueve.
La lluvia errante parte, llevada por el viento,
pero una gota de agua ha quedado en el colmo.
La bruma, al otro día, blanca cortina húmeda,
regresa; otra vez llueve; otra gota de agua
se añade a la primera; y, bajo ese rocío,
una pila se esboza, y la piedra se excava.

Y ya sobre ese punto se obstina el agua. Mira,
llueve, y se escucha como una triste voz;
tal vez bajo la roca ha chillado un demonio
viendo al agua más fuerte y a la piedra más fina.
Y llueve, y llueve, y llueve. Enero, muerto y lívido,
pasa entre sombras, llueve; la gota cae, muerde,
y horada; llega abril y acarrea la nube,
llueve; la gota de agua prosigue ferozmente;
y la primera capa es perforada; y ya
la segunda, que en vano protegiera el granito,
es tocada, y la gota, implacable, porfiada,
y que consume un siglo como si fuera un año,
vuelve, se hunde, perfora, mina, duro taladro,
y la entraña del monte, formidable, aparece,
zona tras zona, mientras en lo alto el alba alumbra,

pues la gota es esférica, un pilón circular
un estanque que el cielo dora, azula, enrojece
se instala en la meseta desierta y se engrandece.
La gota de agua vuelve, vuelve una y otra vez
y cae tozudamente, y deja desde el alba
que la devuelva el viento que la llevó en la noche,
y hace su voluntad en la montaña, y va,
viene, y somete al mármol a sus leyes triunfantes,
y pasa entre dos planos, se escurre entre dos grietas,
y demuele y esculpe, infatigable mano.
Urna ayer, hoy depósito, mañana acaso lago,
la obra aumenta y se hunde, y el ojo que la sigue
cree ver en un libro el hoyo de un gusano.

Asómate: delante, tal como si soñáramos,
perforando el monstruoso cúmulo de aluviones,
pasando de una capa horadada a la otra,
obedeciendo al peso que la llama hacia abajo,
hidra herramienta, pico, chupón, barrena, trompa,
empezando a la aurora, volviendo a la tarde,
bajando la escalera de las espesas capas,
puliendo sus anchuras en murallas ariscas,
ensanchando lo alto, bajando el negro fondo,
desplegando y palpando sin cesar el embudo,
tirando golpes siempre, verano, invierno, otoño,
su martillito oscuro, espantoso, monótono,
desgastando y serrando monte, arenisca, rocas,
completando su ruina al tiempo que progresa,
aprovechando un hueco para perforar más,
y de una arcilla a otra, de nivel en nivel,
de arriba a abajo, bloque tras bloque, banco a banco,
la gota de agua, errando, quebrantando, zapando,
retorciendo, trabaja, y, hecha terrible obrera,
tuerce en profundos círculos el formidable bache.

El vasto monte herido de aquilones silbantes,
tiembla de ver que ahonda en sus lúgubres flancos
un pozo prodigioso esa ínfima barrena,
y de sentir que el átomo crea en él un abismo.

Que ruede tiempo, sima y noche por encima
de lo que se construye y lo que se destruye.

Y mira ahora:

¡Un circo! Un teatro, un hipódromo
donde Estambul y Tiro, Menfis, Londres y Roma,
con sus miles de hombres podrían tomar sitio,
y París flotaría como enjambre nocturno.
¡Gavarnie! ¡Un milagro! ¡Un sueño!

Arquitecturas
sin constructor visible, sin nombres y sin firmas,
que tras la oscuridad guardáis vuestro secreto,
arcos, templos que Aarón o Moisés consagraron,
cercado de Tarquino donde cien mil cabezas
pululaban, y el Atlas vertía atroz sus bestias,
casbás, at-meidans, torres, kremlines, ramseiones,
donde espectros, venimos, y donde nos sentamos.
Panteones, partenones, catedrales que hicieron
humildes albañiles con almas de profetas,
montes como pagodas en donde viven bronces,
de techos monstruosos cual cielos subterráneos,
circos, estadios, Hélicles, Tebas, coso de Nimes,
monumentos gigantes, anónimos testigos,
¡no sois nada, palacios, cúpulas, templos, tumbas,
frente a ese coliseo inaudito del caos!

Ve: el hombre hace aquí el ruido de lo efímero.
Esto es la aparición, la quimera, el enigma

tallado en claros planos y trazado a cordel.
El alba en el frontón es una cinta sacra.
Y tal enormidad sueña, augusta y tranquila,
trozo de Olimpo, extraño resto de una ciudad
del infinito, que alguien ignoto desmembró;
patio de los leones de una siniestra Alhambra,
envite de Titán y Dédalo, clemencia
del compás ebrio y rey en la montaña inmensa,
estupor del viajero que suspende su anclar,
gran exageración del monumento humano,
hasta hacerlo visión, hasta la apoteosis,
mundo que no es el hombre y que no es ya la cosa,
entrada inexpresable y oscura del granito
al sueño, donde acaba en prodigio la piedra,
problema, precipicio edificio, escultura
del misterio, obra de arte salvaje de Natura,
edificio que niega y que ve la razón,
y que termina, allende el terrestre horizonte,
sobre el muro nocturno, el fresco del abismo.
Es Vignole en la base y en la cima el relámpago;
el espectro de todo lo que el hombre construye,
terrible, y que se mofa del hombre y lo reduce.

La pirámide inmensa sería aquí el mojón
donde el toro encorvado viene a aguzar su cuerno,
¿y tú preguntarías: qué piedra pues es ésta?
En el suelo del circo de Arles planta un clavo,
y ese clavo, en la hierba marchita tanta sombra
dará allí como aquí la columna Trajana.
¿Qué jugador gigante dejó aquí ese dado?
Duerme un muerto en un ángulo, otro apoya los codos
y en su cuello la bruma se mece como un bocio.
Ve crecer hacia arriba y menguar hacia abajo,
tachonando de líquenes los granitos bermejos,

los bancos superpuestos que forman grandes círculos
cual boas enroscadas unas sobre las otras.
Con no se sabe qué catadura de apóstol,
sueña una roca al borde; y peldaño a peldaño,
otros bloques atónitos, velados, angustiados,
se parecen a Níobes, a Raqueles, a Hécubas.
La menor de esas peñas tiene diez mil pies cúbicos.

La forma es simple: un circo; el muro sin embargo,
a fuerza de grandeza y de vida, es oscuro.
¿Qué puede ser un muro roñoso, burdo, a pico,
donde el blanco glaciar incrusta su relieve?
Alabastros y gneises y pórfidos caducos
mezclan con sus almenas sus arcos de acueductos,
y bajo unos frontones el vapor desdibuja
elefantes que bajan la trompa y cargan bloques.
Estas torres son bases angulares ¿de qué?
Del vacío, del éter, del soplo, del espanto.
Lo imposible está aquí de pie; tan sólo el águila
se enfrenta a este inmedible y salvaje arquitrabe.
Tal como se confunden, cuando tembló la tierra,
en la hierba las claves, capiteles y fustes,
todo se mezcla: el arte griego con el de Siria.
En las puertas se pudre la sombra hipocondriaca.
Torres donde parece que cantase Beethoven,
poste, montante, cipo, obelisco, peulvén,
todo aparece en masa: basamentos, balaustres
donde un agua de nácar abre un vago candil;
barrancos en los cuales cabrían batallones;
en las paredes, huecos a modo de esos surcos
que en tiempos del diluvio dejaba ante los antros
y entre los grandes juncos el paso de unos vientres;
mira: ves allá curvas, arcos; en ciertos sitios,
muros cuadrados, planos iguales, rectos ángulos;

siempre la simetría impensable y segura;
gradas cuya medida se diría tomada
del doblar de rodillas de arcángeles sentados;
pináculos gigantes que soportan oasis;
orden y abismo; bajo las arcadas, los pinos
son hierba; el arco iris nace de las cascadas.

Todo es ciclópeo y vasto, y deja estupefacto;
ante el borde se arredra la intrépida gamuza;
el edificio, irguiendo sus pisos ante el ojo,
es cada vez más blanco a medida que sube
y, con todos los rayos de la hora empurpurada,
de la roca calcárea va al mármol puro, y prende,
como si consagrara su más solemne hora,
su cornisa final de las nieves eternas.
¿Cuánto tiene de alto? Pregunta al hondo cielo,
al viento, a la avalancha, al vuelo de los pájaros,
a las doce cascadas que en la sombra se quejan
en ese aterrador cilindro giratorio,
a algún torrente exhausto de espuma y de combates,
desplomado, fragor arriba, abajo humo.

Piranesi azorado, autor de apocalipsis,
entenderá este nudo de elipses, orbes, ángulos;
mas el ojo, de día, puede medir aún
su forma inexpresable, su aterrador contorno;
pero apenas, borrando el borde, el fondo, el centro,
la noche como niebla entre en el edificio,
la sombra se disipa; y es bajo el firmamento
una especie de extraño, triste amontonamiento
de brechas, de frontones, de cavernas, de porches
donde los hoscos astros tiemblan igual que antorchas,
y en no se sabe qué cimbra desmesurada,
algo estrellado flota junto a algo azulado.

Métete más adentro en la cosa gigante:

Ese circo, esa cuenca, embocadura abierta,
imprime un movimiento de rueda al aquilón
y hace de todo viento que pasa un torbellino;
el cierzo habita allí, felón que bate el ala,
y la tromba da vueltas en eterna espiral,
formidable emboscada tendida al huracán.
El precipicio se abre cual fauces de volcán
y ¡ay! de la nube errante que quiera aventurarse
a atisbar a través de alguna áspera grieta:
apenas se ha adentrado, ya no puede salir;
por más que retroceda, que tiemble y se arrepienta,
la atrapa el torbellino. Nada que hacer. La nube
combate la corriente como un hombre que nada;
rueda, está encadenada. Escúchala gruñir,
hace vanos esfuerzos tratando de evadirse;
parece que el abismo implacable se mofa;
sube, vuelve a caer; a lo largo del muro
busca loca una brecha, un hueco, un agujero,
y presa de la ráfaga, huyendo enloquecida,
vomita sus granizos, sus lluvias, y acribilla
de relámpagos ciegos el terrible escarpado;
se turba el viejo monte, pues las convulsas rocas
tiemblan cuando, colgada de picos o arrecifes,
desde el alto azul vasto por donde siempre ronda,
libre y sin sospechar la inmensidad del fraude,
topando de repente ese sombrío embudo,
y con su propio espanto y con su propio aullido
sacudiendo las torres, la pared, la planicie,
la tormenta, ese lobo, cae en la enorme trampa.

¡Temible vecindad de los torcidos árboles
perdidos, enredados, bajo el viento, al abismo!

De la brizna a la roca, del roble a la maleza,
el horizonte entero del circo se estremece;
teme el torrente; el pico, mojado de tormenta,
en la sombra tirita, y el pasto desvelado
entre los centenarios pinos escucha, pálido,
rugir toda la noche ese foso de truenos.
Y ese circo que, en vez de los osos o lobos,
encadena huracanes en sus sordas cabañas,
ese ancho anfiteatro de muro inaccesible,
ese edificio loco, tremebundo, imposible,
hace al espíritu, allende de los mismos titanes,
soñar combates tales y combatientes tales
que se diría hecho, quizá, para la lucha
de las hidras que abajo la tierra humilde y turbia
entrevé en el pavor del monte sideral;
o bien que en esa liza extraña y sepulcral,
bajo ese acantilado espléndido y sublime,
pueden torcer a gusto grandes constelaciones,
y que en ese inaudito coso daría miedo
a veces ver bajar a través del vapor,
para entredevorarse, las bestias de los astros,
y oír luchar allí, bajo sombríos velos,
y bramar y rugir al toro, monstruo alado,
el Capricornio horrendo mezclado con las nubes,
el león llameante sembrado de ojos fúnebres,
bostezado en la luz y mascando tinieblas,
el escorpión que lleva en sus patas la noche,
y acometiendo a todos, el sagitario negro,
cazador con la aljaba llena de meteoros,
cuyas flechas astrales, como auroras que pasan
y se alejan seguidas de una estela de oro,
se ven lucir a veces, y caer en la noche.

¡Inmensidad! El alma se turba. ¿Qué Vitruvio

edificó este vértigo y excavó esta barrica?
¿Qué Escopas o qué Sóstrato o Antínopo arquitecto
construyó este desván con montes quebrantados?
¿Cuál Fidias de los cielos ha hecho a su tamaño
la serenidad áspera de tal arquitectura?
¿Quién moldeó los garfios? ¿Quién molió los cementos?
Naturaleza, ¿quién a estos acantilados
anudó los torrentes, caballos cuyas colas
cual crin de plata penden en cascadas azules?
¿Desde qué cénit pudo descender la plomada?
¿Quién midió, calibró, talló, reglamentó?
¿De qué muro ideal se dibujó el diseño?
¿De qué tierra o región de una visión purísima
llegó aquí el soñador de este sueño inaudito?
¿Qué cíclope sapiente de una edad eclipsada,
qué monstruoso ser, mayor que las ideas,
tomó un compás de más de mil codos de alto,
lo hizo girar con dedos prodigiosos y firmes,
y trazó este gran círculo al nivel de lo azul,
siniestro rondador de la abismal ventana,
pozo que, oscurecido por la noche, sería
la enorme copa negra donde bebe la noche?

En el tiempo en que, nada hecho del todo aún,
se sentía mezclarse el caos aún cercano
y las montañas eran sólo un montón de fango,
¿algún gigante extraño, hijo de Cam o Bel,
tomó acaso de pronto y revolvió Babel,
y la apoyó a este monte, al modo en que se imprime
sobre la ardiente cera chorreante algún sello,
de modo que, legando al hoyo que ha dejado
en el monte su forma invertida, la torre
quedó impresa en la roca en forma de cisterna,
con su rampa en que el día y la sombra se alternan,

sus escaleras negras y sus picos redondos,
sus portales abiertos cual bocas de clarines,
de modo que hoy los ojos ven ese molde horrible,
hueco del que Babel fue el relieve terrible?

El autor es el átomo, ya lo dije; el autor
es ese hilo que raya lo azul en las alturas,
es un poco de niebla que da un poco de lluvia,
el grano de cristal que un soplo tibio enjuga;
es, con luz o en la sombra, de noche o de mañana,
la molécula de agua que el cielo negro escurre,
la lágrima del párpado de la nube escapada;
es lo que tiembla cuando movemos una hierba,
lo que no tiene nombre y se parece al llanto;
es eso que la luz, cruzando entre las flores,
toma y lía en su vuelo sin cargarse con ello,
¡lo que de un solo trago se bebe un pajarito!

Este circo y sus torres, edificio sagrado
donde ondea el pendón azul de los abismos,
teatro donde el viento y la tromba combaten,
eso es, sí, lo que ha hecho el átomo de lluvia.
¿Qué falta te hace pues un Vishnú, un Alá,
un Buda o un Ammón cornudo para eso?
¿Por qué salir del círculo que en lo real te encierra?
¿Para qué destronar a elementos y gérmenes?
¿Por qué pues quitarías su misión a la cosa?
¿Por qué forzar al átomo a que ceda y dimita?
¿Para qué destituir, hombre, al grano de arena?
¿Alguien que diga Yo te es tan indispensable?
Colocas a un pronombre personal en lo excelso.
¿Qué ganas te acometen de un hacedor eterno?
¿No puedes dar un paso sin uno u otro Altísimo?
¿Va a abalanzarse fuera de su cuenca el océano,

morder y roer todo si no está allí tu Zeus
para agarrar sus crines y para darle el alto?
¿Todo es sólo una gruta que da albergue a ese druida?
¿Imaginas que el sólido va a comprimir al fluido,
que el mar quedará falto de ondas y de henchimientos,
que el sol escapará apagado entre humos,
que olvidará el secreto de toda vida el germen,
que tomará la tierra la ruta desviada,
o perderá la luna cualquiera de sus cuartos,
si en un rincón no tienes, batiendo en los morteros,
topando, moldeando huesos, moliendo polvos,
un fantasma forjado de estrellas y relámpagos?
Sin ese enmendador que, viviente y perpetuo,
señala lo que debe cambiarse en el ritual,
del que dudas soñando hasta cuando lo imploras,
¿los lirios se ajarán en el manto de Flora?
¿O las violetas, di, extraviarán la llave
del frasco de perfumes en tierra entre las mieses?
Entre el pasado en sombra y la llama futura,
¿sería el hombre, di, en su oscura aventura
tragado por el hoy, roto por el mañana,
si no tienes, a fin de salvar a tu género,
algún Jano bifronte que se enfrente a las hidras?
Así pues el minuto fijará en las clepsidras
el tiempo. Y ese obrero misterioso que corre
se va a quedar parado en la cabria del cielo;
y la luz, el imán, la atmósfera, la savia
van a desconcertarse y no saber qué hacer,
el movimiento todo se detendrá, transido,
si tu Brahma no viene a gritar: ¡Por aquí!
¿Es que abril necesita una consigna? ¿Un trueno
es por ventura un trémulo y negro funcionario
que espera que alguien venga a fijar su tarea?
¿Hace falta un vigía siempre presente, porque

erraría sin él la hora del alba el astro?
El mundo es una torre llena de campanadas;
tras la esfera, ¿hace falta que haya algún relojero
que regule los pesos y cada tanto tiempo
ponga orden en el cielo, aceite los engranes
de globos y estaciones, de vientos y de nubes,
diciendo: Venus, Véspero, ¡a casa! Sal tú, Júpiter,
y dando a cada esfera a su vez, en el éter,
ya la nota que canta, ya la nota que reza,
mientras da cuerda al vasto y sombrío repique?
¿Crees que son fantoches, muñecos de reloj
Orión y Sirio, Vesta, como Saturno y Marte?
¿La creación entera es acaso una fuente
con mecanismo, tal cual La Samaritaine?
¿Tienes miedo de ver caminar solo al mundo?
Es preciso que el bosque implore: ¡Padre, un tilo!
¡Un encino! Y después, dadme un poco de musgo
para que el viento amaine su fragor en mis antros.

Pues ¿qué? Este intercambio de atracción vasta y santa,
este flujo y reflujo de toda la creación
que arroja afuera al ser y otra vez lo reabsorbe:
el universo —llama, orbe—, ¿no ha de rodar
sin que el terror exclame: ¡Hacen falta soportes!;
sin que el hombre, apelando a Teutates,
Iriensul, Bhagaván, Cronos, Teos, deslome
a un obrero divino para empujar la máquina?
Sueña eso, hombre, y marcha camino del error.
Mas yo, que soy la sombra y que voy por la noche,
no aceptaría nunca, para lograr prodigios,
o ahondar un pozo oscuro y llenarlo de vértigos,
o alzar en vilo un mundo, horripilante fardo,
el trueque de tu Dios contra mi gota de agua.

•

… … … … … … … … … … … … … … … …

—Pero esa gota de agua —grité yo— ¿quién la ha hecho?

Otra voz

¿Vienes del infinito a hojear el prospecto?
¿Esperas encontrar la glosa de un Dacier
al margen de la nube y los astros sin número
notas a pie de página al texto de la sombra?
¿Te imaginas acaso que los éteres, llenos
de brumas y de fuegos, mezcla de vastos pliegues;
los globos; la extensión de lívidas fronteras
son un libro dispuesto por orden de materias
donde el Altísimo, tras su velo de horizontes,
da pruebas de que existe y explaya sus razones?
¿Crees que Dios —si existe—, previniendo en su esfera
todas esas preguntas que tramas plantearle,
jamás habría osado crear el universo,
los espacios abiertos a todo torbellino,
el vasto mundo donde nada duda y se evade,
la ola de seres, bajo el soplo de la vida,
lo azul que reaparece no bien huye la bruma,
salvo en debida forma y con pruebas en mano?
¿Crees tú que lo ignoto se apresura a bajar
si oye que tú lo llamas, tú el grano de ceniza,
y, presidiendo tú, va a presentar examen
y aclararte, sacando a relucir documentos,
el fin de todo: el día y la noche y tú mismo?

¿Crees que en su alto azul va a explicarte el Eterno
lo exquisito, poblado sin pedir tus consejos,
y va a justificarte los cielos y los soles?

Otra voz

¡Ay, es la oscuridad, es la fuente profunda
lo que quiere escrutar y sondear tu ojo,
oh soñador a quien la noche eriza el pelo!
¡Es el enigma Dios lo que te ocupa! ¡Quieres
ir al fondo, deseas ver claro en el nublado!
¡Vaciar la sombra! Pobre alma exhausta, te falta
aquella ciencia…

—A ver: intenta; empréndelo;
con los viejos papiros, misales y Coranes,
las biblias que en el pecho llevaban las esfinges,
rehaz tú la armazón floja de las doctrinas;
hundido bajo el fardo de lo que cree el hombre,
estructura la masa monstruosa, reconstruye,
con esas vigas mal juntas el edificio
al que llaman verdades, dogmas o teologías;
restaura tú, derriba, funda. Ponte a ensayar;
vuelve a alzar en pie el viejo trasto en sus viejas vigas;
cree cual Juan Clímaco o cual Juan Catecúmeno;
o talla un mueble nuevo sobre la ciencia humana
que guarde bajo llave eternidad y sombra.
Interroga al altar de Isis o de Astarté,
o a los templos paganos que rehúyen los sabios,
entre cuyos salientes hacen nidos los cuervos;
o al lívido Irmensul que se alza en el menhir.
Escarba en el pasado; escarba en el futuro;
observa fijo cómo el negro Tiempo hojea

la vida, el hombre, con su pulgar de esqueleto;
deletrea este cosmos creado por el soplo,
texto en que cada mundo se lee como un párrafo;
cifra y descifra; prueba, interpreta, proclama;
confronta lo que tiene de sombra el alma humana
con lo que tiene el cielo en su noche de alma;
devuelve a Olimpo ermita al fondo de su antro;
interroga al gusano en la tela que hila;
muestra y mira; haz la pascua, lo mismo que Teófilo,
a los catorce días de la luna de marzo;
visita a Anión; enfrenta a los colosos chatos;
impugna, afirma, niega, espera; di el rosario;
siente temblar la tierra lo mismo que Cesáreo;
cual Belarmino, antes de ser cura predica;
exprime en tu cerebro todo el saber humano;
haz de entenderlo todo una extraña proeza;
mira acercarse, el uno tras el otro, a Boecio
y San Dionisio, ambos la cabeza en sus manos;
de la misma manera, anda el mismo camino;
vaga en la hondura que hizo tan pálido a Pitágoras;
comenta a Onufro, Adón, Glareanus basiliense;
sé druida, sé faquir y sé bonzo y sé mago;
establece, si quieres, sobre el modelo antiguo,
encima de las nieblas del quimérico error,
una sabiduría con dóricas cornisas;
sé tú el intermediario entre los ciegos; Volta
contradice a Clairaut; Cirilo frente al Gólgota
ve en la sombra una cruz de quince estadios de alto;
Bossuet de Calvino marca los despropósitos;
el obispo Arquelao persigue a Maní errante;
dice Hildebrand: YO SOLO; y Lutero: HERR OMNES;
lo que Pascal adora Diderot lo difama;
—¿Que tres reyes? —exclama Reuchlin—; ¡cuentos de viejas!
—¿De dónde vienen? —Arouet le pregunta a Calmet;

¿De la India o de África? —Y Paracelso da
tres pegasos de llamas a los tres reyes magos;
Salomón talla el arca; Huss rompe las imágenes;
Pelagio quiere lucha; Agustín quiere fe;
intervén; crea un centro, una regla, una ley;
halla el eje común a doctrinas contrarias;
razona hasta hermanar a los razonadores;
amalgama a Epicuro con el propio Ezequiel;
en el cosmos, para ellos, todo cielo es infierno;
es la cárcel del mal de la que sois las presas;
para otros es el sitio de fiestas y alegrías;
unos viven cantando: todo es placer y juego,
otros leen el libro bajo el fulgor del fuego.
Combina ese cénit y nadir de los sabios.
Da a tu ojo, asomado a los hechos, las épocas,
una lente con todo lo que el hombre ha aprendido;
busca; dite a ti mismo: Voy a hacer que en mi espíritu
la claridad converja para cambiarla en llama,
Dios se condense en mí para encender mi alma.
Hurga en Alcuino, Santo Tomás, Gorgias Leontino,
el menólogo griego, el ritüal latino;
ve de Tebas Heptápylos a Tebas Hecatómpylos;
deslúmbrate de enigma y espanto la pupila;
lee, escribe; sé gozne del pórtico; sé tea;
sé cardenal al lado de Sadolet y Bembo;
métete en el desierto a comer saltamontes
como Juan que escuchaba las quejas de la sombra;
prepara una pesquisa; consigue informaciones
del viento, de las ondas donde están los alciones;
coge cada quimera y cada cisma; deja
por Eustaquio a Novatus o por Melecio a Ario;
ve del judío al parsi, del espíritu al cuerpo,
de la ronda de dioses a la ronda de muertos,
de la danza morfasma a la danza macabra.

Vela; prende tu lámpara de oscuro candelabro
que alzan, cerca del trono donde Septentrión luce,
juntos Perseo y Sirio, los negros de la noche.
Pide cuentas al germen, a la ceniza; escribe
un interrogatorio en forma de prodigio;
oye el chisporroteo del incensario ardiendo;
escucha el grito sordo del rayo, y, por la noche,
oye el ruido del pico allá en el camposanto;
habla a Domnus primero, obispo de Antioquía;
sobre lo irremisible y sobre lo venial,
consulta a Juan Casiano, a Tomiel, a Escalígero;
¡Sé el vidente! A semblanza del arúspice trémulo,
ve a mirar en la noche el horror de las simas;
en todo abismo, al fondo, ten un siniestro imán;
espectador del doble abismo, observa cómo
el hombre entra en la muerte y el astro en el eclipse;
da tu pluma a las vírgenes igual que Justo Lipsio;
espera en lo infinito, su triste galería,
a Zenón, sabio loco, a Gerbert, papa negro;
ruega, evoca, exorciza, consagra, ora, bendice;
ponte de codos sobre el ser oscuro; apuesta
al enigma, a la esfinge, a la sima, al mañana,
al ayer, al futuro; toma la vara y mide
el cielo por kilómetros, o si no, por centiáreas;
ponte encima un sudario y en la testa una tiara;
en el féretro, horrendo, palpa el nudo gordiano;
proclámate unidad; haz de ti el meridiano;
añade tu razón, tu fin, tu conjetura,
tu idea, por pilar de la naturaleza;
por encima de Keops pon el piramidión;
hazte un convertidor igual que Espiridión;
hazte un advertidor como el gallo sonoro;
cabalga en el caballo terrible de Leonora,
y usa para alumbrarte el fuego de su belfo

y la luz que en sus huesos nos muestran los espectros;
superpón y construye como una torre sólida
a Wiclef, Basilides, Leibnitz, Ambrosio diácono,
a Swedenborg, Lyranus, Ruperto y Abulensis,
Cardano que se sienta bajo abismal carbúnculo,
Fotino, Casiodoro, Alcidamas, Eusebio,
Potamón de Heracleay Pafnucio de Tebas,
los mil doctores, falsos, reales, grandes, chicos,
conocidos o no, de Sofrón a Teotecno,
los adivinos, sabios, París, Roma, Epidauro,
los poetas serenos, hermanos de la aurora,
con esa misma púrpura y mismo oro cubiertos,
y la congregación de padres de San Mauro,
la gracia y el pecado, la oración implorante;
los veinticinco días del concilio de Trento;
las sibilinas páginas caídas de algún sitio,
el libro turco, el libro hebreo, el libro hindú;
pasa días y noches; sueña hasta quedar blanco;
sé Jerónimo, o Juan que ronda el arenal;
Dante para pensar y Newton para ver;
sé Orígenes, sé Euler, ¡Platón! ¿Quieres saber
qué es lo que construirás sobre Dios? Puro humo.

Combina, sí, a Egipto con Delfos e Idumea;
ve qué quiere decir Zeus, Mitra, Vishnú;
indaga en el oscuro zodiaco de Dendera;
espera donde Tales no espera, ni Nicómaco;
vuelve a las cifras negras con que otros se engañaron;
vuelve a todas, a aquellas con que tú te engañaste;
traza todos los círculos que pueda tu compás;
cavila, habla a los árboles, hazles alguna seña;
cuenta y cuenta, recuenta; haz sumas, alinea
ante lo impenetrable como ante lo fatal
todos tus ceros, aros del visillo del féretro;

el sepulcro, que es donde recae uno siempre,
se levanta ante ti, contempla tus trabajos,
buenos, malos, exactos, erróneos, viejos, nuevos,
y ese montón de cálculos que tu pensar anima,
y te lanza este grito, único del abismo
que él sabe, único nombre que él acepta: ¿Después?

Que es lo que se pregunta en la sombra el ciprés.

Otra voz

¡Desdichado del lúgubre curioso que se obstina
en la vertiginosa y siniestra lumbrera!
¡Pobres los imprudentes que espían lo absoluto!
Por buscar demasiado, por querer demasiado,
hundirse demasiado en la triste abstracción
en donde nada asible, nada humano persiste,
se acabó; allí están en las fatales cumbres,
extraviados fuera del hombre finalmente,
fuera del bien, del mal, del orgullo o la envidia,
del amor o del odio, más grandes que la vida.
Su espíritu, alejado de vosotros, oh vivos,
por mor de la visión del deprimente abismo,
de un quién sabe qué áspero, horripilante, inmenso,
se somete a esa diosa que llamáis la demencia.
No pueden ya estar nunca despiertos ni dormidos.
Su pensamiento, aún claro y terrestre al comienzo,
oscurecido a medida que se agranda, termina
de abrir sus vagos ojos en el mundo del sueño.

¡Oh mundo amenazante! ¡Oh las cosas que vemos!
Jerarquías de espíritus entre pálidos rayos;
el llamear, los fuegos, los azufres, los cráteres,

los rayos, que gobiernan ángeles de lo hondo;
los sonidos de voces en la dicha escuchados;
acantilados hórridos de unos mundos perdidos;
astros que como lámparas transportan unas manos;
y lejos, en la nube de tortuosas rampas,
erran los que vivían y ahora ya no están;
con sus ojos monstruosos van todos esos cráneos,
blancos, desde el osario, todos los esqueletos;
todas esas mortajas, todos esos sudarios;
van todas esas sábanas, bulto escalofriante,
y, empujando ante él, en el negro camino,
sus conciencias desnudas y sus almas sin velos,
el ángel con su látigo de astros lleva a los muertos.
Y se ven resplandores, y se escuchan llamadas,
y las constelaciones, ardientes archipiélagos,
brillan en el sombrío cénit, y el caos desprecia
al cielo con su agua siniestra y corrompida.

Y los desesperados pasan. ¿Quiénes son pues?
¿Son espíritus muertos? ¿Serán cuerpos sutiles?
Caen desde no se sabe qué tenebrosa cima,
más o menos sombríos y negros que el abismo;
caen flotando a merced del aire que los sigue;
podrían ser los copos si es que nevara noche.
¿Qué es esa inconcebible nebulosa de seres,
falenas tropezando con vagos ventanales?
Los hay que tienen sólo una mirada y son
ojos del infinito helado, sordo y mudo;
otros, blancos, se yerguen en la pálida hondura;
otros, más pavorosos que las propias tinieblas,
luchan contra la noche en el horror del viento,
dando gritos, mordiendo la sombra, sin ver nada
más que la lividez de tristes extensiones,
tan sólo un transcurrir de formas alocadas,

y lo que puede verse de nube o firmamento
en los retorcimientos de unos torsos furiosos.

Y esas larvas se van. ¿Es seguro que son?

Y los contempladores allí están. Tristes, ven
¿qué? Lo desconocido, preso en su muda ley.
¿Y quién nos dirá nunca el espanto que expresan
esos perfiles tétricos y posturas fatales,
esos ojos perdidos que ahogan albas pálidas?
Meditan, encallados en la inmovilidad;
el terror sin salida es su tranquilidad;
sus hombros se doblegan como llevando toda
la armazón de este mundo y su bóveda entera;
y como en una cueva, gota a gota, la noche
escurre tras su frente de encendido ojo fijo.
Tienen eternamente por su visión la Cosa
sin nombre, luz, sonido, borde; sin fin, sin causa,
que nunca se detiene y nunca se termina,
terrible y entre vuelos de espectros en el viento.

¿Qué vienes a buscar en la región nocturna?
¡Un Dios! ¿Por qué has de hundir tus manos en la urna?
Job sacó a Satán de ella y Mahomet a Iblis.
¿Tendría lo hondo a Dios en su abismal mazmorra?
¿Sirve ese Dios de centro a su circunferencia?
¿Se le vislumbra tras su oscura transparencia?
¿O es acaso ese Todo, áspera inmensidad,
ese cielo que veis como una voluntad?
¿O son esas honduras, o vientos, o marismas,
esos bosques de nubes con sus lívidos claros,
esas tristes regiones de elementos, de noches,
a las que llamáis Dios en vuestras religiones?
¿Dais en el espejismo, hijos del cementerio,
de ver la cosa-Dios en la cosa-Materia?

¿Es Dios quien aparece cuando muere el alción;
cuando se convulsiona la hidra de la espuma;
cuando en toda la oscura naturaleza se oye
un ruido de huracán que va rompiendo mástiles;
cuando da tristes voces del cielo lamentable;
cuando acude la nube y las bestias del bosque
tiemblan, y los leones bajan hoscos la testa
bajo grandes derrumbes de tormenta y relámpagos?
¿Es a él a quien llama el mar en su clamor?
¿Hay, hombre, en algún sitio un sembrador terrible
que lanza hacia lo azul sus cifras y sus números,
grano de abismo del que nacen oscuras larvas,
vivos como nosotros que te parecen muertos,
espíritus cual tú que nos parecen cuerpos,
y que ve en todo el campo del espacio sonoro
cómo ondean espigas de estrellas y de auroras?
¿Quién puede decir sí? ¿Quién puede decir no?
¿Un carcelero ronda en torno al calabozo?
¡Qué más da! Vive. Galla. No más. Ama a tu padre,
a tu madre, a tus hijos. Quien busca desespera.

•

Y sombrío, esperé; después continué:

—¿Ha de caer el hombre, macilento, agotado,
igual que el moscardón contra el pálido vidrio?
¿Todo ha de terminar en suprema nonada?
¿Tanto buscador trémulo ha de esforzarse en vano?
¿Vive el hombre en la sombra y se oculta en secreto?
¿Avanzar es errar? ¿Se castigan las alas?
¿El alba, hondos cielos, es sólo una ironía?
Entonces, levantando la voz, brazos en alto,
extraviado, grité:

—¡Eso no puede ser!
¡Gran Ignoto, malvado o no, gran Invisible,
te lo digo en tu cara, oh Ser: es imposible!

•

Y por tercera vez, en el cielo terrible,
se oyó una carcajada.

Y sombrío, ignorando
desde dónde llegaba ese gozo espantoso,
escruté palpitando la horrible oscuridad.

OceanofPDF.com

II

Dios

OceanofPDF.com

I

El murciélago

El ateísmo

Nihil.

Y vi encima de mí, lejos, un punto negro.

Y el punto parecía una mosca nocturna
volando en esa hora que invita a la plegaría.
Y, siendo el hombre alado cuando piensa, bien pronto
crucé el éter que se abre al vuelo del espíritu.

Y vi que aquella mosca nocturna era un murciélago.

Y el ave sola y lúgubre volaba en el espacio,
y decía:

—Es enorme y horrendo. Lo que pasa
ante mis ojos me hace temblar. Es espantoso.
¿Cuándo podré salir de la sombra?

Y al verme
gritó:

•

—¿Qué quieres pues de mí, oh tú que pasas?
Contemplo extraviado la estúpida materia.
Escucha: Yo soy esa ave negra que hallaron
Demogorgón en Grecia, el dios Shiva en la India,
y contemplo el horror de la triste natura.
¿Cuál es, hombre, el sentido de la horrible aventura
que llaman universo? Lo busco y tengo miedo.
Interrogo a este bloque que es tan sólo un vapor;
observo el infinito monstruoso y escruto
el topo, el sol, el árbol, el hombre, el animal.
Estoy triste. Oh viandante, ¿conoces este término:
nada? Lo que llamamos mal quizá es el bien.
Si se colma un abismo, otro pozo se excava.
Tormento, placer, risa y clamor doloroso,
flujo y reflujo, justo e injusto, bondadoso,
malvado, blanco y negro, diamante y vil carbón,
falso, real, picota y halo, pingo y púrpura,
día y noche, no y sí, vida y muerte: vaivén
de lanzadera loca del tejedor de noches.
¿Se conoce qué sirve y qué es lo que es dañino?
Todo germen es plaga, todo choque es desastre,
el cometa, tizón de mundos, raja el astro;
el mismo ser que es víctima es a su vez verdugo,
y para el moscardón la golondrina es buitre.
El guijarro es molido por las bestias de carga,
el burro pasta cardos, el hombre engulle al hombre,
pace el cordero flores, pace el lobo corderos.
¡Triste cadena donde muerde una anilla a otra!

Y es nada lo que vemos: hijos que matan padres,
tiburones, Nerones, Sejanos, malas víboras,

todo eso es poca sombra y un pequeño terror;
en lo infinitamente pequeño hay más horror.
El átomo es rufián que devora otro átomo;
tiene su red la araña y su reino el gusano;
los hormigueros son babeles; achicándose,
el animal se acerca cada vez más al mal;
más decrece su fuerza, más deforme es el bicho;
y cuando las contempla con su ojo grandioso,
hombre, las gotas de agua asustan al océano.
La perla del rocío tiene, girando en ella,
a Tifón y a Satán para siempre. Lo efímero
es Moloch. La quimera atroz del infusorio
rechina, y si el gigante descubriera al embrión,
el behemot huiría delante de vibrión.
Un vil grano de arena es un globo que rueda;
como la tierra, arrastra una multitud lúgubre
que se odia y se obstina y se execra, y sin fin
se devora. El rencor vive detrás del hambre.
La esfera imperceptible es igual que la grande,
y el pensador escucha, cuando aguza el oído,
una rabia tigresa y unos gritos leoninos
rugir profundamente en los mundos enanos.

Toda fauce es abismo y quien come asesina.
La fiera tiene garras y raíces el árbol,
y la raíz horrible de aspecto de serpiente
tiende en la oscuridad sombrías emboscadas.
Todo para morderse se abraza, estrecha, envuelve.
El orden es un crimen general y monstruoso;
todo ser bebe de esta sangre inmensa que fluye
de toda la creación como de un vasto flanco.
Se lucha, agrede y hiere, se sangra, sufre y llora.
Todo aquello que veis es larva; todo os miente;
todo al punto se funde en la sombra, pues todo

tiembla bajo el misterio inmenso y se disuelve.
La noche es al espectro lo que el agua a la nieve.
La voz se apaga antes de preguntar: ¿Qué sé?
La primavera, el sol y las bestias en celo
son sólo una quimérica y monstruosa flor.
A través de su sueño sufre azorado el mundo.
Abril es el erótico sueño de lo abismal,
la polución nocturna de los frescos arroyos,
las frondas, los perfumes, las albas, los gorjeos.
Sólo el horror pervive, y todo lo prosigue,
y en tal instante, un viento que sale de la nube
dibuja algún contorno, algún rayo, algún ojo
en este torbellino negro de airados átomos.

Oh viandante: el espíritu, el viento, la hoja seca,
el silencio, el estruendo, esa ala que te lleva,
la luz que crees ver a veces, lo que brilla
y lo que tiembla, el cielo, el ser: ¡todo es la noche!
Y la creación entera, sin excluir al hombre,
con lo que el ojo ve y lo que la voz nombra,
con sus mundos, sus soles, sus cauces inauditos,
sus meteoros locos que vuelan deslumbrados,
con sus globos de oro como tremendas bóvedas,
con sus interminables tránsitos de fantasmas,
la onda, el enjambre, el ave, el lirio bendecido,
¡es solamente un vómito de sombra en lo infinito!
La noche engendra el mal y el mal da lo peor.
Escucha atento ahora lo que voy a decirte:

—Se interrumpió el murciélago, turbado de terror,
y sombrío, temblando, continuó:

Yo he ido
al fondo de la sombra, y allí no he visto a nadie.

•

Me estremecí. El ave prosiguió:

¡Para siempre
temblaré en este abismo donde vago espantado!
En esta oscuridad, nadie que diga: ¡Yo!
¡Negro esbozo de nada que no termina nadie!
Ni voluntad, ni ley, ni polos, ni mitad;
un caos hecho todo de nadas; ningún Dios.
Dios, ¿por qué? Lo ideal está ausente. En el mundo
el nacer es obsceno y el amor es inmundo.
Por lo demás, ¿se nace?, ¿se vive?, ¿en qué consiste
lo vivo, lo real, lo cierto, lo completo?
Esas frentes pensantes que yo bato en las noches
preguntan a las cosas vanamente: están sordas.
El agua corre, el árbol crece, rebuzna el burro,
el lobo aúlla, el bicho roe. Nada responde.
El abismo sin meta, triste, idiota y exánime,
esa cosa espantosa que se ignora a sí misma,
eso es todo. Y es eso cuanto sé en mi mortaja.
Lo infinito me aplasta por más que diga: ¡Basta!
Es horrible. Por siempre esa triste visión.
Nunca el fondo, jamás el fin, jamás el límite.
Y así, te lo repito, pues pasas por aquí:
oigo gritar abajo: ¡Cristo, Alá, Jehová!
Todo es sólo un montón de apariciones locas,
y nada existe; ¿cómo expresar en palabras
el estupor inmenso que domina a la noche?
Lo invisible se borra y lo impalpable huye.
La sombra duerme; el feto se mezcla con la escoria;
la forma, vano aspecto, se pierde entre los números.
Nada tiene sentido: certeza, esfuerzo, objetos,

todo es absurdo, vacuo y falso, hasta la muerte.
Lo infinito sombrío desvaría al fondo de la tumba.
El féretro es cencerro donde suena el cadáver.
Si alguna cosa vive, es algo aún no nacido.
Mundo, aunque boquiabierto, sordo, asombrado, fúnebre,
con la tiniebla dentro y la tiniebla en torno,
sin que un rayo, nacido de esa fúnebre bruma,
venga nunca a aclarar el inmenso horizonte,
ni criminal siquiera, ni siquiera culpado,
el mundo va al azar en la noche sin fin,
y, carente de aurora, no tiene una pupila.
El mundo avanza a tientas en su propia nonada.

•

Y la noche llenaba el cielo gigantesco;
y se volvió el murciélago a la sombra terrible;
y yo escuchaba al pájaro, oculto, pero horrible,
gritando:

¡Dios no es! ¡Dios no es! ¡Desconsuelo!

OceanofPDF.com

II

El búho

El escepticismo

Quid?

Y vi encima de mí, lejos, un punto negro.
Y el punto parecía una mosca nocturna.

Y allí nada tenía ni límite ni número;
todo se confundía con todo; el aquilón
y la noche formaban un solo torbellino.
Y unas formas sin nombre, larvas extenuadas,
negros soplos, pasaban entre las nubes sordas;
y todo el resto estaba inmóvil y velado.

Y yo entonces, subiendo, subiendo, tomé vuelo
hacia el punto que huir parecía en la bruma,
porque es la ley del ser en que brilla el espíritu,
ir hacia lo que huye y hacia lo que se calla.
Y lo que yo creí que era una mosca, era
un búho triste, frío, mudo, y de su pupila
caía menos luz que noche de sus alas.

•

Y el búho aquel hablaba de frente sin ver nada,
tal como si supiera que lo negro escuchaba.
Inquieto, palpitante, ávido, contemplaba
el fondo de la sombra, vacío, inexpresable,
y sin moverse, atento, sin loor ni censura,
decía:

Allí hay alguno, sentí que se movían.

Después siguió, hablando para la nube espesa:
—Allí hay alguien, mas ¿quién? Duda, ansia, enigma. ¿Es
el justo o el inicuo, el Bueno o el Malvado?

¿Su nombre es como un grito? ¿Su nombre es como un canto?
¿Es un padre que habrá, después, ya sin temor,
de relucir, cual faro del hondo laberinto?
¿Es un hermafrodita, mujer-hombre, ángel-noche,
hacia quien todo vuela y de quien todo huye?
¿Es algún caprichoso que prefiere o reprueba?
¿Es un contemplador tranquilo que se abstiene?
¿Alguien que siembra, hediondo, verdad y error, sutil,
fuerte, recio y traidor? Allí está, mas ¿qué es?

—Entonces me acerqué a aquella silüeta
y pregunté: Lechuza, ¿qué estás haciendo aquí?
Y aquel autillo oscuro me dijo:

Acecho a Dios.

•

Soy la larva espantosa que aspira al cielo azul;
soy el ojo radiante de la tiniebla; espío
la gran forma que, oscura, se agacha en el abismo.
Yo no la veo, pero creo que ella está allí.

Un día en la extensión una voz me llamó:
¡Búho!, me dijo Hermes. Me ahogaba en el vacío,
pero Hennes Aegyptus, el gran soñador lívido,
me tomó, entre su sueño del sagrado poemánder,
y él fue quien me dejó respirar algo de aire.
Soy por el ala espíritu, por la garra demonio.
En un largo papiro, jeroglífico informe,
Hermes había escrito lo que había pensado.
Una noche, a la hora que se siente al ser vivo,
vio a lo Desconocido pasar leyendo un libro;
y la Sombra avanzó cerca del blanco mago,
tomó el libro de Hermes y le dio el suyo a cambio.
Es el que deletrea la India, y que en su cripta,
la bestia Esfinge quedo traduce al monstruo Egipto,
porque allí está prohibido hablar alto; se siente,
en el silencio inquieto del mundo, a Dios presente.

•

¡Dios! Dije Dios. ¿Por qué? ¿Quién lo ve? ¿Quién lo prueba?
Buscamos algo vivo; encontramos la tumba.
¿Y quién puede adorar? ¿Y quién puede afirmar?
Crees abrir el ser, y en el acto se cierra.
¡Dios! ¡Grito vano acaso, nombre vacuo y terrible!
Anhelo del espíritu ante lo inaccesible,
invocación vacía aventurada al fondo
del precipicio ciego donde van nuestros sueños,
¡yo que te llevo, mundo, y encima de quien bogas!
Nombre del que se duda en los sordos diálogos

del espectro y el sueño, oh noche, y los dolores
con el hombre, y del astro con las sombrías flores
que los rayos lunares despiertan en los lagos.
Tema de la querella enorme de los truenos,
solución que persigue sin cesar, noche y día,
la polémica oscura y confusa del viento.
¡Dios! Concepción demente o sublime misterio,
noción que ningún cráneo, en el cielo o la tierra,
ni aun sobrenatural, podría contener,
que sean cuales sean pasado y porvenir,
nadie podrá captar, nadie ha sido su dueño,
y si alguien se propone meterla en una urna,
habrá por todas partes fugas a lo infinito.

Con tanta sombra, el cielo como allanado estaba.
Y el ave cuyos ojos lanzan chispas de azufre,
—Ven, y lo sabrás todo— me dijo.

—Hay un abismo.

•

Como si esta palabra lo fuera todo, el búho
se detuvo.

Siguió: —¿Cuándo, cómo, por qué?
Todo es mudo y cerrado, todo es sordo y recula,
todo habita el profundo crepúsculo fatal.
El ser mortal medita y sueña con terror,
esperando que un día alguien diga: Soy yo.
La taciturnidad de la sombra es inmensa.
Se diría que allende el nimbo inabordable,
una especie de frente enorme y misteriosa
se mueve vagamente en el cielo más negro;

y Dios —si es que hay un Dios— hizo a su semejanza la
noche universal y el eterno silencio.

Mas yo espero: ¿Es la noche quien va a nacer, o el alba?

Un ojo mío es fe, desesperanza el otro.
Examino y me cierno. ¡Oh brumas sempiternas!
La noche burla al ojo y el infinito al ala,
todo ante mí se pierde, se mezcla y se confunde.
Trato de asir allá, en la profundidad,
un momento de luz, olvido, transparencia,
o entrever por lo menos la Esperanza cadáver,
para poder decir al mundo horrorizado:
¡Es una tumba!

El fondo, el hecho, la verdad,
lo real, ya bien sea vacío o fuente viva,
es lo que necesito, eso es lo que sondeo.
Soy el observador formidable del pozo,
soy quien quiere saber por qué; soy ese ojo
que el torturado abre un poco en la tortura;
soy, si acaso este mundo cubierto por el duelo
es juguete de algún espíritu perverso,
esa curiosidad de los que son burlados;
ante el alma de todo, tal vez ausente, ¡ay!
yo soy la Ansiedad lúgubre y que sin cesar crece,
y de no ser un búho, sería algún gigante.
El mundo es el abismo y el abismo es mi hueco.
Triste, sueño en lo vacuo del universo; encima
de mí la sombra agita su gran ramaje oscuro.
Miro con ojos fijos el vacío y el éter,
y el huracán, y el aire, y el sordo firmamento,
y los retorcimientos siniestros de las nubes.
Al abismo mis párpados están acostumbrados,
toda la oscuridad del cielo con su vértigo

entra en mi cráneo y cabe en mi ojo luminoso.
Siento que sobre mí tiembla el borde del círculo,
pues la urna Quizá tiene por tapa el infinito.
Tengo por espectáculo, al fondo de este limbo,
por meta de mi espíritu, por fin de mis miradas,
por mi meditación, por razón, por demencia,
el cráter inaudito de la negrura inmensa,
y así he llegado a ser, yo sin luz y sin ruido,
una especie de copa horrible de la noche
que llenan lentamente las quimeras, el sueño,
los aspectos siniestros, la hondura sin arenas,
y, en el umbral del vago embudo del vacío,
el áspero temblor de los barrancos negros.

•

A veces se produce, hombre, en ese letargo,
en ese espesor triste para siempre ensanchado,
tal como un desgarrón en el viento infinito.
Entonces yo, el vigía solitario y maldito,
tiemblo; un rayo de luz desde la plenitud
brota, y la creación, deforme multitud,
se me aparece, y oigo ruidos, y pasos, y voces,
y en la claridad de las visiones, veo
este universo lívido, vasta danza macabra,
donde se arremolinan astros y olas se empinan
y todo huye. Veo los sepulcros, los nidos,
el zarzal, la montaña y los duros granitos,
del esqueleto mundo deformes anquilosis,
el llano vago que abre sus desvaídas flores,
la onda desmesurada con sus largos ladridos
y haciendo hediondos gestos, los árboles del bosque.
Y de abajo me llega una música oscura,
el himno que oyó Hermes y después Epicuro.

Todo vibra y se vuelve instrumento; el desierto
canta, y el bosque da al salvaje concierto
su ramaje sonoro y triste, y el navío
su aparejo, que el viento vuelve una oscura lira.
Todo se altera y corre en la engañosa niebla;
los muertos y los vivos, vapor unos y otros,
se mezclan; el volcán, cresta y boca inflamada,
vomita un largo chorro de ceniza y de humo;
se tuerce el aire; el cierzo quién sabe adónde lleva
los miasmas traicioneros y crueles de la noche;
la marea, inmutable y ululante balanza,
columpia al océano en el atroz crepúsculo,
y la creación es sólo un negro escalofrío.
No se sabe qué vida turba lúgubremente
al hombre, al barco, al mástil, a la onda, al banco, al puerto.
Y la luna derrama su fulgor de cadáver.
Busco un respiradero. Qué sentido tendrá
el mundo ciego y sordo, ese edificio negro,
creación tenebrosa recluida entre muros,
sin ventana, sin techo, sin puerta, sin entrada,
sin salida, ¡oh terror! Algunas veces pasan
blancuras, vagamente se entrevén buscadores,
sin que pueda saberse si son de veras seres
y si esos magos, clérigos que sondean las simas,
ellos mismos no son sombras a quien los vientos
en la niebla confieren formas de seres vivos.
Se ven las blancas frentes de Egipto y de Caldea,
y como presidiarios inmensos de la idea,
se ve pasar de lejos los audaces espíritus
cargando todo el peso de los sucios problemas,
sabios, profetas, djines, adivinos, poetas;
y el abismo les dice: ¿Qué sois, o es que no sois?

¿Cuál es este universo? ¿Quién es su antepasado?

Lo que creemos cielo es tal vez un sudario.
¿Quién dirá adónde vamos y quién por dónde erramos?
¡Ay, el agua terrible con estruendos de trueno!
¡Los sordos cuchicheos del viento en la extensión!
¡Qué gruesa pared entre nosotros y la luz!
Tinieblas, ¿por qué todo habla siempre en voz baja?
Todo rostro que ríe, en el horrible espacio
tiene detrás por sombra su propia calavera.
¡Nacer! ¡Morir! —Se entra, entrad. —Salid, se sale.
¡Y sueño para siempre! ¡Siempre mi ojo sombrío
ve ir y venir la onda enorme de la sombra!
¿Para qué? ¿Y para qué vosotros todos, vivos?
¿Vivís? En todo caso, ¿por qué? ¡Pensad, soñad,
morid! ¡Dad con la frente contra el sordo aislamiento!
¿Qué cosa es el destino? ¿Qué la naturaleza?
¿No es más que un mismo texto traducido en dos lenguas?
¿No es sino un ramo doble que lleva el mismo fruto?
El llano donde el monte pesa como un escombro,
el mar que el sol poniente calienta y enrojece,
las nubes para quienes las cimas son escollos,
las tormentas que vuelan en grupos convulsivos,
y los rayos, los Etnas que arrojan piedras pómez,
los crímenes que envían azotes por respuestas,
el antro ultramundano, el estanque con tifus,
los prodigios que aúllan bajo los densos robles,
la materia, ese caos, hondura en que se exhibe
el aire airado, el fuego feroz, la brutal agua,
la noche, esa prisión, negra celda cambiante
donde se oye el oscuro evadirse del viento,
todo es mustio. Da miedo cuando el alba naciente
abre al pie de los cielos una llaga bermeja;
da miedo cuando el cierzo nos hace tiritar;
da miedo cuando vemos, vago, a flor de horizonte,
mostrando, en la extensión abierta al sol poniente,

su espalda misteriosa de oro y de nácar verde,
la tarde, escarabajo espantoso que repta;
da miedo si en el monte pesa la medianoche.
No obstante, en esa masa deforme y temblorosa,
a ratos se diría que se capta y se siente
como un ansia de himen y de paz, que conmueve
todas esas honduras de nubes y de vientos.
Todo trata de hablarse y quisiera entenderse;
la tierra, enviando dulces miradas al océano,
le atrae domesticado hacia su flanco verde;
mas tras besar la orilla, el agua la abandona,
vuelve a caer, se hunde, y vuelve a ser tormenta.
Nada hay que no vacile y que no se desdiga;
el mal presta su velo al deferente mal;
el otro lado, ¡ay!, de saber es sufrir;
vida y duelo, alba y noche comparten su raíz;
la suerte hace vecinas a la angustia y la búsqueda;
de donde la mirada se alza, brota el llanto;
si el ojo dice Luz, dice también Dolor.
Todo es mustio. No hay cosa que no dé la impresión
de estar dando señales de angustia en lo infinito,
y mientras, vago y lúgubre, a todo su redor,
en el lívido humo y en el extenso hastío,
se hunde el torbellino de cosas y de hechos,
el espectro de vida llamado hombre sufre.
Esas dos voces trágicas: Humanidad, Natura,
se hacen eco, una y otra en sus sendos confines;
la tristeza del uno se repliega en el otro;
la pálida ansia humana encuentra explicación
en la melancolía del quejumbroso cosmos,
y está lleno el perpetuo gemir de la creación
de toda la miseria insondable del hombre.

Y con todo, no sois sino larvas, en suma.

Unos encima de otros, vais turbios, negros, dormidos,
y todos vuestros pasos resultan tachaduras.
No queda de vosotros, si queda alguna cosa,
sino el embrión, quizá efecto, quizá causa;
sino los rudimentos sordos, mudos, simplistas.
De átomos mentecatos está hecho el ser eterno.

¿Existe él mismo? Ése es el siniestro problema.
¡Sembrador, muestra al menos la mano con que siembras!
Hermes —mas ¿quién verá lo que Hermes pudo ver?—
me ha dicho que vio un día desde las altas cumbres,
allende lo real, allende lo posible,
una luz, un reflejo de la faz invisible;
alumbraba la bruma en que nos abismamos;
todo ese bloque trémulo de seres, montes, árboles,
alas, miradas, palmas, sobre ella se inclinaba;
y, sobrenatural, lanzando rayos súbitos,
ese fulgor sin fondo, al que nadie se acerca,
a veces espantaba al fresno y a la roca,
aun a los más terribles y aun a los más intrépidos.

•

¡Qué inmóvil está todo y qué rápido es todo!
¡Cómo se escapa todo en algunos momentos!
¡Cómo el abismo hace extraños movimientos!
Por más que quiera huir, huir y siempre huir,
me devora el impulso de contemplar la sima.
Sí, te lo he dicho, sí, en la sombría altura
¡veo la vida!

Imanes, fluidos, gravedades,
ejes, polos, calor, gas, rayo, altivo fuego,
todas las fuerzas son caballos del abismo,

caballos prodigiosos de pies que siempre huyen
y que tiran del mundo por la áspera noche;
y nunca llega el sueño a su fiera pupila,
nunca espera una cuadra a su carrera eterna,
Corren, corren y corren, fatales aguiluchos,
cruzando los cenites como los septentriones,
guían todos los soles a todas las tinieblas.
Siente el hombre el terror que le hiela las vértebras
cuando oye desde abajo sus pasos misteriosos,
y dice: ¡Qué profunda la tormenta en el cielo!
¡Cómo soplan los vientos del oeste a lo lejos!
¡Cómo tendrán los barcos que descargar su carga,
y qué horrible de ver se habrá puesto el océano!
¡Cómo llueve esta noche! ¡Qué truenos esta tarde!
Hombres hijos del tiempo, del espacio y del número,
son los negros caballos del carro de la sombra.
Escuchadlos pasar. El huracán tortuoso,
y el rayo, y este ruido deforme y monstruoso
de soplos en el monte y de olas en la playa
no son sino relinchos del furibundo tiro.

•

La creación está sin cesar trabajando;
vuelve a hacer su oro el astro y la aurora su esmalte,
la noche rompe el día, la onda rompe el dique
sin término, sin fin, sin pausa, sin fatiga.
Los flujos y reflujos, gérmenes, claridades,
cruzamientos de rayos en las inmensidades,
los efluvios, los fuegos, metales y mercurios,
los diluvios profundos, abluciones oscuras,
van produciendo partos en plena destrucción.
La materia es idea y el pensamiento acción.
Se nace, se fecunda, se vive y muere, siempre,

y a veces creo ver, aun más allá del sueño,
en fondos donde nunca estuvieron mis ojos,
que nacen con horror mundos desconocidos.

¡Ay!, ¿y por qué este caos si esto viene de un genio?
Y si todo es la nada, ¡ay!, ¿por qué esta armonía?
¿Él es? El universo me parece unas veces
convulsión, otras orden; oscuridad y luz.
Si él es, ¿por qué sentimos el frío de la sierpe?
Si él es, ¿cómo es que roe toda su obra un gusano,
a la madre en el hijo, la flor en el pistilo?
¿Por qué se sufre entonces? ¿Y cómo es que permite
el Dolor, esa inmensa y sombría calumnia?
¿Qué hace en el universo el mal? Viene a negar.
Dice: Soñáis a Dios y soy yo quien os sigue;
la prueba de que él no es, es que yo soy.
¿Es eso bueno o malo? ¿Es espléndido o triste?
¿Bastará todo esto para probar que existe,
y que hay en algún sitio un Autor, un Vidente,
un ser que da pavor pero ampara, y que tiene
por talla lo que va desde el mal hasta el bien,
por figura el espíritu hecho mundo en la sima?
¡Gran ignoto que tiene al pensamiento en vilo!

Mas la sombra, ¿quién sabe si es lo que nos parece?
¿Es unidad sombría? ¿Es muchedumbre horrible?
¿El astro es sólo un hoyo del misterioso harnero?
Si rueda, ¿sobre quién? Si gira, ¿sobre qué?
¿Dónde vamos, de dónde venimos? No sé, ¿y tú?

Y el pájaro miró mi alma con sus dos ojos,
y vi que había noche al fondo de su llama.
Y como yo seguía absorto, prosiguió:

•

—¡Sombra en lo que está muerto! ¡Sombra en lo que está vivo!

Esto he leído; Hermes lo había escrito en su tabla:
«Pirrón de Elea era un gran mago temible.
«El abismo a su vista se ponía a rugir.
«Un día vino al cielo, Dios le dejó venir;
«vio la verdad, y Dios dejó que la cogiera.
«Y cuando descendía, —pues hay que descender,
«el Ideal expulsa a los sabios ya ebrios
«y cuando descendía escalón a escalón,
«saltando de atrio en atrio, de pilastra en pilastra,
«llevando entre las manos la verdad como un astro,
«de pronto, dirigió hacia el gran cielo ardiente
«su horrible puño lleno de rayos deslumbrantes,
«y, dejando que el astro surgiera de sus dedos,
«dijo: ¡Te arrojo, Dios, a la cara tu estrella!
«La claridad se hundió en lo hondo de la noche;
«se vio un momento a Dios. Y todo se esfumó».

También Hermes contaba haber oído en sueños
que le dijo un espíritu: Una duda me roe.
No puedo recordar que haya sido creado.
Era, flotaba, solo, pensativo, sin miedo;
forma que el viento agranda y el viento disminuye,
era en la nebulosa lo mismo que la nube;
y nadaba en el sueño y en la profundidad.
De pronto el universo nació. Su redondez
entró en el horizonte, que se hizo formidable;
no creí que pudiera fecundarse el vacío;
un momento, temblé; desde entonces, atónito,
examino este mundo extraño; tengo miedo.

Hermes se fue de allí alzando las dos manos.
Buscaba, sondeaba las honduras perdidas;
yo busco como él, y en todo lo que hago
me ahogo igual que antes de buscar ya me ahogaba.

La noche me castiga por querer conocerla.
Es obsceno, aunque fueses un sacerdote, alzar
el púdico y sagrado gran velo del horror…
Y además, ¿qué se encuentra? Falacia, humo, error.
La ilusión sale, riendo con su risa siniestra,
de las sombras, escribe: FIN, y cierra el libro.
Nos perdemos bajando, nos perdemos subiendo;
buscar es ofender e intentar atentar.
Saber es ignorar. Isis de triple venda
tiene como discípula a la triste sordera.
No querer está bien y no poder mejor.
Ten envidia del ciego y nunca abras los ojos.
¡Calla! ¡Calla! Si existen alguna bocas frívolas
que hablan, oh ser viviente, mira que las palabras
turban la enormidad temible de los cielos.
El que es mudo es más santo que el que guarda silencio.
Taparse los oídos con el muro silencio;
no arrojar ningún peso en ninguna balanza;
nunca tocar los lúgubres pliegues de la cortina;
sí, dejar la mordaza: sí, conservar la venda;
vegetar sin querer, sin tratar, sin lograr;
que los ojos se cierren y los soles se apaguen;
tal es la ley.

No obstante yo quiero; mas no puedo.
¡Busca!, me dijo Hermes. Nada vi desde entonces.
Nube allá arriba, nube abajo, nube al centro.
Abismos: nada al frente, nada atrás, nada en medio.
De vez en cuando enjambres de vanos, locos átomos

flotan; lo más real que se ve sois vosotros,
muerte, tumba, negrura de los sepulcros pálidos,
cementerios, cultivos tenebrosos de Dios.
¡Dios! ¿Por qué esa palabra se me presenta siempre?
¿Será el eco de aquellos inmensos porches sordos?
¿No es más bien el vacío donde todo se acaba,
la carcajada vaga y siniestra del sueño?

•

No obstante lo que vemos ha de tener un eje;
si alguna cosa existe, tiene que existir alguien.
Odio o sapiencia, dicha o duelo, ira o paz,
se precisa la clave y la piedra angular;
algún punto de apoyo, un pivote central.
A la rueda universo le es necesario un eje.
¡Creamos, sí! Se puede sin ver todo inferir
de la obra al obrero y de la cabellera
la cabeza, y del círculo el centro del que parte,
y de que todo huela la flor en algún sitio.
Hombre, el Ser ha de ser, hombre, no puede ser
que el vuelo del espíritu sea flecha sin blanco.
No puede ser, por vano y ruinoso que sea
el mundo donde huye todo lo que en él vemos,
no puede ser, oh tumba, que la naturaleza
sea sólo una vana, una inútil corteza,
que el fondo sea sombra cegada, que el vacío
sea el fin, y que sea Todo el manto de Nada.
No puede ser que, llena del crepuscular fasto
de amplios bajorrelieves que alumbra una luz lúgubre,
con su bloque de noche, de bruma y claridad,
sea la creación ante la inmensidad
un pedestal que tiene por estatua la nada.
Creamos. Quien dice no prostituye su espíritu.

Por más que se esconda, el Ser nos dice: ¡Ahí está!
Creamos.

Todo esto, soñador, lo repito
pero recaigo siempre en la duda espantosa;
hasta tal punto el rayo, la flor, la tromba, el astro,
y el hombre y el sepulcro, y la tierra y el cielo
hacen temblar y abaten todo rayo visual,
y lo que se percibe perturba lo supuesto,
y el negro efecto ve muy de lejos la causa,
y a los mejores ojos la bruma y los fulgores,
los elementos siempre en contradicción mutua,
los soplos desatados y las alas cautivas
les abren perspectivas turbias sobre lo ignoto.
Hasta tal punto duda uno al gritar: ¡Verdad!
¡Hasta tal punto es siempre oblicua la certeza!

Yo miro e investigo y yo espero y divago,
y el oscuro silencio ante mí se prolonga.

Tal rato, en el espacio donde parece errar
su espectro con el viento, la nube y el relámpago,
veo pasar a Hermes, maestro prodigioso.
Abordando o huyendo lo ignoto que él penetra,
sueña, medita, tiende sus brazos en el rezo.
Oigo entonces su voz formidable gritando:
¡Oh el ser, el ser, el ser invisible! Me abruma
con su nombre inaudito, negro, inconmensurable.
No he de decirlo. ¡Queda sin temor, infinito!
Pasa entonces, terrible, después de bendecirme.

Y yo me quedo allí, bajo la nube, trémulo.
Mientras, la oscilación del abismo prosigue.

¡Ay, este volver siempre al punto de partida!

¡Y detrás de lo grande ver siempre lo pequeño!
Por más que ahondo en la vida y en la naturaleza,
tengo en mi ciencia oscura mil vislumbres de todo,
pero respiro un aire sepulcral, y tirito.
Ah, si es que está vacío este mundo, ¡qué estrecho!
Ah, que nos choquen siempre las mismas apariencias.
Ah, que nos quiebren siempre las mismas ignorancias.
Si él existe, ¿a qué viene que se oculte y que huya?
¿Está en el universo como un grano en la fruta,
cual la sal en el agua, como el vino en el odre?
¡Ah, traspasar la materia horrible sin medida!
¡Ah, a través del bien, el mal, la onda y el fuego,
el hombre, el astro, el bicho, hacerle brecha a Dios!
¿Quién podrá hacerlo? Nadie. Todo es sólo ironía.
Sabio es aquel que duda y fuerte es aquel que niega.

Buscas también el Ser, oh viandante: ¡ay de ti!
El firmamento está todo lleno de abismos.
La ruta es larga, sí, lo eterno, paralelo
a lo infinito, pronto te habrá roto las alas.
¡Corre, vuela, planea, busca y sé castigado!
Yo —basta el ojo fijo si es que no está empañado—
me quedo donde estoy. ¡Sube tú, y cuídate
de la visión que te hace dudar y extraviarte!
Encontrarás tal vez en un umbral de infiernos
fantasmas llameantes, pálidos Luciferes,
culpables de adornarse con aurora la frente,
ladrones de celeste fuego o de infernal fósforo,
hurgadores de nidos de astros en las frondas
de que caen los terrores, los sueños y los males.
Pasa, sigue adelante, y desconfía, y ronda,
sin creer en la luz, en la noche, ese fraude.
No sigas lo que ves, no sigas lo que brilla.
A fuerza de querer cegar todo, la noche

acaba por prender un resplandor ateo,
y los fulgores son sombras en rebeldía.
Uno de ellos soy yo.

•

Y el búho estremecido
se volvió hacia la noche, hacia el enorme ausente.
Su cabeza y dos alas grises parecían
presas en una red pesada e invisible.
Temblaba, y luego estaba mohíno como un viejo.

Y de pronto gritó entre la niebla inmensa:

¡Hondura y más honduras! ¡Honduras perdurables!
Embriones inmortales, átomos imperdibles,
¿de dónde provenís? Sustancia, molde humano,
y tierra, y aire, y llama, ¿os amasó una mano?
¡Qué tenebroso entonces ese parto del Ser!
Quiero encontrar, quiero saber y quiero conocer.
El vacío no existe; todo está lleno y vive.
¿Quién lo sabe? Los cielos se hunden si los escalas.
Si el universo dice que dudemos o exige
que creamos, lo ignoro. ¿Qué dice el astro al hombre?
¿Qué dice el mistral frío y qué el sermón ardiente?
¡Visión! El triste mar entrechoca gruñendo,
bajo las lerdas nubes que los soplos reúnen,
sus monstruosos bronces en fusión y que tiemblan.
La onda da un estruendo de escudos espantosos
que chocan, y el relámpago sepulcral reina arriba.
¿Cuál es la fe, el dogma y la filosofía
que tan impenetrable horror nos da a entender?
La extensión donde, roto, se detuvo mi vuelo
está tan lúgubremente hecha de oscuridad,

la sombra es tan ridícula, tan fatal el obstáculo,
que al cabo ya no entiendo nada, ni en nada creo;
y le digo a la noche: No hay ser que esté seguro
ni aun de un poco de Dios en un poco de azul.
¿Es que la creación es algo voluntario?
¿Dice allí un amo: Yo? Oh cielo, ¿de qué cráter
del viejo volcán caos que se tragó el enigma
ha salido este mundo, esa erupción siniestra?
¿Hubo alguien que sopló en sus torrentes fúnebres
e hizo de ellos la enorme piedra de las tinieblas?
¿Alguien la vio hecha lava antes de ser granito?
¿Quién pues, en la vertiente monstruosa del cenit,
hizo cuajar el chorro aterrador de estrellas?
¿Existe? Que hable, entonces. ¡Oh, dime a quién encubres,
cielo apagado! ¿El ser es porque la vista existe?
Siento en el infinito a ese fantasma mudo.
Lo siento, pero ¿existe? Por más que lo persigo,
la sombra sin medida y huidiza me embriaga.
Y mi descubrimiento cae en ceniza, ¡oh duelo!
En mi ojo hay la bizquera terrible de la duda.
La hebra de lo infinito ante mí se devana.
Que la creación sea inútil y vacía,
eso no puede ser. ¿La razón dónde iría?
Pero, por otra parte, en el vasto horizonte
todo sufre y responde a las preguntas: lloro
—la carne y el espíritu, la hora igual que el siglo,
el coloso y el átomo infinitesimal.
¿Por qué, oh noche, el vacío? Sí, pero ¿por qué el mal?
¡Oh, si encontrase a Dios! ¡Si pudiera yo, a fuerza
de usar mi garra oscura para asir esa cáscara,
rasgar la sombra! Ver su frente, mas desnuda.
Quitarle al fin la noche a ese rostro ignorado.
Mas nada. El cielo es falso, infiel el alba, el astro
miente, y ya no me queda sino aferrarme al ser.

Y yo me aferró a Dios en la sombra sin muros.
¡Si no existiera Dios! A veces me parece
ver llorar al horrible párpado del abismo.
¿Si no existiera Dios? ¿Si no hubiera una cima?
¿Si las simas tuvieran sólo sombra en su centro?
¡Ay!, ¿estaré yo solo en el sucio infinito?
Decid, los cuatro vientos que en el prodigio soplan,
¿existe, existe, existe? Pero ¿existo yo mismo?
¿Nunca veré aclararse las cúspides azules?
¡Oh!, ¿debemos quedamos por siempre frente afrente,
bajo el enigma, idiota y monstruosa bóveda,
él que se llama Noche, yo que me llamo Duda?
Y nada respondió, y el pájaro curioso
y fúnebre, crispando sus uñas furibundas,
se estremeció, y lanzándose sobre ese como rostro
que siempre entre la bruma aparece y se borra,
persiguiendo el eterno desvanecerse todo,
queriendo retener el vacío, el momento,
el rayo y el fenómeno informe, y el problema,
la huyente nadería que incluso no veía,
buscando un pliegue, un nudo, tratando con esfuerzo
de agarrar por el forro lo impalpable y lo oscuro,
y de asir, en la sombra donde todo auge aborta,
la noche por el hoyo negro de un astro muerto,
ronco, hastiado, bufando en el inmenso exilio:
—¡Pero espectro, ya quítate la máscara! —gritó.

•

Y ya no lo vi más. La sombra asió al ser
que quiso asir la sombra. Todo debe ausentarse,
todo debe borrarse, y todo, Ródope, Osa,
Atos, debe pasar, y esta ave pasó.

Tan sólo, como un soplo apenas perceptible,
como un ruido de hormiga contra un grano de arena,
en la sima en que el pájaro de Hermes había entrado,
escuché murmurar en voz muy baja: ¡Nunca!

Y permanecí solo en la sombra letífera,
dejé caer mi ala y no supe qué hacer,
no osando ni mirar, ni pensar, ni querer.

OceanofPDF.com

III

El cuervo

El maniqueísmo

Duplex.

Y sobre mi cabeza observé un punto negro,
y el punto parecía una mosca en la sombra.

En el hondo nadir que la sombra recubre
donde sin pausa, siempre, siniestro y sin hablar,
algo desconocido y sombrío desciende,
las brumas indistintas y grises, humo enorme,
lúgubremente hundiéndose se quedaban sin forma
como innúmeros caos caídos uno en otro.

Bajo mis pies alados, siempre arriba, dejando
el abismo allá abajo con su sombra inferior,
volé bajo la bruma y en el viento que llora
al abismo de arriba, oscuro como tumba.
Me acerqué a aquella mosca, y supe que era un cuervo.

•

—¡Son dos, oh Zoroastro!

Espíritu de vida, águila, astro, el uno,
que irradia, crea, ama, ilumina, construye;
y el otro la inmedible araña de la noche.
Son dos: uno es el himno, el otro el abucheo.
Son dos: uno el sudario y el otro el ser; la nube
y el firmamento, el párpado y el ojo, noche y día,
el odio atroz, sombrío, sin piedad, y el amor.
Son dos que se combaten. El combate es el mundo.
Uno que al azul mezcla su cabellera rubia,
es el ángel, aquel que en el abismo oscuro
trae la claridad, la dicha pura, el lirio;
del monstruo de pies hórridos atraviesa las telas;
en su mano titila un gran temblor de estrellas;
¡es hermoso!; en el cieno sembrando el ser y el germen;
encendiendo blancuras en las cimas de montes
e infundiendo en las cosas un fuego misterioso,
llega, y entre sus dedos rosas se mira el alba;
todo ríe, la hierba es verde y el hombre dulce.
El otro surge a la hora en que lloran de hinojos
juntas madres y hermanas, Raquel, Hécuba, Electra;
la noche monstruosa deja ver el espectro;
sale del vasto hastío de la sombra que cae;
hace parar la savia y hace correr la sangre;
el jardín a sus pies se transforma en osario;
del horror infinito va arrastrando el sudario;
sale a fin de hacer que hagan las tinieblas el mal;
hosco, en el ser carnal y en el ser aromático
penetra; y a la vez que en la otra faz del mundo,
abatiendo y mondando los ramajes del crimen,
el deslumbrante Ormuz pone en su frente clara
esa tiara dorada que llamamos el sol,
él, en el horizonte siniestro de la noche,
se yergue con la máscara horrible de la luna,
y echando a todo astro una mirada oblicua,

ronda, ladrón de sombra, ladrón de inmensidad.
Gracias a él, el incendio nacido de una chispa,
el jaguar que devora por siempre a la gacela,
la peste, los venenos, la espina, la negrura,
la agria cicuta a quien la sierpe dice: Hermana,
el fuego en que arde todo, el agua en que zozobra,
la avalancha, la roca que destroza al navío,
el viento, azote de árboles, exhiben bajo el cielo
la vasta impunidad de la maldad eterna.
Se inclina aterrador sobre aquellos que sueñan;
hacia él, a través de las sombras, se elevan
los cánticos del monstruo y el humo de la hoguera,
las lenguas de las víboras que tratan de lamerle,
los lomos cariñosos de las bestias que anima
y los interminables maullidos del abismo.
Lanza todos los gritos de guerra de los hombres,
en los combates hórridos es él ese que aplaude
y, soltando la muerte que abate las cabezas,
añade ese relámpago al brillo de la espada.
Marcha con la jauría de los males en tomo;
lanza el agua a la roca y al hombre el animal;
cada noche, parece que va a triunfar; ahoga
al cielo, alza la mano, va a capturar la presa:
¡el mundo! Y el océano tiembla, el abismo hierve,
le rechinan los dientes de alegría y, de pronto,
a la hora en que los parsis, los magos y los guebros
oyen a ese bandido que ríe en las tinieblas,
he aquí que del abismo un rayo blanco surge,
y que, sobre el enfermo que expiraba en su cama,
y las madres que oprimen sus manos angustiadas,
sobre el gemido loco de lúgubres mareas,
sobre el justo en la tumba y el esclavo en cadenas,
sobre el escollo, el bosque profundo o el volcán
y todo ese universo que la sombra proscribe,

la aurora ya despliega su infinita sonrisa.

•

Bajo el mundo, azorado, atado en triple nudo,
un ser que apenas sabe si existe se remueve;
es el idiota, oscuro prisionero del sótano,
caos, si es que se puede dar un nombre a ese esclavo.
Estúpido, allí sueña, sólo espectros lo han visto,
oculto entre los pliegues de todos los sudarios,
esbozo por arriba y escombro por debajo,
mendigando en la sombra sordamente un fulgor,
sollozando al azar, formidable llorón,
alza sus dos muñones, ignorancia y terror;
y las lluvias eternas y lúgubres lo inundan,
repta en un agujero que es un bache del mundo,
sin ojos, pies ni voz, mordiendo y devorado,
golpeando las paredes del abismo, aturdido
de rayos que le llueven cual dardos en un blanco,
especie de atroz tronco cuya vaina es el negro
cascarón de ese huevo que trajo al universo;
su cráneo bajo el peso de la nada se aplana;
y se ve vagamente, a tientas por lo informe,
al fondo del sinfín, a ese tullido enorme.

Ni siquiera oye el ruido que hacen en las alturas
los dos principios dioses que hacen temblar su celda,
ni el de sus pataleos sobre su triste casa.
El malo quiere que él reine; el bueno, que muera.

•

Así luchan los dos iguales poderosos;
el que es rey del espíritu y el que agria los sentidos;

las cosas a su soplo expiran o vegetan.
Nada está encima de ellos. Están solos. Se lanzan
primaveras e inviernos, rayos y resplandores;
son de la creación el duelo aterrador.
Todo es su guerra. Están en la llama, en la onda,
en la tierra en que humea el monte y gruñe el aire;
sus choques estremecen el firmamento y hacen
temblar los soles de oro en el techo sombrío;
y el nido es sobre el musgo su campo de batalla.
El abismo se entreabre cuando Arimán bosteza
y el enjambre azorado de las hidras se esparce.
Los dos colosos, uno volando, otro reptando,
se enlazan. Donde vemos dos almas que se odian,
dos dragones de noche yendo el uno hacia el otro,
dos fuerzas que se atacan con fragor, dos guerreros
luchando, dos puñales cuyos golpes mortíferos
se entrecruzan, y a veces dos bocas que se besan,
son ellos. Negro asalto sin apaciguamiento.
Ninguna tregua. Son, y sólo ellos existen,
sus gritos belicosos llenan los elementos.
Y allí donde se llora, y allí donde se canta,
en el hombre, en el viento, en la malvada zarza,
en la bestia del bosque y en el cielo excitado,
el cielo grita: ¡Ormuz!, y la sombra: ¡Arimán!

Y en las profundidades se despliega esa lucha;
y aquella oscilación es dichosa o fatal,
y el enorme oleaje nos mece: o su reflejo
sólo lleva clamores y sollozos superfluos,
y la boa se enrosca al tronco del sicómoro,
Jerusalén al lado ve nacer a Gomorra,
Tebas lega un sudario de arenales a Menfis,
Nemrod luce, y es padre Marco Aurelio de Cómodo,
o sonríe el océano y el abismo y la estrella

se unen para salvar una pequeña vela,
canta el bosque, los nidos palpitan y los pájaros
alegran a las flores bebiendo en los arroyos.
La madre, en quien se mezclan el orgullo y el éxtasis,
llena de ella a ese niño que le aprieta los pechos,
y el hombre es como un dios, todo sabiduría,
y todo crece en gracia, en poder, en virtud,
o en la onda del mal todo se hunde y naufraga,
conforme que el azar, rey de la oscura lucha,
precipite a Arimán o vele a Ormuz opaco,
y haga inclinarse, al fondo del lívido infinito,
uno u otro platillo de la balanza enorme.

Arimán de hoscos ojos espera que Ormuz duerma;
en ese día el caos y el mal le podrán ver
asir entre sus brazos el cielo de amplia frente
y, hurgando en toda órbita, rasgando todo velo,
arrancar de ese cráneo eterno las estrellas.
Ormuz, aunque dormido, temblará de terror.
La inmensidad, al modo del buey que un labrador
ha dejado en un campo tenebroso, y que muge,
al otro día, oh noche, se despertará ciega,
y en el espacio horrible hundido entre la bruma,
buscará el astro extinto el mundo disipado.

•

Y el cuervo regresó a la sombra tremenda.

A mis pies, lo infinito copiaba lo insondable:
y como en un espejo flotaban resplandores.

OceanofPDF.com

IV

El buitre

El paganismo

Multiplex.

Y sobre mi cabeza observé un punto negro,
y el punto parecía una mosca en la sombra.

Volé hacia allá. La mar, en su onda más sombría,
tiene monstruos oscuros que van, solos o en masa,
y también cubre el éter más de un ser tenebroso;
se vive entre las sombras como bajo las ondas.
Traspuse esas alturas lúgubres y profundas,
y aquella mosca era un buitre.

Planeaba
en medio del vacío insondable e ignoto,
gritando:

¡Eh, gigante! ¡Eh, hombre del abismo!
¿Es que no estás cansado? Desde esta cima mía
puedo oír el crujido eterno de tus huesos.
Tu lívido sudor llueve en el caos impuro.
¿Estás harto? Responde. Sobre tus vastos hombros
pesa la enormidad monstruosa del polo,

el globo, con los cielos, y los montes hirsutos,
con los mares que arrastran los flujos y reflujos,
con los dioses que tienen a monstruos por ancestros,
con sus aterradores hormigueros de seres,
con sus muchos millones de choques, ruidos, pasos,
sus vivos y sus muertos… pesa mucho, ¿verdad?
—Ninguna voz salió del vacío en respuesta;
y todo siguió siendo horrible, y confundiendo
la oscuridad cerrada con la ceguera muda.

Y aquel buitre me vio, y se detuvo y grave
y asqueroso, me dijo:

Viandante, sábelo:
hay dioses. Son los dioses, pero no son las causas.

•

Y prosiguió:

Yo soy el gran buitre anhelante.
Estaba en la montaña y tenía un gigante.
No ese ser al que acabo de hablarle, sino otro.
Vuestra ley, si sois hombres, es aprender; la nuestra,
los de pico de acero que hasta las tumbas temen,
es arrancar la vida y la carne a pingajos;
el duro buitre busca una presa sangrienta.
La mía me gustaba: comerme a Prometeo;
cuando apareció Orfeo y me dijo: ¡Ven!, fui,
ronco y temblando, hacia aquel hombre estrellado.
Él cantaba, y su himno equivalía a un rezo,
él marchaba delante y yo detrás volaba;
y todo lo que sé, viandante, lo aprendí
de Orfeo, del espíritu, frente dulce y tranquila;

atontado, seguí a esa voz encantada,
y así es como pudo librarse Prometeo.

Escucha. Al escuchar se hace y nace el espíritu.
Prometeo, a través del dolor, me enseñaba;
Orfeo completó la obra de Prometeo.
Oye a tu vez.

El mundo todo es sombra agitada;
esa sombra chocando produce el negro caos
del que sale la masa informe y bruta, llena
de esos pliegues de larvas, negruras y quimeras
a los que el caos llama en voz baja las Madres;
y de todo eso, el padre es lo vago estrellado.

Por sobre el universo, globo untado de sombras,
sobrevuelan tres diosas o tres terribles ciegas.
Dueñas de la gran red de fuerzas invisibles,
abren calladamente sus brazos insidiosos
y asen a los titanes, los hombres y los dioses;
doquier una sombría desconocida surge:
sobre la tierra Venus, la gran ninfa desnuda;
abajo en la aspereza que amedrentan los manes,
la estrige Hécate; arriba, la Fatalidad, sombra;
Venus ciñe a la vida y nada le resiste;
Hécate ata al infierno, y, carcelero triste,
el Destino se adosa al cielo constelado;
se ve en lo azul oscuro ese espectro velado.
Y el mundo, infierno, tierra, cielos, lleno de odios,
para sufrir es triple y en tres cadenas tiembla.
Una negrura todo lo lleva hacia un abismo,
pues Hécate es la noche; el Destino es la noche,
y Venus es la noche. Venus, fiera y fatal,
tiene dos hijas: Muerte y Voluptuosidad;
y Voluptuosidad y Muerte son dos sombras

que en la vida abren sendos abismos insondables.

¡Oh deidades que rigen con su poder inmundo
la entraña, el corazón y el cerebro del mundo,
y la naturaleza entera con tres hilos!
Los astros son sus ojos, las noches sus perfiles,
nada ha de doblegarlas, es vano reclamar.
La Suerte es tigre, esfinge Hécate, mujer Venus.

Una inmensa cariátide lo lleva encima todo:
Tellus triste, Neptuno agrio, Plutón hirviente,
plantas, cosechas, páramos, turbia agua, roca inerte,
ríos que van soltando sus largas barbas verdes,
hombres y campos, que hacen un mido sordo, giros
de nubes espumosas de luz y de tormentas,
y Pan, que, removiendo las ramas de los olmos,
vagamente aparece tras los bosques enormes.

Todo es un grupo oscuro de falaces aspectos;
las esferas se escuchan cual liras en los cielos;
rige un sideral porche, cuchitril de la Suerte,
un mundo triple, cielo, tierra en flor, rojo averno.
Una gracia siniestra al espanto se mezcla.
Por doquier algún caos, del que es rey algún monstruo,
obedece, en la espuma o la llama o la espina,
ante alguna Anfitrite o alguna Proserpina,
o ante alguna Cibeles de rubia frente en calma.
Fuego, agua, austro en furia se cruzan por doquier,
y sátiros danzantes, y ninfas cazadoras,
y en el oscuro azul, bruscos vuelos de diosas.
Y a su vez, uno a uno, en lo negro del antro
que la aurora blanquea y la tarde ensombrece,
se ve pasar, forjando ya la luz, ya la bruma
sobre la Hora, yunque centelleante y tétrico,
la Noche, el Día, enormes, cíclopes de ojo duro

que llevan uno el sol, la luna otro en la frente.

¡La Materia está al centro y al fondo de las bóvedas,
hidra, divinidad, la más negra de todas!

•

Todo lo busca todo, sin meta, pausa o tregua.
Esas mujeres, presas de un dios, cuya piel blanca
toca al árbol turbado y estremece su costra,
esos demonios, mezcla de embriagueces y fuerzas,
las Ménades de pechos de sirena, alocadas,
pasan, alzando arriba de la corva sus faldas,
mezclando voz, laúd, y timbales y sistros.
¡Oh mundo tenebroso, deslumbrante, siniestro!
El fango se levanta, quiere lamer los cielos.
Los cielos no repudian ese himen monstruoso.
Onfalia, rubia greña, abraza al vasto Hércules.
Todo tiembla. En el vago y confuso crepúsculo,
los templos entrevistos alzan negros pilares;
los brillos de los ojos vagan en los zarzales;
el pastor va a esperar a Febe; entre las sombras
se vislumbra el dragón, el elfo, el hecatónquiros
tratando de enlazarse, de unirse, de sentir;
la visión de las ninfas blancas saca a Silvano
del bosque, a Tritón del agua, y a Vulcano
del yunque; Pan se pasma con los pechos desnudos;
es el árbol un fauno ardiente inaplacable,
y los antros rebosan de un inmenso suspiro.
En el feroz banquete de tirsos y de liras
y de todas las sedes de todos los delirios,
Baco canta y se ríe rodeado de tigres;
y, volcando en el fondo de cerebros ajados
su amargo humo donde van y vienen fantasmas,

espectros de azul éter, larvas de negros reinos,
los gritos, golpes, rabia, y los besos lascivos,
llena el cínico vino copas de oro macizo.
De la sombra hacen nido, de la materia lecho.
Desnudo el pecho, caen sobre la tierra entera,
cegados, erizados, yaciendo, en pie, sentados,
los magos de Cibeles y los magos de Isis,
atractivos efebos, sacerdotisas, vírgenes,
bacantes dando al viento sus trenzas alocadas,
náyades, pies-de-cabra, kabires, egipanes,
y los hombres caballo, las mujeres serpiente,
sacerdotes que al paso, chivo absorto, saludas,
trogloditas de pelo rojizo y pecho hirsuto,
Polifemo, Astarté, Cerbero, Hilas, Atis,
todos los apetitos y todas las pasiones
se acoplan, ¡evohé!, y rugen, balbucean,
y enfrente del destino tranquilo y frío, asocian
el estertor y el beso, el mordisco y el canto,
la crueldad alegre y la bondad malvada,
y todos los furores que la demencia inventa,
y celebran delante del espantado espíritu,
ante el alba, ante el astro, delante del relámpago,
el misterio radiante y hediondo de la carne:
y hallando sitios sordos, rocas inaccesibles,
despeinados, pasmados, amorosos, excelsos,
ebrios, uno escapando y el otro persiguiendo,
danzan en el feroz impudor de la noche.

Al colmo de la orgía y entre el ruido de copas,
la giganta que hunde en las ondas su grupa
cuyos meneos son sendas plagas del hombre,
el monstruo que posee miles de rostros, Geo,
y se tumba en los Alpes, montaña como ellos,
prodiga sus amores, sus labios y sus tetas,

y, sin cesar abriéndose a los largos abrazos,
engulle en sus ijadas todo un mundo de amantes,
el adivino, el hombre de montes o de antros,
Epicuro, el espíritu, o bien Sileno, el vientre,
el rayo, el excremento, todo el rebaño impuro
de aquellos seres viles que llevan un vellón,
la hiena, el oso, el tigre y la loba febril,
y detrás de ese grupo horrible, Orfeo pálido.
Se entrega a todos juntos y al tiempo a cada uno
le hace rugir de odio y torcerse de amor;
los estrecha, los rapta, los besa y los devora.
Mezcla con sus pestañas tenebrosas la aurora.
Lave el hombre acechando en medio de los juncos.
Con sus greñas de hierba ondulando en las aguas,
canta, mientras apoya en su anca escamosa
sus codos de ramajes y sus manos de frondas:
—¡Ven! ¡Soy la naturaleza! —Y embelesados, trémulos,
vencidos, desde todos los rincones del mundo,
pastores, soñadores, videntes y colosos,
los tristes dioses indios con caras de molosos,
los tifones de abajo, el pueblo, hidra y gigante,
pululando, preñando, redoblando, creando,
temblando de tal vez acercarse a su madre,
fijan los ojos fieros en la obscena quimera.
Y la espuma que abraza a la roca salvaje,
el beso de la ola y la tormenta en celo,
la envuelven, y su soplo turba a la bestia inmunda,
¡y sin cesar, por siempre, en aire, llama y onda,
a través del eterno y lívido vapor,
la pupila nocturna mira con estupor
y el huracán flagela y la mar acaricia
la gran prostitución de la diosa sombría!

Es así como todo vive y muere, acezante.

El astro es una chispa, el siglo es un instante.
El soplo de la muerte cubre con cada ráfaga
de sombra el río Estigia, de aves el lago Estínfalo;
la guerra con sus gritos cunde y las pestes van
a revolcarse juntas bajo el cielo profundo;
se levantan, hermanas de la muerte y la envidia,
y amedrenta a la vida su mirada de larvas,
y se escucha, en el fondo de las nieblas inquietas,
aullar a la temible bestia feroz del cielo:
el Trueno; y perturbados, listos a disolverse,
mares, bosques, montañas, bajo el pie del relámpago
tiemblan, y el viento lanza a través de sus ráfagas
las mil imprecaciones del costalero Atlas.

Pues sobre él pesa todo. Ya te lo he dicho, el mundo,
con su aire azul, su fuego rojo, su honda agua verde,
con el espacio, el éter, y con las ascensiones
sin término y espléndidas de las constelaciones,
oscila, sostenido por ese pilar vivo.
En la cúspide brilla el Olimpo, astro gruta.

El Olimpo está ornado de radiantes espectros
que si no fueran dioses serían forajidos;
tiene los doce dioses sublimes por florones.
Su resplandor tranquilo enceguece al abismo.
Abajo, los titanes, los Mammón, los gigantes,
la hidra Glauco que hinche de océanos su grupa
rampan, y los silvanos, los telquines, los dives,
en el agua, en los pliegues de las algas insanas,
ondean con el orfe horrible y con el anthia
y el impuro Gerión a quien castiga Alcides;
y se distingue abajo la raza lapidaria,
Gorgona, que la luna trémula considera,
las tres Parcas que mueven la cabeza ante el ruido

de la rueca en que el día por la noche es hilado,
Cronos de cuatro ojos, Derceto pisciforme;
y, cual brizna de hierba entre el cedro y el olmo,
el hombre entre el titán y el dios desaparece,
mientras hacen un bosque en su frente los monstruos.

•

Los doce dioses, que han triunfado, están tranquilos
y son feroces; tienen los templos en las urbes,
las selvas en los llanos, en los montes las rocas;
y Vulcano a los Brontes y Piracmones manda
forjarles armaduras con el rayo y el viento;
Dodona los saluda con sus sordos murmullos;
son grandes y serenos; cada uno de sus pasos
mide un tercio del cielo en su vasto compás.
Todo pudor del mundo bajo su soplo se aja;
Júpiter es tirano; Cipris es cortesana;
Febo es un asesino y Palas mata; Juno
lleva al asesinato de ojo torvo a su vera;
Eolo vomita, loco, descabelladas lluvias;
Neptuno es tempestad y Marte es la refriega;
Saturno siega vidas con su vasta guadaña;
entre dioses malvados, Mercurio es el dios falso;
sospecha de él la sierpe y la zorra lo husmea.
En lo alto, el horrible Amor, peor que la ira,
reina y manda; y flechando corazones, cubriendo
la tierra de rosales y de tumbas, domina
con los dioses el mundo, con la mujer los dioses.
Tal es la orgía; el ojo va en este mundo infame
de la substancia enorme al espíritu odioso.
Las plagas son titanes y los vicios son dioses.

Se oye a los dioses riendo; se ven sus vagos tronos

resplandecer encima del monte Acroceraunio;
la vida es en su torno un sordo estremecerse;
a sus pies está el rezo cojo, miente el oráculo;
la mitad de la tierra es un charco empapado
de caos, una cloaca que aloja lo defonne;
no es bastante alto el cielo para que al despertar
el gigante Otris pueda asentar sus caderas.

¡Y todo es tú, Materia!

La sombra en que Pitágoras
ve pasar al tritón, la ninfa y los egrégores;
la sirena, en la hora en la que brilla el halo
y abre su canto al aire, sus aletas al agua,
eres tú, Tetis, tú, la de manos de palma;
esos dioses son tú; son tú esos monstruos; tú,
pigmeos y gigantes; las boquiabiertas máscaras,
coribantes que aúllan los cínicos peanes,
tú estriges y psylles; tú esos mil millones
de medusas, de eones, de faunos y de dríadas:
ese estupor es tú y tú ese movimiento.
¡Materia, bloque inerte y negro pulular!

Y, frente a tanto horror, toda filosofía
lanza un grito, se calla, sueña y se petrifica.

•

Pero el hombre, ¿qué es? Nada. Ya te lo he dicho.
Hecho del poco barro que Júpiter perdió,
bajo el oscuro cielo que arroja la sentencia,
sin ley, sin libertad, derecho o resistencia,
no es sino el sonajero de los monstruos.
Desnudo,

fatal, él hace el crimen y los dioses el mal.
El hombre, ante el vil soplo, boca de quejas vanas,
siente en sí, en sus huesos, sus nervios y sus venas,
brotar la arborescencia horrible del destino.
Todo banquete es turbio: participan los dioses;
a los labios de Tiestes tiende la copa Atreo;
parricida es Orestes, Yocasta es incestuosa;
Fedra se asusta, Mirra tiembla, Pasifae huye;
las tres, ¡ay!, han bebido el filtro de la noche.
La suerte es un verdugo; la vida es una loca.
El hierro engendra hierro. Agamenón inmola
a su hija, y Clitemnestra inmola a Agamenón.
Ayax grita: ¿Hay justicia? —La Muerte dice:
—¡No!
Medea ebria ríe. ¡Oh cuánto habéis llorado,
Casandra, en el horror de las sombras malvadas!
Aunque inocentes, son igual que criminales.
En su tomo por siempre se levantan eternos
el cruel remordimiento, bosque donde se gime,
y el homicidio, en medio de pálidos espectros.
Apolo enloquecido se arroja, oscuro amante,
sobre Dafne, y es Dafne quien será castigada.
Temis ciega sostiene la balanza insegura.
Todo es dragón, serpiente, hidra, pólipo, antena,
garra, uña, zarpa; el hombre está preso en los grillos
de Geo, de Tifón y de Eolo y de Urano.
Las ramas de la sombra tienen fatales frutos;
basta con transitar por la espesura humana
para mover las ramas execrables del mal.
Virtud y crimen son dos nonadas gemelas
que se lleva hacia un mismo abismo la misma ala.
Sin ver, sin escoger, sin mirar, al azar,
el dios de abajo, el torpe y tenebroso Hades
lanza niños, ancianos, guerreros, nobles reyes

al Estigia, desagüe de la eterna inmundicia;
sordo hasta para Orfeo, le arrebata su Eurídice.
Todo es sarcasmo. Venus se apodera de Psique;
por donde le tocó su madre muere Aquiles.
¡Oh las madres! ¡Buscad los hijos, la alegría!
Níobe se hace piedra y noche; Hécuba ladra.

Ser casto, ¿con qué fin? Ser austero, ¿por qué?
Más virtud acarrea más sombra y más espanto.
Los asesinos, que abren a toda prisa fosas,
los ladrones, que escuchan tras las puertas que fuerzan,
no son más molestados que Edipo de alma pía.
Igual que el jabalí que las picas abaten,
el hombre cae herido por el carcaj celeste.
Grandes son los malditos, buenos son los funestos,
el cielo oscuro se hunde sobre el hombre; el altar,
calmo y frío, es mortal para aquel que lo abraza;
una Euménide duerme en el umbral del templo.
Lo mejor, si la suerte quiere darnos su ejemplo,
queda sin corazón, sin entrañas, sin ojos;
lo aplasta y mata el peso tremendo de los dioses.
Van las generaciones disipándose al vuelo;
los días pasan y huyen cual destellos de espadas.
Encima de los vivos alza el dedo la Suerte.
Nadie hace lo que ella; nadie ve lo que ella.
Nace: su mano se abre. Muere: vuelve a cerrarse;
nada más sabe nadie. Guerras sin fin ni término,
sin conciencia; en la boca, baba; en el puño, acero.
La boca sólo muerde la oreja y no le habla;
el sordo estrecha al ciego; se lucha, se devora,
se toma, se abandona, se toma nuevamente;
y nunca hay bajo el cielo nadie un instante libre.
Lo que suelta el destino lo retoman los dioses:
lo que dejan los dioses fatigados, lo toma

amor avieso; todo sangra y sufre, sin ser.

El pensador, al borde de los negros destinos,
ve sin fin prolongarse en el abismo ignoto
aquella agitación de tenebrosas olas.
Los grandes, los famosos, los fuertes, ¿dónde están?
Están donde los humos huyeron, donde el bosque
deja ocultos los ruidos, los soplos y las voces.
La sorda nada dice: No valía la pena.
Y después de eso, Sócrates, Calístenes, Platón,
Diógenes y Zenón, Demócrito y Arquitas,
Tales, Grates, Pirrón, Anaxágoras, hato
de sabios, contestad: ¿Qué es la sabiduría?

•

Vela o duerme, huye o ven, cree o niega, ase o suelta;
sé inmundo o bien sé puro; sé bueno o sé perverso;
insulta al alba o ríe con los follajes verdes;
muéstrate, escóndete; vete, quédate, oscila;
ignora o bien aprende; medita o sé un imbécil.
¡Ciencia humana, proyecto de mirar! ¡Turbio intento
de abrir al fuego el muro brumoso de la suerte!
¡Imprecación sombría y llena de anatemas!
¡Espíritu del hombre, rumor, vanos sistemas!
¡Plaza pública donde en la noche se cruzan
los proyectos que tenga el hombre de pensar!
El mundo es una muela que muele el pensamiento.

Al cabo de una ciencia agotada y cansada,
una doctrina viene gritando: ¿Qué es ello?
Y pasa repitiendo lo que la otra dijo.
Todos dicen: ¿Por qué, por qué? Nadie adivina
el secreto en la sombra infernal y divina.

—¿Cómo salir? ¿Y cómo entrar? Querer, saber,
¿abrirán los cerrojos de este dédalo negro?
¡Probemos con la muerte! ¡Probemos con la vida!
La voluntad presiente que el destino la sigue.
¿Si volvemos abajo, si volvemos arriba?
¿Dónde la puerta, oh noche? —Y todas las preguntas
tienen puertas de enigma, tienen ojos de espectros;
y, tristes y encorvados bajo la triste cúpula,
los pensadores trémulos buscan oscuras claves
en el horror sereno del abismo estrellado.
Cada uno, asomado a la sombra final,
lanza a quien pase negros consejos como en sueños:
—El rezo es para nada. El ser, un hecho huraño.
No malgastes amor en nombre del azar.
Canta o maldice: al sino le da igual que le ames.
Los pasos del humano cruzan este problema,
la vida es la avenida horrenda de la esfinge.
Orgullo y ciencia, ojos de pavorreal o lince,
en un igual aborto desembocan, y el hombre
tiembla, y ve unos demonios en los dioses que nombra.

•

Prometeo se quiso evadir de esta noche,
pulir lo que los dioses lograron sólo a medias,
laborar, enseñar, civilizar, y hacer
del mundo una viviente y esplendorosa esfera;
de la roca salvaje y las breñas espesas
sacar los resplandores del orden y la paz,
desbrozar la espesura monstruosa del ser,
y hacer vivir a quienes nacer hace el destino.
Quiso santificar la tierra, abrir los ojos,
poner el pie del hombre en la escala del cielo,
que someta y que guíe a la naturaleza,

sustraer a los dioses el crecimiento humano,
vestir los corazones de azul cielo estrellado,
hacer que del gusano surja un alado espíritu,
echar un lazo de oro entre la urbe y el árbol,
para siempre en el tártaro hundir el odio vil,
ligar el mal horrible al caos espinoso,
en el corazón de hombres luminosos, fundar,
para que la razón lo acabe y lo cimente,
un templo, y reemplazar a Atlas por la justicia.
Cayó bajo el castigo de los dioses, vencido,
solo, amargo, llorado por las hijas del mar,
y yo bebí la sangre del terrible aherrojado.

Todo está muerto ahora, y en la sombra inflexible,
bajo los resplandores de escudos de los dioses,
son vanos los esfuerzos de gigantes y de hombres.

No obstante, si algo de aire queda aún, vuela el ave.
Al despedirse, Orfeo me dijo esta palabra:

«Ser alado, tu ala sube al cielo. Recuerda
«que querer es la fuerza y alcanzar es la ley.
«El estorbo está allí; espera ser quebrado.
«Lo que hizo Prometeo hecho está: el fuego vive.
«Está en la tierra, está en algún sitio; el hombre
«puede hallarla; crecer, ¡existir, si lo quiere!
«Si sabe ahondar, pensar, trepar, asir, ceñir,
«si no deja que nunca muera la santa llama,
«si recuerda que puede, pues que brilló la idea,
«encender en sí mismo algo mayor que él,
«que ha de luchar, que el alba es algo que libera,
«y que tener la antorcha es tener la esperanza;
«pues dos rayos de arriba forman la claridad,
«y son uno el poder y el otro la belleza».

—Oh buitre, en esta noche sin fondo que nos sitia,
¿dónde hay la claridad que tú dices? —grité.

Esperé la respuesta, pero él no estaba ya.

Se había disipado sin decrecer siquiera.
Así arremolinada huye una hoja muerta
al viento que la noche hace al abrir su puerta,
a la hora en que se sienta el pastor en los montes.

OceanofPDF.com

V

El águila

El mosaísmo

Unus.

Y sobre mi cabeza observé un punto negro,
y el punto parecía una mosca en la sombra.
Gomo cuando la luna bajo la niebla se hunde,
flotaba un fulgor vago; blanqueaba
la inmensidad.

Seguí mi carrera y subí,
hendiendo con un ala segura y pronta el aire,
hacia el punto visible en el espacio; mientras
subía yo, el objeto crecía y, parecido
a las formas que vemos crecer en nuestros sueños,
tomaba una figura extraña; y esa mosca
era un águila en vuelo revoloteando y fiera.

Lo vacuo fue más claro y menos malo el viento.
Cada pájaro negro hacia el que yo subía,
tal como antaño el mago ignoraba al apóstol,
volaba en su región solo y sin ver al otro.

Gritó el águila:

•

—¿Quién anda allí, horrenda sima?
¿Quién dice pues: No existe? ¿Quién dice pues: Son dos?
¿Quién dice pues: Son doce, son ciento, son dos mil?
Llenan el cielo azul como un pueblo una urbe,
y el cielo fuera claro y límpido y radiante
si no hubiera el oscuro enjambre de los dioses.

¡Oh viento, existe! ¡Abismo, sólo él es! ¡Sólo, os digo!
¡Preguntad a los soles, tinieblas! El prodigio,
negro abismo, sería que él no fuese. Yo soy
la alta águila sabia que planea en las noches;
ese animal al cual el genio se parece;
en mi ojo huraño llevo el fulgor infinito;
yo soy el gran vidente y soy el gran inquieto.
Yo estaba con Moisés el día que gritó:
¡Oh sol, padre nutricio del mundo, anacoreta,
solo al fondo del cielo como en una guarida,
padre del alba, rey del día, amo del fuego,
haz a un lado tus rayos, déjame ver a Dios!
Al pie del Sinaí oscuro dijo: ¿Quién me acompaña?
Dije: ¡Yo! Allí estaba cuando, montaña arriba,
se sumergió, soberbio y temblando a la vez,
en la nube repleta de rayos y de voces;
yo fui tras el profeta en esa sombra lívida…
Oh sollozos matemos con la cuna vacía,
oh grillos del esclavo, oh cetro de Nerón,
peste de soplo impuro, guerra de clarín vano,
gavilanes que acechan vuelos de codornices,
malezas del horror, zarza, acónito, ortiga,
destino, espectro de ojo triste y paso lento,
mal, odioso ciempiés que bulle sobre el hombre,

quimera Oscuridad que acarreas tus vértebras,
lechuza Noche, sapo Caos, topos Tinieblas,
nada, cielo negruzco, sudario de lo azul,
¡mentís, mentís, mentís, yo he visto a Dios!

•

En ese instante el ave suprema y solitaria
me vio; salvaje, dijo:

¿Quién es ese gusano?
¿Con qué derecho vuelas por la sombra en que reptas?
¿Eras tú quien decía hace poco: No existe?
Si eras tú…

—Yo callaba.—

Si eras tú, has de saber
que él se muestra ante todo en eso que lo esconde.
¿Qué eres? Contesta. ¿Sabes la meta, el fin, la ley?
¿Sabes tú por qué el tábano va a picar a la vaca,
come moscas el pájaro y pepino el gusano?
¿Conoces los pulmones del viento? ¿Y la sombra?
¿Estás en el secreto? Y cuando sonó el trueno,
¿sabes lo que se dijo? ¿Preguntaste a las olas,
cuando hacia el arrecife que su inclemencia azota
avanzan, comentando en su rumor inmenso
los actos misteriosos de la onda y la noche?
¿Has traducido el texto abstruso que es el orbe?
¿Qué es lo que nos pedían las auroras en fuga?
¿Por qué ese lagrimeo inmenso de las lluvias?
¿Cómo es que en la pepita del fruto cabe el árbol?
¿Acaso has preguntado al Gibel y a su ruido,
al Atlas y al simún, al Alpe y su avalancha?

¿Conoces la Jungfrau, la inmensa virgen blanca?
¿Te ha dicho ella el fondo de la virginidad?
¿Has llenado en el pozo eternidad tu cántaro
y tu estupidez bebe el agua del abismo?
Contesta. Tu ignorancia, hombre, ¿es acaso el diezmo
que vienes a cobrar, a la zaga del cuervo,
sobre la ciencia extraña y triste de la tumba,
bruma en que se perdieron tantos célebres magos?
¿Te asomaste a beber sorbiendo las tinieblas?
¿Y te has incorporado apuntando al vacío,
vomitando tu trago, gritando: ¡Dios no existe!?
¿Así es, animal? Si es así, yo me aflijo
de verte, sólo Dios reina y vive, te digo,
y sólo él sobrevive. ¿Puedes tú hacer el fuego,
la noche, la alborada? ¿Haces tú aullar arriba
la tormenta maniática, y tú la haces callar?
¿Eres tú el personaje inmenso del misterio?
Pruébamelo. Veamos, hombre. Cuando el torrente,
ese obrero terrible, inquieto, devorante,
que asierra rocas, hala la tierra hasta el sembrado,
en la sombra se pone a descamar montañas,
impídeselo. Dile al océano: ¡Abajo!
¿Fuiste tú quien cazó y dobló a los leones
tanto, que no se sabe en sus fúnebres fugas
si son aún leones o si ahora son cebras?
¿Eres de los que va por lo ignoto sin ver,
tropezando en la noche contra el gran muro negro,
y, batiendo el obstáculo con sus sombrías alas,
se deslizan sin fin por las eternas tapias?
¿Sales de alguna horrenda gruta de ásperos muros,
donde tu ojo estuvo fijo cuatro mil años,
cual Satán en la sombra donde Dios lo arrojó?
¿Tienes de la pagana Casandra aquel espíritu
cuando ella de antemano vio a Ayax bandido,

contando los palacios en llamas, distinguiendo
en la profunda noche el acero de Egisto?
Di: ¿Rebosas abismo? ¿Eres el Trismegisto?
¿Caminas a la par de los cielos, diciendo
a las doce horas: Vengan a hablarme, ya que están
sobre la tierra ahora, llevando cada una
la alegría del sol o el horror de la luna?
¿Has vivido mezclado con las bestias del bosque,
y el tigre te indicaba la fuente en que beber?
Y cuando divagabas con la mejilla en tierra,
¿un ángel que admiraban el lince y la pantera
te envolvió, apartando la cortina de sombras,
con un horrendo manto de estrellas las espaldas?
Para hablar de ese modo, ¿es que eres tú el que liga
y desliga? ¿De Elías tienes el doble espíritu?
¿Qué eres? Di tu nombre. Los profetas antaño,
cuando sobre los montes envarados de bruma
la ancha luna de oro surgía como un domo,
hacían contra el cielo ademanes fantasmas,
hablaban con los vientos, y, grandes, solitarios,
sacudían las noches igual que los sudarios;
pues el desierto entonces, con graves actitudes,
sabía hablar al hombre, y el hombre a lo desierto;
el mar su abismo abría y el águila su pico
oyendo a los augures, en Endor, en Baalbek,
preguntarle a las sombras, y a las tinieblas dar
la oscura explicación a los negros augures.
¿Eres tú de ésos? ¡No! aunque fueras el último,
no serías tan loco como para negar.

¿Serías casualmente, hablador solitario,
uno de los frustrados de la inmensidad negra?
¿Opinas que los cielos sagrados van torcidos?
¿Estabas tú allí cuando Dios hizo el universo?

Y si fue así, sin duda tu pena fue cruel
viendo que el albañil no tenía paleta,
construía la sombra, el aire azul, el cielo,
y tanto el ser parcial como el ser colectivo,
la extensión donde huye pálido el meteoro,
y edificaba el tiempo, construía la aurora,
edificaba el día que florece en el alba,
los vastos firmamentos azules aun de noche
y las profundas cúpulas que cruza la tormenta,
sin subir al andamio cargado con la artesa.
¿Eres un ser a quien la claridad dice: ¡Vete!,
emanado del flanco de Satán triste y negro?
¡No! Eres sólo un viandante triste y frágil. Invito
a tu ánimo a pensar que sólo Dios es vida;
que todo el resto es muerte; y por ti se lo digo
al hombre, bebedor de la copa de espanto,
pálido escogedor de temibles caminos,
ese ciego al acecho y ese sordo a la escucha.
¿Retarás a ese Dios que combatió la sombra?
Vamos, contesta: ¿Has visto a Leviatán? ¿Lo espiaste
en el antro en que el agua baña la piedra calva,
o en algún bosque lleno de fulgores feroces?
¿Puedes decir: He visto a Leviatán; oíd
cómo es, cómo repta, de qué manera nada?
¿Has leído qué dice Job de él? Claro que no.
Escucha pues:

«Su cuerpo, lleno de escamas verdes,
es como un montón móvil de broqueles de bronce.
Su sueño hace el estruendo de un río subterráneo.
Si tiene sed, su hocico, abierto, vasto, horrible,
bebe todo un torrente con un terrible aullido».

Eso es lo que Job dice; es tremendo; pues bien,

yo que lo he visto, digo: cuanto Job dijo es nada.

•

¡Leviatán! Pelos, crestas, y mandíbulas y alas
que son brazos, y pies que a la vez son aletas,
garras que se parecen a hierbas, y mil nudos,
mil antenas que forman un ramaje espinoso,
un verde ombligo, igual que un mar que se hace hondo;
es la sombra hecha monstruo, ¡y que vive, oh espanto!,
es un no sé qué negro, no sé qué prodigioso
que muerde con sus dientes y que ve con sus ojos.
La manera en que pone un pie delante de otro
es horrible; las ondas rugen si se hunde en ellas;
como un cazo en el fuego, hierve sobre él la mar;
al arrastrarse, esparce por doquier sus escamas
como un cisne sus plumas a la hora de su muda;
si un rayo le alcanzase no se estremecería.
Es el horror, la hidra ante quien todo tiembla;
si Leviatán escupe, vomita Satanás.
Que exista en nuestro mundo un ser tan espantoso
y mire al cielo igual que lo miran los hombres,
es cosa que perturba la razón y el espíritu.
Cuando pasa, de noche, detrás del horizonte,
el fulgor de sus ojos es como el alba: albea
la arena; y el viajero cree que ve la aurora
y en su tranquilidad no puede sospechar
que es Leviatán quien hace aquella claridad.
Plácido andarín, piensa en dulces albas rubias,
en flores, en rocío… ¡Qué profundo terror,
qué temblor si, en la sombra, pudiera ver de pronto
esa forma inaudita y sombría moviéndose!

A veces Leviatán vuelve a hundirse en las simas,

y las larvas se asustan en el lago sulfúreo,
tiembla el infierno y tiembla su guardián demudado
cuando surgiendo al pronto encima de sus frentes,
su testa, como un monte que remueve su cima,
se alza horrible asomando al borde del abismo.

Tú que entraste en mi sombra, ¿piensas ir a buscarlo
en su gran hierba verde o bien bajo su roca?
¿Irás a atarlo tú con cuerdas bajo el vientre?
¿Lo arrastrarás, hediondo, hasta afuera de su antro,
para hacer, en tu corte, a pleno sol, delante
de ese objeto nocturno, increíble y que vive
de miles de visiones y de miles de espantos,
que se agolpen los niños y rían los lacayos?

¡Pues bien, oh junco vil, piensa que con su mano
Dios coge a Leviatán como se coge un pájaro!

•

El águila siguió:

Moisés estaba solo;
brillaba al fondo un rostro desconocido. Todo
lo estaba viendo yo. Aquel rostro era Dios.
¡Yo lo vi! ¡Yo lo anuncio a los de corta vida!
¡Yo he visto al Dios tremendo de la eternidad lúgubre!
¡Postrer día del tiempo, postrer cifra del número!
Esto es lo que el espíritu aprende en las alturas:
antes que la criatura había el creador;
el tiempo sin fin era antes que ése que pasa;
antes que el tiempo inmenso era el inmenso espacio;
antes que lo que vive lo posible existía;
lo infinito sin forma vive al fondo de todo;

por sobre el cielo azul que se mueve y que gira
por donde van y vienen los carros de los soles,
se encuentra el cielo inmóvil, que es eterno y profundo.
Dios vive allá. En su torno se retuerce y destuerce
la duración, igual que una culebra. Su obra,
es el mundo; él la hace; una vez hecha, duerme.
Entonces por doquier cunde una mortal noche
en donde abandonadas flotan las creaciones.
Después de haber dormido unos millones de años,
el ser inmensurable al que nada se iguala,
cuyo ojo entreabierto reluce como el sol,
se despierta en el fondo de un éxtasis profundo
y con su primer soplo crea un nuevo universo,
espléndida creación de un mundo luminoso
donde destella el átomo y unos fuegos se cruzan,
claro, vivo, cruzado por incontables astros,
que remolina en torno de su boca en la sombra.
Y se vuelve a dormir, y ese mundo se va.
Un mundo disipado, ¿qué le importa a Jehová?
Él es. Sólo él existe, y el hombre es un fantasma.
De igual modo que al sol no le importa la paja
cuando acabó la siega, caídas las espigas,
al ser no le preocupan los mundos disipados.
Él es. Con eso basta. Su plenitud ignora.
La forma huye, el son muere en la onda sonora,
quien se extingue, se extingue; quien cambia está cambiado.
Él dice: Soy. Es todo. Abajo dicen: ¡Tengo!
Cree tener la sombra que un vano sueño anima
y ase un bien de cenizas con sus dedos de humo.
Dios nada tiene y es todo. ¡Desdichado de aquel
que duda! Ya os he dicho que me alumbró su faz
y que he visto su ojo sombrío tras los truenos.
Los patriarcas blancos y de ochocientos años
con él antaño hablaban. ¡Es él! Es el que vive.

Es frente a la gran noche el gran sol que renace.
Dios solo existe.

Todo le teme y lo designa.

•

Sopla la losa fúnebre sobre el hombre, y el hombre
se desvanece; son sin mañana sus días;
avanza algunos pasos por un camino oscuro,
después su pie se esfuma y su ruta se borra;
se muere y todo muere. Emprenda lo que emprenda,
posee el rayo, el viento, el instante, el lugar;
él es el sueño y vive el tiempo de un adiós.
¡Fantasmas! Vais flotando por las horas oscuras
de un mundo en que se ven pasar ciertas figuras.
Hombres, ¿qué sois entonces? Unos rostros absortos.
El mal cae de vosotros como el frío de un tejo.
Vuestros designios son pozos de insidia; sois
antros en donde el vicio y el crimen hacen fiesta;
vuestras casas y umbrales y techos y paredes
cargan más fechorías que carga uvas la cepa;
incrustáis oro fino en vuestras camas de arce;
retorcéis los harapos del pobre miserable
y teñís vuestra púrpura con la sangre vertida;
hacéis un sonajero de la temible suerte
y jugáis a los dados riendo y perdiendo sumas
mientras juega a los hombres en la sombra el destino;
vuestras urbes son bosques; se roba, engaña, vende;
el ignorante es pan que come el sabedor
y el hombre buitre le echa su garra al hombre topo;
el arriero Interés zurra al asno Miseria;
sufrís a cada hora y por todos los lados.
¿Para qué, si iréis todos a la nada a empujones?

Pensáis. Pero ¿creéis? Vuestros cráneos son bóvedas
sin lámpara, en que el llanto escurre a grandes gotas.
Rezáis. ¿A quién? ¿Y cómo? ¿Por qué? No lo sabéis.
Amáis. ¡Oh noche oscura! ¡Cielo soñado en vano!
Vuestros sentidos son cieno al que amor se aviene,
y en vuestro beso el puerco se mezcla con el ángel.
Satanás ha logrado que la bajeza vuestra
sea en la tierra mancha y hez en el firmamento.

¡Así pues, lo hizo todo, ese Dios! Cielos, montes,
bestias, todo; aun el ruido y la sombra que hacéis;
así que el sembrador eterno abrió la mano
y sembró en el espacio hacia todos los vientos
las estrellas cual polvo ardiente, ígnea ceniza.
Todo aquello que veis de noche, ese puñado
de granos de oro, al surco de claridad lanzado,
cae hacia lo infinito toda la eternidad.

Cuando Dios mira, a veces, se avergüenza del hombre,
y los tigres del bosque, los césares de Roma,
los reyes con su Mane, Tecel, Fare en la frente,
reverberan en medio de los vivos turbados
el vago relumbrar de su cólera inmensa.

Hombres, debéis saber, espectros demenciales,
que él es, si se le antoja, el Dios feroz; que pone
la marca de su rayo en toda altiva cima;
si despierta, es terrible; lanza golpes, se venga.
Sopla sobre las ascuas, escupe sobre el barro;
entrega Tiro y Susa al onagro rayado;
persigue, traspasando los temerosos siglos,
como se copa a un lobo de guarida en guarida,
veinte generaciones por el crimen de un padre.
Los que pasáis de noche y vais por negras sendas,
hombres, larvas sin nombre que se mueren del todo,

Dios muestra de repente su rostro a quien le ultraja;
y cuando le insultáis en vuestra loca ira,
lo mismo que en la selva se yergue el gran león,
Adonai se eclipsa y surge Sabaot.
Santo, santo, el señor mi Dios. ¡Silencio, abismos!

•

Y el águila se hundió en las brumas sublimes
igual que una pavesa que cae de un incensario.

OceanofPDF.com

VI

El grifo

El cristianismo

Triplex.

Y sobre mi cabeza observé un punto negro,
y el punto parecía una mosca en la sombra.
Volé allá.

La agria noche moría, y su penumbra
velaba aún la luz que nacía en los cielos.

Y aquella mosca era un monstruoso grifo
que con su enorme ala sacudía la sombra.

Y el grifo gritó:

•

¡Duerma el águila de abajo!
Yo velo. Dios más alto que el águila me alzó.
Vienes de Sinaí, yo del Gólgota vengo;
el rayo llena, águila, tus ojos visionarios,
mas yo he visto el cadalso que es más grande que el trueno.
Cuando el verdugo alzaba la cruz, yo estaba encima;

temblé en el árbol donde clavaron a Jesús;
yo vi aquella agonía solemne y sin medida;
Marcos para escribirla quitó a mi ala una pluma;
pude ver a Jesús sangrar y adormecerse;
lo sé todo; estoy lleno de su último aliento.
Esparzo su palabra en el soplo del cierzo.
Cristo sabe más, águila, que Moisés, pues Moisés
tiene sólo los rayos; Cristo tiene los clavos.
¡No, Dios no es vengador! ¡No, Dios no es el celoso!
No, Dios no duerme nunca, él sostiene la bóveda.
No, el hombre no muere del todo.

Escucha, águila:

•

Una vez hecho el mundo, Dios comprendió que aquello
no era nada, pues nada afirmaba: ¡Aquí estoy!,
pues nada allí pensaba ni hablaba, de tal suerte
que la creación estaba al nacer muerta ya.
Quiso pues lo increado engendrar lo inmortal.
Hizo el alma, y la puso en el hombre, su altar.
Sólo él recibió el alma en todo el universo.
Dios creó para Adán ese supremo colmo.
Por debajo del hombre, alma, intelecto, espíritu,
la materia rodó en la piedra, brotó
en la planta y aulló en la bestia, sin vida.
Adán, al ver que él solo tenía alma, se infló,
quiso tener la ciencia y fue a robar el fruto.
Por eso arrojó Dios a la noche a los hombres.

Y a partir de aquel día, la urna amarga está llena.
Cada hombre está agobiado por la culpa de Adán.
La labor es ingrata y el surco despiadado;

el hombre nace triste, inexorable, impuro;
por alumbrar el mal se rasga el vientre de Eva.
La guerra y el cadalso, dos filos de la espada,
siegan al ignorante, al inocente, al débil;
el fratricida horrible, creyendo ausente al padre,
da terror a los cielos que le ven beber sangre;
¡oh desgracia, en las selvas de la humanidad negra,
un eterno Caín mata por siempre a Abel!
El hombre adora a Bel, Moloch, Dagón, Teutates;
y sobre el crimen rey llamean dioses monstruos.
Los vicios, vil jauría, ladran en torno al alma.
La humanidad entera tañe como espadaña.
Por doquier horror, risa, estertores, terror.
Y toda boca es úlcera, toda cúspide cráter.
Tal monstruoso ruido sale del mundo entero,
que la noche, esa viuda de luto, dice al día:
¿Es el tigre que habla o es el hombre que ruge?
Satanás vuela en tomo como un ave de presa
del alma. El sufrimiento terrible es su alegría.

Llenos de fuegos, llantos, tormentos delirantes,
y de bustos vivientes torciéndose en las llamas,
llenos de gritos bajo el bronce de la bóveda
que sólo la sordera de lo imposible escucha,
cúpula del abismo cuyos pendientes son
espantosos derrumbes de seres quejumbrosos,
celda sin luz, sin fondo, sin esperanza, hundida
bajo los vivos, cúmulo de vanidad que rueda;
bajo aquellos que pasan por la vida y el ruido;
bajo el que piensa, preso del sueño que construye;
bajo el guerrero armado y la mujer desnuda;
bajo las vastas fiestas que cantan por las nubes;
bajo cuanto se enciende como cuanto se apaga;
bajo la marcha humana, orgullo, ciencia, instinto;

bajo todo ser que ande, titubee o tropiece
acecha, vasta trampa, el sempiterno infierno.

Negro surco compuesto de los más viles cienos
que espíritu recibe y devuelve demonios,
que produce cosechas de espectros y gavillas
de monstruos llameantes, lúgubres y soberbios,
que cría cuanto mata y engendra cuanto miente,
y se estremece, envuelto en largo escalofrío,
cada vez que oye el grito atroz de la caída,
cada vez que en su noche desciende, enjambre en lucha,
un triste torbellino donde el alma reluce,
y ve encima de sí, oscura y silenciosa,
abrirse la gran mano del sembrador siniestro.

•

Pero ahí está, divino signo, el libro de vida;
el hombre es alma; lleva en sí un rayo de luz
y sólo la materia es la condenación.
Dios piensa, y el dolor despacio le desarma.
Dios se llama perdón; se llama el hombre lágrima;
Dios creó la piedad cuando el hombre nació.

Delante de los actos del hombre desdichado
muchas veces se indigna la pureza celeste;
el astro de ojo de águila y el ángel como un cisne
se asombran de esa sombra y de tanta negrura;
viendo al hombre bribón, implacable, opresor,
Dios está triste, y cuando, en la noche, la ira
surge, rostro sombrío que ilumina el relámpago,
recordando al Señor lo que el hombre le debe,
pronta a maldecir, él pone en su boca un dedo.
El dedo misterioso y dulce es la clemencia.

El perdón en voz baja dice al hombre: ¡Otra vez!
Vuelve a ser puro. Toma a tu fuente. Probemos.
Ven al crisol. Tu Dios te ofrece entre la luz,
para rehacer tu alma enturbiada y deforme,
el féretro, esa cuna del nacimiento enorme.

La clemencia es el fondo de Dios. Dios bebe hiel.
No venga Dios a Dios ante el azul del cielo.
No regurgita encima del hombre. Compasivo,
tierno, expulsa a patadas al mal, ese canalla.
Dios, que el hombre culpable llamaba, se ha asomado,
y viendo al universo sangrante, muerto, seco,
y pensando, severo sólo para sí mismo,
que a salvar sólo un mundo basta sólo un calvario,
ha dicho: ¡Ve, hijo mío! Y ese hijo ha venido.

¡Redención! ¡Oh misterio! ¡Oh gran Cristo estrellado!
Sed del crucificado que sacia la amargura.
Sudario cuyos pliegues, todos, chorrean vida.
Cadalso que bendice a Barrabás y a Judas,
que a chorros vierte savia y esperanza hacia abajo,
cruz, a todos los ánimos; árbol, a toda planta;
sublime abrazo de unas manos ensangrentadas.
Jesús de ojos agónicos cuya eternidad luce.
¡Oh perdón! ¡Oh piedad de lo azul por la noche!
Paz celeste que sale de todas las clemencias.
¡Oh monte misterioso de inmensos olivares!
Después del creador, se mostró el salvador.
El salvador veló por todo ojo humano,
lloró por todo llanto, sangró por toda herida.
Las rutas de los vivos, ¡ay!, son poco seguras,
mas Cristo, en la picota de la fatal confluencia,
alza un brazo a la noche y el otro lo alza al día.
Después de él, los apóstoles, cabezas llameantes,

llegaron; y los santos; despedazados mártires,
vírgenes que a Jesús loan en la carreta,
encintas que alzan cantos mientras que los verdugos,
les arrancan, terríficos, sus niños de sus vientres,
y padres de los bosques, doctores de los antros,
y voces del desierto y del claustro, que gritan
en su noche glacial al hombre: ¡Oriente! ¡Oriente!

•

Vosotras lo buscasteis sin hallarlo, sibilas,
a ese Dios misterioso de los cielos inmóviles.
Hijas de las visiones: tú, debajo de un puente,
manto; tú, espiando el huevo que puso la lechuza,
Albunea, y prendiendo una antorcha de cera;
tú, la de Frigia, sobresalto de Ancyra,
hablando al astro y, pálida, espiando su respuesta;
tú la de Imbrasia, tú la del Helesponto
que se alza como diosa y vuelve a caer hiena;
tú, Triburtina, y tú, la ronca Libia,
gritando: ¡Trece!, hallando la ley de los impares;
tú cuyos ojos fijos inquietaban a Vésper,
larva de Endor; y tú, dientes blancos de espuma,
pechos desnudos, loca tremebunda de Cumas;
tú, la caldea, hilando un invisible hilo;
Sérdica, ojo de cabra, de trágico perfil;
tú, enjuta y desnuda bajo el sol, Eritrea,
penetrada de azul y de luz y de horror;
tú, Pérsica, que habitas un sepulcro deshecho,
oh rostro a quien hablaban de noche los viandantes
y los descabellados que fisgan en la sombra;
tú, la que come berros en su fuente sombría,
Délfica; almas ásperas, todas, por más que aullasteis,
golpeasteis al viento, removisteis la tumba,

mirasteis fieramente en las honduras negras,
ninguna de vosotras vio nítido en su gloria
el gran Dios del perdón sobre la tierra alzado.
Santa Teresa, con un suspiro, lo encontró.

•

El perdón es más grande que Caín, y lo cubre.
La clemencia de Dios por todas partes se abre,
y es la única celada en que siempre se cae.
La lengua de los mudos, la oreja de los sordos
es el perdón. La gracia cubre a quien se abandona.
Es lo que falta a todos y que a todos Dios da.
Padre, sonríe al hijo que le muestra los puños.
Dios si no perdonara sería el castigado.
Su cielo es la mirada clemente. Cada gracia
que a cada instante hace, vuela, nunca cansada,
se dispersa a lo lejos entre todos los mundos
y, del débil al malo, del feroz al perverso,
vaga, como una abeja de oro, libando almas,
y regresa, mezclando bálsamo, incienso, díctamo,
trayendo los perfumes que dan almas malditas
y con miel perdón llena el panal paraíso.

¡Clemencia! ¡Voz formada de todas las estrellas!
¡Dios! ¡Cielo para todos, puerto de toda vela!
Jamás, bruma o tormenta, y haya el viento que haya,
se clausura el asilo mientras el hombre viva;
todo labio se acoge en el celeste cáliz;
sangra el salvador; todos pueden beber su sangre;
por siniestro que sea el hombre que se acaba,
a la hora de la muerte un grito arrepentido,
una voz de la fe que recrea la tumba,
una mirada tierna hacia el fulgor sagrado,

hacia lo que insultábamos y lo que denigrábamos.
Un sollozo, o incluso un suspiro, un pesar
del alma que detesta su mancha originaria,
basta para que escape a la condena eterna,
al infierno que, viendo lo que los hombres hacen,
tuerce grillos sin fin en las simas sin fondo.
Esquife, seas quien seas, pon tu proa hacia Dios.
El castigo sin término ni esperanza encarcela
en las eternidades más pesadas que montes,
tan sólo a los que son o se hacen demonios.
La pena sólo cae inmutable y tardía
con el último grito horrible y reincidente.
En la eternidad lúgubre, Caligula y Acab,
Borgia que fue entre todos quien estrelló la tiara,
Timur, Nerón, Felipe Segundo, Luis Onceno,
Falaris en sus tronos están en la picota.
¿Por qué? Porque dijeron ¡No! en el gran momento,
porque su alma salió bajo forma de vómito.

Basta al hombre llorar para hallar a su padre.
La desgracia le dice: ¡Cree! La muerte: ¡Espera!
Si se arrepiente tiene la llave de su suerte.
Dios le trueca, después del pesar y el dolor,
flores del paraíso por astros del edén.
Eva, a tu desnudez da María sus velos;
con su espada de fuego readmite a Adán el ángel;
llega el alma cargando la cruz de Jesucristo;
junto a él el eterno va a sentar lo inmortal.
La santidad del alma humana, águila, es tal,
que en fondo del cielo donde la luz sonríe,
donde el Padre y el Hijo se unen en el Espíritu,
parece que lo azul igualara y fundiera
Jesús, alma del hombre, y Dios, alma del mundo.

•

Y, cara al firmamento, no mirando ya nada,
como ebrio de fulgores, el monstruo de los aires,
león por crin y garras y por el ala ave,
cantó:

¡Paz, vida y gloria a la bóveda eterna!
¡Él es el verdadero! Él vive. Está presente.
Gomo él es lo invisible, él es lo deslumbrante.
Creó con la palabra la cosa y el misterio,
cuanto puede nombrarse, cuanto debe callarse.
Cuando se muere el justo, él le cierra los ojos;
almas alegres llenan el jardín de lo azul;
entran a cualquier hora y por todas las puertas;
Dios disuelve los goznes de las ciudades fuertes;
sus dedos distraídos retuercen el relámpago;
para él la gran serpiente es un pelo en el mar.
Él es el gran poeta; él es el gran profeta.
Él es la base, él es el centro, él es la cúspide;
él es aquel que piensa, él es aquel que ve;
conoce el porvenir que toca a cada uno,
el Edén sol, las fúnebres cámaras del abismo.
Los que marchan sin él van hacia las tinieblas.
Él ordena a la noche que envuelva en sí al día.
Pone a la muerte, arquero, en la almena del muro,
y los cedros del Líbano, cual viejos sacerdotes,
hablan de él en voz baja; ante él se inclinan todas
las sombras de los seres de mañana y de tarde.
A los pies de él, las vírgenes, en incensarios puros,
queman unos perfumes compuestos de los rezos
de todos los que el mundo considera sus luces,
todos los santos que ha en la tierra y el cielo;

esa blanca humareda flota en tomo al altar,
y el Increado, oculto bajo velos de llamas,
se asoma, respirando el dulce olor a almas.
Las columnas del cielo se asombran ante él;
esos pilares, puestos bajo el domo inaudito,
bajo su soplo, idos, tiritan, semejantes
a su propio reflejo en las trémulas ondas.
¡Oh Dios! ¡Rey, padre, asilo! ¡Esperanza del réprobo!
¡Eterno labrador! ¡Recolector eterno!
Maestro en la primera hora, juez en la última.
Sólo él es aquel que hizo con luz el mundo.
El firmamento es claro por su serenidad.
A veces, en lo azul espléndido y temido,
¡oh misterio!, se hace silencios de una hora;
nadie que cante arriba, nadie que llore abajo;
el ángel, pensativo, suelto el clarín brillante;
y Dios medita; el cielo sueña; el infierno aguarda.

Y esta palabra sale de la sombra: Perdono.

•

El grifo se borró, como el rayo que truena,
en una bruma donde no se movía nada.

OceanofPDF.com

VII

El ángel

El racionalismo

Homo.

Y sobre mi cabeza observé un punto negro,
y el punto parecía una mosca en la sombra.

La noche, tras de mí, cual repulsivo escombro,
se hundía, y hacia el punto lejano, vago y vivo,
yo volé, penetrando más y más adelante
por el azul, dorado por una extraña alba;
y esa mosca era un ángel.

Y entonces el arcángel,
inmenso, desplegando sobre mi frente en sueños
dos alas, una blanca, otra negra, fijó
la vista, y en su frente se vio nacer el día,
y el ala blanca iba a fundirse en la aurora
y el ala negra iba a perderse en la noche.
En ese cielo adonde mi vuelo había llegado,
mar en que el nuestro, negro, parece una península,
se alzaba el ángel noble, feliz, potente, calmo;
si caía la noche o si subía el día,
él no se daba cuenta; parecía que estaba

inmóvil para siempre, cual quien halló la esfera
donde el éxtasis ya no tiene que moverse,
y que había sido hecho, él, ser grande y puro,
para no mirar nada que no fuese lo azul.
Se mantenía erguido y sin bajar la vista
como si solamente viera una cosa eterna.

Y, sintiendo que alguno llegaba a él de abajo,
—¿Qué eres? —dijo el ángel hermoso como un sol
y sin volver los ojos ni la cara hacia mí.
Y yo le dije: ¡Oh frente cercana al alba pura,
soy aquél a quien place la tumba en el exilio!
El ángel me miró y —Quédate— me dijo.

•

Luego —y entonces vi que llevaba una palma—
le habló al abismo y dijo:

El ser es apacible.
Dios vive. El sí del día como el no de la noche
son dos larvas que forma y rompe un soplo oscuro;
la voz *negro* es un grano de ceniza en la bruma,
oh sima, y la voz *blanco* es un copo de espuma;
el infinito ignora lo que abajo murmuran;
yo escucho y oigo. Shiva dice que Dios no es,
y del crimen de toda persona no es culpable.
Dice Hermes: Lo invisible vaga por lo impalpable.
Zoroastro: Dos dioses; un desorden normal.
El ser es el combate que enfrenta al bien y al mal.
Dice Orfeo en su canto: Parecen ser los dioses,
pero si los contemplas los verás disiparse,
que la Fatalidad, larva sin frente ni ojos,
sin corazón, estruja tierra, cielos e infierno.

Moisés nos dice: Existe. Es único. Se venga.
El hombre es sombra, y muere. Y Jesús, frente de ángel,
nos dice: Dios perdona. Vuelve al edén a Adán.
El alma sobrevive al hombre. Y digo yo
—pues en cada peldaño donde la sombra muere,
el Verbo luminoso sucede al Verbo oscuro—,
se sube a la palabra después del balbuceo.

Dios —digo— es lo veraz; ni se venga ni absuelve;
es justo. Es conocerlo el vengar una afrenta,
y es también merecerlo. Quien es clemente, es
injusto con aquellos a quienes no perdona.

•

Al ver a Sabaot te equivocaste, águila.
Grifo que sobre el ala llevaste el evangelio,
escucha, escuchad todos. Zoroastro es de arcilla;
Shiva, que es sólo un mago que la India cree dios,
es fango; Hermes es polvo; Orfeo de ojo azul
sintió que su esqueleto descendía al sepulcro;
y el robador del fuego, Prometeo, es ceniza;
no está cerca Moisés del Señor; Jesucristo
no está junto al Señor; ningún profeta escribe
junto a Dios; ni un arcángel, un personaje, un santo.
La Eternidad no tiene ninguna vecindad.

¡Escuchad! Recorred lo real paso a paso.

•

Dios no es el pescador que va lanzando cebos
al pobre fugitivo que el apetito asedia;
y su dicha no es ir atrapando a los hombres.

No hay un infierno eterno.

•

¡Cómo, el ser de un instante,
Cómo, el viviente rápido para siempre aherrojado!
¡Cómo, algunos errores, ilusiones, sarcasmos,
cómo, faltas de un día y una sombra, aplastados
bajo esta voz inmóvil y monstruosa: Nunca!
¡Dios mudado en verdugo desde sus altas cúspides!
¡Dios aún peor que Shylock, el roedor de piastras!
¡El Increado, ungido de cometas y de astros,
oprimiendo en su cueva a un moscardón en falta!
¡La grandeza ensañándose con lo nimio! ¡Lo inmenso
torturando en el potro al insecto que llora!
¡La eternidad torciendo minutos de las horas!
¡Cómo, el juez tiene sed! ¡Cómo, el padre tiene hambre
de la angustia sin límite y el tormento sin fin!
¡Su trabajo sería el dolor, su alegría
mandar descuartizar, en el infierno en llamas,
al hombre, átomo loco, sangrante, horrorizado,
hacia los cuatro vientos de la sombra y lo inmenso!
¡Fantasmas que soñáis, dejad de soñar eso!
¡Cómo, un mundo creado en ropajes de fiesta,
cómo, la luz, la vida, el firmamento, el éter,
lo azul, la perla océano y el diamante estrella,
esa naturaleza profunda y esplendente,
serán sólo una cámara enorme de tortura!
Y la constelación, en esos vastos cielos,
esa visión sublime del abismo asombrado,
mezcla de estrella azul y blanca y rojo sol,
deslumbrante, sería el candil del tugurio.

Que alguien haya soñado eso es mi fastidio.

Y como el condenado, ayer, mañana, hoy,
por siempre, arde en el fuego que no se ha de extinguir;
y agravaría a Dios compadecerse de él
—sería suponer que puede ser mejor—;
y además, como al ser dolor, angustia y lágrima,
la piedad mancharía el paraíso, y como
Dios no ha de ocultar nada de su justicia al hombre,
a los santos, al ángel, al alma; y el infierno,
fuego eterno, es un lado de la virtud de Dios;
y si los elegidos han de ver la gehena,
tiene ella que encantarlos y que en ellos la pena
desemboque en la dicha, y que con su tormento,
para el cielo el infierno equivalga a un aliño,
y que al ángel complazca el sollozo que sube,
ya el paraíso es sólo un balcón en la plaza
donde venir a ver, con sonrisa serena,
la Brinvilliers quemada, Mandrin matado a palos,
y venir a observar la lenta, agria agonía,
y a mirar el efecto de aceite y pez hirviendo
sobre Caín, y a Judas aullar, y a Lucifer
rugir con cada golpe de la barra de hierro.

•

Se calló; luego abrió sus dos labios bermejos
de donde como abejas volaban las palabras,
como se abre el panal cuando ha llegado el día:

•

—A nadie se castiga por la culpa de otro.
Y el fruto, además, hombres, está para cogerlo.
El libro mundo está para volver la hoja.

Y saber es vivir, y eso es justo. Adorar
es conocer; la puerta se alegra si entra el alma.
Sea cual sea el fardo o la lucha o la prueba,
cada vez que abrevado de duda, humilde, el hombre
apresa un hecho nuevo en la sombra, ha catado
a Dios, ha degustado la luz, la eternidad.
Bien está. Es un peldaño hacia el día ganado.
Golpe a golpe de ciencia, golpe a golpe de hacha,
los vivos hacen bien, bajo su oscuridad,
en esbozar la estatua de la Verdad inmensa.
El hombre es escultor, el misterio es el mármol.
Seguid. Tiene razón Eva de alzarse al árbol;
y razón Prometeo y razón Galileo;
Colón, que espiga un mundo detrás del horizonte,
hace bien; Dante invade la noche giro a giro;
Spinoza destapa atrozmente la nada;
Fulton domeña el mar al que enfureció Jerjes;
Galvani forja y mezcla, de igual modo que Volta,
los fluidos, fuerza, alma, imán, metal, mercurios;
Mesmer trémulo toca las fronteras oscuras;
es tu derecho, hombre; bien hace Esquilo o Shakespeare
en estrellar, oh tierra, tu techo de prisión.
Römer detiene al vuelo a la luz encantada;
Gutenberg hace luz, hace amor, hace vida
con el plomo fundido del viejo daño humano;
Pitágoras somete las sombras a su examen;
Papin unce a los hombres, a la tierra encantada,
al alma, al carro en llamas, al negro corcel humo;
Halley es el brillante heraldo del cometa;
Leibniz ofrece al alma la evasión a lo alto
y, trenzando el estudio, el pensamiento, el cálculo,
lanza hacia el infinito la escala de Latucle;
Harvey dice: la sangre corre, y vivimos; Kepler
roba al cielo la estrella; Franklin le roba el rayo;

Jackson quita la angustia a la carne que amputa;
viven la verdad todos, la belleza, lo útil.
¡Vamos! ¡Tomad la azada y labrad el jardín!
Montgolfier quiere el cielo mientras llega el edén;
bien. Y hace bien Lutero abriendo el alma, y bien
al alumbrar los dentros de la muerte Vesalio.
La audacia es siempre santa, Dios bendice el esfuerzo.
Las espadas de fuego tras de Adán hacen mal.
¡Sube, alma, Dios te espera! Con sus manos de fuego,
equilibrio, ase el astro, y justicia, ase el alma;
y si ver y saber son la meta del orbe,
para estrella y espíritu brillar es un deber.

•

Sube y no tengas miedo. Es una ascensión áspera.
Tal vez vacila el alma, parada a media cuesta.
Yendo adelante, ve el escollo ante sí,
la roca enhiesta, el caos, el féretro, el horror,
la senda cada vez más siniestra y más tiesa;
el caminante siente sudor frío en su rostro.
¡Caminante, adelante! Mal y Bien desembocan
en el terror. A veces, para dolor del búho,
el progreso, aplastando mil pequeñas ventajas,
vomita llamaradas en todas las ventanas.
El bien es despiadado. Cruza pues sin temblar
todo lo que verás que aúlla en tomo tuyo;
el progreso aparece a veces vasto y fiero,
y el bien que llega a saltos asusta a quienes salva.
¡Ve pues! ¡Redobla el paso! Se ensancha el horizonte.
¡Ve, sube! En cada etapa se levanta una larva;
es el porvenir, puesto de pie en figura extraña;
el porvenir primero que ángel parece espectro.
¡Camina! Para ir a él hay que estar pronto

a los grandes combates; se engañaría el hombre
si creyera que es fácil tener a Dios; que puede
encerrar al infierno en la tumba sin lucha.
Dar a luz lo mejor implica convulsiones.
Cuanto se hace en el cielo es por revoluciones.
¿Qué es el progreso? Es un radiante desastre
que cae como la bomba y sigue como el astro.
El porvenir llega con el soplo de un gran viento;
empuja rudamente hacia adelante al pueblo;
debajo de las horcas provoca terremotos;
excava bruscamente, bajo el error sin voz,
bajo cuanto fue vil, cobarde, atroz, pequeño,
aberturas de sombra que se tragan el mal.
¡Lucha, espíritu humano! Es preciso que nadie
imagine que el bien es un hallazgo fácil.
El bien asombra; el alma al crearlo se asusta;
tiene la majestad salvaje del gigante
cuando, acezante y lleno de un confuso rumor,
sale, león, del antro, o de la esclusa, ola.
Sí, el progreso es agua que se hinche en la noche;
sube como torrente; del pasado al que tumba
es el castigo; llega, y entonces no hay refugio;
¡sube, es una marea, sube, y es un diluvio!
Sombría inundación de dicha, ¡qué terror!
—dice el hombre. Y el genio, explorador indómito,
exclama: ¡Oh alegría! ¡Avanza, humano espíritu,
acepta de las plagas la enorme connivencia!
A veces, sí, dudoso para quien lo anheló,
el progreso, temible de tanta claridad,
cuando viene a aplastar lo falso, abyecto, horrible,
llega con apariencias de terrible melena:
su promesa amenaza; y para cuanto debe
caer, morir, concluir en el día que crece,
falsos dioses y clérigos, juez venal, mago impuro,

su risa es como el rictus del alba formidable.
Desde tiempos de Adán, de Noé, algunas veces
el progreso que acosa a sus vencidos débiles,
que impone ser, marchar y horadar y tallar,
empuja a sus legiones de azul a la batalla,
sus sabios constelados, etéreos, espaciosos,
y todos sus olímpicos de cielo ataviados;
Euler el sideral; Epicuro el espléndido,
y al igual que los *chuanes* en la Vandea oscura,
los hombres del pasado, torpes, lerdos, brumosos,
dicen al divisarlos: ¡Huid, son los azules!
Y esos hombres divinos, y esos hombres solares
arrastran sus favores al paso de sus iras.
El bien agarra al mal y lo aplasta a su vez.
¡Acepta tú el incendio invencible del día,
hombre! ¡Adelante! Lánzate a las fauces abiertas
que llaman invenciones, nuevos descubrimientos.
A veces el espíritu, buscador de Dios, ve
a la luz irritarse y hacerse llamaradas
cuando, mientras empuja a la grey rutinaria,
va de la hidra de sombra a la hidra luminosa.
¡No importa! Tú no temas al progreso que ruge
para el sabio y el bueno, el justo, el inocente.
No temas al progreso que devora tinieblas
encontrando ideales por gracia de las álgebras,
subiendo, geometría y poesía, a Dios.
No temas al progreso que conquista el azul,
esfinge que da vida, flechero de lo eterno,
trepador de lo altísimo y de lo inaccesible.
Sigue a ese monstruo espléndido, sabiendo que es hermoso
con esas fealdades que llaman Mirabeau,
o Sócrates, Camoens, Cromwell, Tirteo, Esopo;
y poniendo a nivel el cedro y el hisopo,
aparece, mezclado de Newton y de Homero,

y de Moisés, y con el rostro de Danton,
y sube al cielo, alzando la testa despeinada
de la noche en la punta de su pica estrellada.
Bien está.

•

El ángel, lirio inclinado, pensaba.
Parecía que viese tan sólo su ala blanca;
se hubiera dicho que ora cantaba, ora rezaba,
y que se amodorraba y ahogaba en pleno día,
sintiéndose ya apenas vivir y palpitar,
entrecerrando, llenos de altiva paz, los ojos.
Mas la otra ala temblaba estremeciendo el flanco
queriendo despertar el espíritu ausente;
despacio abrió los ojos deslumbrantes de gloria,
y prosiguió, mirando sin querer su ala negra:

•

—Es verdad, sí, la sombra. ¿Cuándo el Edén, el himen,
el alba? ¡Oh pesadillas del lerdo sueño humano!
¡Crimen original! ¡Infierno! ¡Eva y la fruta!
¡Oh lúgubres visiones! Y para el hombre, ¡ay!,
se deja sentir Dios tan sólo por su peso.
El hombre insiste en ver en Dios al que atormenta,
al victimario, armando con sus tenazas-truenos
y sus pinzas-relámpagos sus puños de verdugo,
torturador sin freno, sin ley, sin objetivo.
¡Sueña en el firmamento al atroz Belcebú!
Se fabrica un azul, un misterio, una biblia
donde vive una suerte de Ser supremo horrible.
El hombre hace a Dios tétrico.

Cuando la inmensidad
germina en religión en su corazón trémulo,
eso es lo que sus ojos ven ante lo absoluto.
Sí, Dios haciendo arder hogueras llameantes,
el hombre quiere hacer confesar eso al cielo.
No podemos hablar con el hombre de Dios
sin rumiar una atroz idea de suplicio;
demonios en las brasas, reos en los silicios,
Dios topando el infierno sin límite, las losas
de la sombra repletas de macilentos réprobos.
Unos, en lo infinito, como cae una piedra,
se hunden, y, temblando, llevando entre sus párpados
el abismo, visión y desaparición,
devanando el ovillo de la condenación,
cuelgan del largo hilo de la caída eterna;
otros gimen, sangrando en su forma carnal
en uno u otro antro ideal y asqueroso.
Satán hace un culpable y el cielo quiere dos,
Adán y el hombre. Así, puesto que es imposible
que, cuando el inocente, en el mundo visible,
por culpa de Adán sea sin piedad castigado,
el criminal auténtico no reciba castigo,
Adán habría sido conducido ante el juez,
y allí, desesperado, sin salida o refugio,
de hinojos bajo el cielo tapizado de negro,
anudado a una reja, con horroroso aspecto,
ante lo eterno lúgubre baja la frente pálida,
Adán ingrato, Adán el culpable supremo,
que a sus males añade los males de su raza,
y, tronco monstruoso, sufre en todas sus ramas,
cuyo grito es el grito de todos los pañales,
¡sería ejecutado por verdugos arcángeles!,
¡sería de por siempre torturado en lo alto!

Y los hombres, sus hijos, tendrían en su celda
como techo la base del cadalso del padre.
Las estrellas que a veces vemos en su cobijo,
huyendo y deslizándose por rendijas del cielo,
caer allí, serían las gotas de su sangre.

¡Ah!, haz eso, tú, hombre que gusta del horror,
alma atigrada, espíritu de luz sucio de noche.
Hombre de Luis Onceno, hombre de Domiciano,
que en la época nueva como en la edad antigua
pones siempre en presencia el alma y el cadáver,
que si te llamas Jeffreys te llamaste Mecencio.
¡Oh del bien y del mal aterrador anfibio,
hombre, tú que no ves que los ángeles huyen!
Comete tú esos actos en tu bruma de crimen,
mas no los atribuyas al sueño del abismo,
no quieras imputárselos a Dios vivo.

•

El espíritu
se detuvo, miró al abismo, y siguió:

Sin embargo, en tus días de piedad, tú, el hombre,
rindes tributo a Dios; dices:

«Yo sufro, en fin,
«tengo el alma. Aquí abajo, alma, yo no termino.
«Bien está. Viviré, remozado en la muerte.
«Qué importa que se hiera y arañe el corazón.
«Irá mi alma a enseñarle a Dios la cicatriz.
«Dios, el deudor seguro, siempre pagó sus cuentas.
«Soy el acreedor de la gran equidad.
«sufrir, vivir cargando es cosa de una hora;

«la muerte me sustrae de la sombra inferior.
«Dios se debe a mis males; tras de la hiel el bálsamo;
«todo hombre en llanto accede a la mirada eterna.
«A todos, al esclavo, al negro en taparrabos,
«a ese picapedrero que divaga en los campos,
«al forajido vil que arrastra horrible roca,
«les basta con gritar y Jehová se asoma.
«El olvido por Dios del menor y del último
«le quitaría al día el derecho a nacer,
«haría como un junco doblarse al universo,
«a la estrella asustada decir: ¿Qué es lo que pasa?
«y al borde de la sombra de profundas mareas,
«a las constelaciones alzarse extraviadas.

«Sí, sufro, pero tengo, en mi desvalimiento,
«hipotecada el alba y todo el firmamento,
«todos los elementos que sufrimos los vivos,
«el equilibrio inmenso y oscuro del abismo.
«Encadenado, tengo sed, hambre, calor, frío;
«mas brilla el paraíso tras las grietas del muro.
«De este mundo tan negro la sombra es claraboya.
«Dios el justo no quiere que me ahogue mi lágrima.
«Nunca le falta el puerto al pobre marinero;
«mi tempestad se abre a lo azul; mi sollozo
«sonríe de repente y desemboca en cántico.
«Quien muere nace a Dios. Yo soy Catón de Útica,
«no me interesa el mazo que llevan los romanos,
«y me hundo indignado el puñal con mis manos,
«todo en sangre; soy Sócrates y bebo la cicuta;
«soy Jan Huss y mi carne muere en la llama aguda;
«pero es mío lo eterno. Soy el átomo humano,
«pero el infierno hoy es el cielo mañana.
«Luchamos, jadeamos, gemimos, mas qué importa,
«ningún grito se pierde, ningún tormento aborta;

«el paraíso se hace con todos los dolores
«transformados en besos en las mejores frentes.
«El duelo agarra al cielo como el rapaz su presa.
«La desgracia, raíz, se abre en alegría
«en ese edén feliz donde está en flor la tierra;
«mis males algún día serán mis bienes; soy
«el espíritu. Llanto, pesar, todas las llagas
«se nos devuelven en rayos en las manos del alma;
«la tumba, que la noche llameante bendice,
«murmura: ¡cielo! con sus labios de granito;
«todo dolor, arriba, como dicha se cuenta;
«Dios, ese sol que da aun al ateo sombra,
«sería injusto y falso si esto no fuera así.
«El sepulcro no es una boca que miente.
«Tengo penas de un día, pero un alma inmortal».

•

Entonces, ¿por qué, hombre, sufren los animales?

¿Por qué con un gran palo golpeas a tu burro?
¿Cuál es su porvenir? ¿Es que es Catón tu burro?
¿Por qué la garza gris, que huye entre la bruma,
siente hurgar en sus plumas el pico del halcón?
¿Y por qué, arremangándote y manchando tu ropa,
tajas con tu cuchillo el cuello de la oveja?
¿Por qué bebes su sangre tras de haberla esquilado?
¿Por qué vas arrastrando por el llano tus búfalos
con ese aro de hierro que les raja el ollar?
¿Qué pensará la hidra en el fondo del agua?
Ve ese salmón de plata; hacia su pobre agalla
las llamas del brasero suben en su esplendor;
fue hecho para huir por los claros arroyos.
Ve. Juzga. ¡Ay!, la carpa está partida en trozos,

y echada, viva aún, en el aceite hirviente.
La ostra vive y sufre los dientes de tu huésped.
¡Y eso es todo! Tú quedas satisfecho en tu carne
cuando ante un gran montón de leña, vivo y claro,
tu asador lleno ofrece liebres y codornices
a la hoguera que ríe, monstruo de escamas rojas,
dando el humilde hato que jugaba y reía,
el breñal y la salvia junto con el tomillo,
la alondra y las praderas, el lago y la negreta
al maxilar de fuego del hogar que se ahonda.
Abre el carbón sus ojos negros en la ceniza
y viendo ese brasero rico, esplendente, alegre,
detrás de la vidriera con luz, el transeúnte
se empurpura; y, mirando tu alta chimenea,
tú mismo no sospechas que tú también te ríes
de la horrible gehena, y que, lleno de gritos,
de engranajes odiosos y de pinzas al rojo,
el bello hogar de piedra, polo de tus orgías,
hornilla en que la muerte se queja a voz en grito,
donde el batir de alas y el suspiro del bosque
se van, cantos de chorlos y besos de cercetas,
en el humo espantoso en chispas alocadas,
ese antro en que, cuando se asoma uno, oye
todo el chisporroteo de la risa y la hoguera,
donde arde el olmo, humea el ave, muere el nido,
es un boquete más del enorme brasero.
Es vil altar del vientre y del placer carnal;
y el fondo comunica con el misterio eterno.

Corre al desierto: ¿allí la vida es más alegre?
¡Mil horrendos combates en un tronco de encina
entre la avispa tigre y la abeja de miel!
Vete a sitios profundos, a rocas junto al cielo,
a cuevas de ratones, a simas de panteras;

mira un bloque de sombras, un montón de misterios
escruta la onda, el aire, la hierba; oye el fragor
de las breñas, el grito de los Alpes de noche,
el aullido sin nombre de las junglas del trópico;
¡qué extendido dolor! Las hienas patizambas
rondan; cae el milano sobre su presa a pico;
la marta infame muerde de lado al puercoespín;
la cabra, con las patas de delante en el seto,
ve la culebra y bala con terror; el pigargo
se agita en el espanto del problema imprevisto;
sobre el cráneo pelado del monte seco y tétrico
está el nido del águila lleno de carne y heces;
la lechuza, en quien vive la noche aterradora,
mientras su pico masca el pájaro atrapado,
divaga; el buitre blanco roba su presa y ríe;
el elefante avanza con estruendo espantoso;
la horrenda jararaca, como una ola viva,
en los altos bambúes y los troncos torcidos
va a enroscarse, y las cañas se vuelven monstruosas;
la jeta del hurón se hunde en el gallinero;
el leopardo se estira buscando a la gacela;
el bisonte en su espalda lleva al *conquard*
que le chupa la sangre mientras huye azorado;
el rape merodea como un monstruo quimérico;
cuando el búho cornudo en los bosques de América
planea, el grupo en fuga de las torcazas vuela.
Mira. El mochuelo oblicuo acecha al ruiseñor.
Gomo el lobo su hocico, muestra el hombre su rostro,
tiembla el desierto. Mira, las palomas de paso
que llegan saqueando el acebo, el enebro,
el oso que en febrero abandona su antro,
la foca de brillante pelo como aceitado,
todo el vasto hormigueo de brutos, el reptil,
el nido, el escorpión resguardado en lo fresco,

la raposa, y el puma, gran gato de las selvas
que al maullar hace un ruido de mugido de buey,
el lince, el sucio cóndor de pupila redonda,
bandidos que la noche esconde en su recelo,
el jaguar acechando junto a fuentes de sal,
las filas de camellos del horizonte árabe,
ibis come-lombrices, rata come-cangrejos,
los musquash roedores, presas del hielo al fondo
del lago y devorándose entre sí en el invierno,
las boas nadadoras y las boas enigres,
y serpientes y tigres con el cráneo achatado,
el ratón, el mosquito, y, saliendo del río,
el horrible caimán con cara de lechón,
medusa, cachalote, ranita, escualo, orphe,
ballena de mandíbula infecta y estragada,
moscas que son tragadas por el abismo abierto,
perezoso, hormiguero traidor, lento y baboso,
onza con exabruptos y de bigote tieso,
bestias de sombra, errantes como vagan los cánidos,
todo sufre; pequeño o grande, audaz, prudente,
todo encuentra una garra, un diente, un cazador.
Una especie de horror implacable rodea
al colibrí y al águila, al tigre y al antílope.
El agua negra inquiera al soñador pelícano.
Por doquier se abren fauces al lado del volcán;
doquier el bosque teme, doquier la bestia tiembla
estremecida de ira o de espanto; parece
a quien sólo ve el ser por uno de sus lados
que un odio inconcebible llena la inmensidad.

Hombres, los animales, confusas multitudes,
sangran en vuestras urbes como en sus soledades;
la bestia gime, repta, agoniza. ¿Por qué?
Y si el león pregunta: ¿Qué es lo que he hecho yo?,

¿qué podrás responder a ese montero triste?
¡Qué! Timur es, Nemrod vive, Caifás existe;
sufren; pero su alma está allí, blanca, y sueña,
y tiembla al viento, lista para el cielo en la sombra,
y el oso y el chacal mueren sin esperanza.
Y con indiferencia mira Dios todo el resto,
mientras que, viendo huir a Tiberio en un vuelo,
el fuerte león ruge bajo el cielo estrellado.

¿Acaso ese jamelgo escuálido, al que arrastran
al matadero, pasa sin decirte a ti nada?
Pobre ser que se va, cojeando, en los huesos,
seguido de un montón de niños, riente tropa,
que vienen a tirar piedras y van cantando.
¿Acaso Montfaucon, sitio-espectro que rondan
los negros Laubardont, los Maillard, los Vouglans
esfinge misteriosa de sangrientos macelos,
de pronto te resulta limpio como agua clara,
porque derriba en tierra el cadalso y descuelga
el esqueleto humano de su fétido gancho,
y de estrangulador legal, real, fatal, se vuelve
el descuartizador que cobra por cabeza,
y de verdugo de hombres, asesino de bestias?
¿Porque cambió la sangre de su mandil, ya queda
dicho todo? Volved vuestro reloj de arena
o cambiadle la arena y haced que quede lleno
de ceniza animal en lugar de la humana,
¿no hay ya enigma? La bestia pertenece a la muerte
está bien, es el orden; ni duda ni pesar.
¡Ah, por doquier colmillos, degüellos y matanzas!
¡Ah, en los negros combates de bueyes en Asturias,
embriaguez popular y regia diversión,
el caballo ofuscado pisa sus propias tripas
y el toro le revienta a cornadas el vientre!

¡Ah, lanzáis corazones sangrando a las cunetas,
las patas de las aves y su pobre plumón,
las entrañas, los ojos, y todo eso vivía!
Los robles que adoraban las fieras trogloditas
con gran estruendo bajo el hacha caen; es, decís,
naturaleza muerta y podemos matarla.
El perro se ha tenido que acostumbrar al látigo;
debe sufrir la bestia bajo el dios que fulmina;
todo, el árbol talado y la piedra molida,
sufre por sufrir, ¡todo! Bien está.

¡Iniquidad!
¿Con qué derecho tengo claridad, yo el espíritu?
¿Y por qué tienes tú que padecer, materia?
¡Cómo!, ¿el guijarro y el astro serían injusticias?
¡Una injusticia arriba, una injusticia abajo!
¡Cómo!, ¿el puerco en las heces y el asno bajo el palo
para siempre? El dolor se enlaza con la angustia;
¿y después, nada? ¿Rey el hombre y el ser, chusma?
¿Sólo Adán será grano y sólo su alma flor?
¿Sabaot cerniría en tamiz de dolor
el mundo, y sólo el hombre pasaría la criba?
Si todo fuera así todo sería terrible,
el mundo se henchiría, rebosando de bestias,
de un extenso rugido lo mismo que una selva;
las piedras aullarían: ¡Injusto, injusto, injusto!
El árbol estertóreo, el zarzal, el arbusto,
irían retorciéndose como sobre un jergón;
y la creación sería nada más que un combate
de los monstruos alzados contra Dios, domador.
Si así fueran las cosas, este mundo mortuorio,
caos infame presa de furibundo austro,
no valdría ni un mínimo esputo de Satán.
Si así fuera, crear resultaría un crimen;

¡una abominación saldría del abismo,
te digo! Escucharíamos a las bestias gemir,
y al lobo sin reproche, al inocente tigre,
ante los elementos llamados a dar fe,
ante el triste infinito donde la equidad flota,
denunciar que Dios es verdugo del ser gris.
Después, en el banquillo inmenso de lo azul,
daría al reo infame un sopapo el horror.
¡Cómo, el dolor por obra y por ministro el mal!
¡Cómo, por siempre hundidos bajo un inicuo fallo
tantos seres que Adán a su lado no es nada!
¡Cómo, ningún mañana! ¡Cómo, sin recompensa!
¿Sólo el hombre diría: Yo viviré, pues pienso?
¿Qué ha hecho pues para eso? ¡El ser, un galeote!
¡Flagelados, molidos, quebrados, y al fin nada!
¡Retorcerse, y al fin del caso, ya no ser!
El desvanecimiento después de la tortura.
El suplicio, y no más. Cómo, ese ser vencido,
cómo, esa criatura inocente ha vivido,
y sufrido y sangrado, bebido odio y terror,
y cruzado de punta a punta la gehena,
mientras que yo deslumbro y brillo, serafín,
y cuando, exhausta, cae, agonizando al fin
y posando en la noche su cabeza agotada,
¡Dios no le debe nada! Vacío, ausencia, nube,
silencio; y es la nada la almohada del infierno.
¡Ley que haría temblar hasta a un libro de hierro,
que, en una carcajada dictada por Nerón,
al bronce en que quisieran grabarla haría llorar!
¡Ay, yo soy una bestia pero hago lo que puedo!
¡El abismo, el abismo, y otra vez el abismo,
y otra más! ¡Desespero! ¡Tal sería el decreto!

•

Y tú, electo ridículo, hombre, ¿a qué distancia
estás del animal? ¿Lo sabes tú? Tu casa
es como de castor; tuvo razón Egipto
de inquietarse en la puerta de aquella gran siringa.
¿Sabes bien si tu sombra no será la de un mono?
¡El animal no es nada! ¿Vales tú más acaso?
¿Se arrastra el zalamero mejor que los lagartos?
¿Posee el envidioso más alma que la víbora?
Entre el hombre y el cerdo, ¿cuál es hijo y cuál padre?
¿Vales lo que la urraca ladrona que has prendido?
Quisiera yo saber tu piel qué cosa es,
y si los astros, llenos de lóbregos ensueños,
al verla suspendida en vuestros mataderos,
se asombrarían más, en la sima del cielo,
que de la piel de un buey de misteriosos ojos,
o de un ciervo de piel jaspeada de blanco
cuyo ojo extraviado reluce entre las ramas.
Más de un secreto extraño entre el endriago y tú
palpita; el hombre a veces siente su vago espanto.
Existen seres negros más bajos que la bestia,
que, miasma, veneno, peste, aquilón, tempestad,
abajo abren las fauces cegadas de las plagas
y la guerra del caos hacen a los vivientes.
Si su diente te muerde y tu brazo lo abate,
aun la bestia es tu hermana y a menudo ha luchado
contra la hidra Natura junto a ti el animal.
Te transfiere y te cede una oscura virtud,
y la piel del león ayudaba al gran Hércules.

Tú te crees luz plena que desdeña el crepúsculo.
El pensar es tu herencia. Dios no ha logrado nada

fuera de ti. Te crees el único elegido
porque un viento de arriba tal vez sopla en tu brisa,
y otras veces, gritando: ¡Brahma!, ¡Isis!, ¡Moisés!
o también murmurando su *lama sabajthani*,
y tomando el relevo de hermanas ya caducas,
una gran Religión, en la sombra o la luz,
se alza en tu cabecera y, cual nueva enfermera,
viene a cambiar la almohada de tu lecho de enfermo.
¡Providencial tú solo, y lo demás fatal!
Veamos, razonemos un poco; ahórrate
éxtasis de ti mismo, y contémplate.

El hombre,
titán de relativos, y enano de absolutos,
se siente astro y se ve con melena de luz;
te embriaga, hombre, el orgullo, que es un vino de sombras.
¡Baja de nuevo, baja! No hace mucho, agria y triste,
tuvo razón el águila al maltratar al hombre.
Porque yo te haya dicho: ¡Está bien! ¡Ve adelante!,
no vas a golpear a los soles, gusano.
No quiera el infusorio dar guerra al infinito.
A ver: ¿qué eres? ¿Puedes afirmarte tú mismo?
¿Qué vas a decidir? ¿Dudar, odiar, amar?
¿Qué crees tú? ¿Qué sabes? No tienes en tu ciencia
ni aun una posición de sombra o confianza.
Al azar sabes. Leyes que calculó tu ojo,
hechos, cifras, catálogos, maneras, ¿todo eso
contiene a Dios? Responde. Tu ciencia es la borrica
que conduce al molino de Gonesse su carga
sin saber, cabizbaja y con ojos inquietos,
si el saco es de ceniza o es un saco de trigo.
¿Qué dice el gran artista, el cura en su capilla,
el vaquero que mueve con su pala el estiércol,
el pastor de ojos secos, el eremita, el sabio?

¿Qué dice el anatómico al trapense, qué dice
el buzo de cadáveres al minero de huesos?
El médico, ¿qué dice al geólogo, atleta
que lucha con la tierra y cae extenuado?
Y el algebrista exacto, burla del infinito,
¿qué dice ese pastor de las cifras indóciles?
¿Qué dice el adivino, rey de estriges y psylles,
llevando hasta lo ignoto, que acoplas a tu vuelo,
algún sistema ciego y cojo, que jamás
llega al final de un hecho sin turbiedad o estorbo?
¿Qué dice, aventurero de la sombra, el filósofo?
¿Y el poeta, ese amigo del cielo amanecido?
¿Qué dicen, con el trémulo pico en el puño, pálidos,
esos sepultureros del foso de la Ciencia?
¡Oh, hombre! Todos dicen: Noche, dolor, desidia,
error, vacuidad, humo, imbecilidad, duelo.
¿De eso es de lo que tú quieres hacer tu orgullo?
Luz se adosa a ignorancia en tu híbrido saber.
No sabes retener tu fantasía en corto.
¡Allá vas, allá vas! ¿Adonde?

¡Vanidad!
Tú crees que al crearte te puso aparte Dios,
que tu cuna contiene lo orígenes todos,
que todo se condensa en ti; tú te imaginas
que a medida que todo nacía y florecía,
el Eterno te daba algo a ti; y que fue
bajo tu cráneo donde Dios caviló el esbozo
de este mundo que llena con su aureola pura.
Tengo la razón, dices, la virtud, la belleza.
Dices: Dios quedó exhausto por haberme inventado,
y crees igualarlo cada vez que te mueves.
¡Vamos! Mira tu imagen viva en los pieles rojas.
¿Qué haces de los yolofos, embarrados de axiote,

y que cuelgan collares de orejas de su cuello,
del hurón que se adorna con estúpidos tajos?
Contémplate en los negros, contémplate en los cafres,
en los yoways que horadan su nariz, tiñen pieles,
y envenenan sus flechas con veneno de sapos.
Comprende esto, rayo, comprende esto, idea:
viene el ángel del hombre, y éste del chimpancé;
tu hermano orangután es a tientas un hombre.
Bien puedes aceptarlo, pues a ti te aceptamos.
Contémplate en tus gustos, tus hábitos, tus razas,
en tus amores bárbaros, tus instintos voraces,
en la artesa en que vemos que bebe tu apetito.
¡Ah, tu historia! ¡Tus leyes! ¡Tu ruido! ¡Tu tecleo!
¿Te figuras acaso que tus gestos, tus guerras,
tus gritos, con su estruendo vulgar, turban al cielo
y el día por tu paso mide su declinar?
¿Es que crees que el cielo es güelfo o gibelino,
que el Ser es Armagnac o Borgoñón, que el astro
conoce o no Ginebra y Roma, York, Lancáster,
y de un cabello tuyo sagrado pende el mundo?
¿Tus príncipes, tus reyes, tus sultanes? Pregunta
qué piensan los astrónomos de toda tu grandeza.
Háblale de eso a Newton. Porque tu nombre sea
César o Enrique Cuarto, y que un buen día Casca
o Ravaillac, traidor, te ponga una emboscada
en la sombra, y la vena cardiaca te seccione,
¿crees cambiar por eso el enorme zodiaco?
En cuanto a tus ciudades, Babeles con estatuas
donde hablan los sucesos unos encima de otros,
todo eso ¿cuánto pesa? Arcos, torres, pirámides,
no me sorprendería que en sus húmedos rayos
el alba los barriera juntos una mañana
lo mismo que el rocío del tomillo o la salvia.
Toda tu arquitectura tan erguida y soberbia

al cabo es un montón de piedras y de hierba
en donde silba el áspid con la cabeza al sol.
Tu mármol, con el que haces dioses, ¿en qué termina?
De tus estatuas hace el tiempo calderilla.
Tu bronce, que a tus reyes guerreros prostituyes,
se convierte en ochavos que bien valen tus héroes.
Tu mármol, cal y yeso, llena las carretadas.
Hombre, la mariposa que vive una semana,
el vibrión que en un día nace y desaparece,
la efímera, que envidia esa longevidad,
frente a la inmensidad igualan tu granito.
Hablemos, sí, de tu obra. Sangre, homicidio, envidia.
Tú construyes la muerte y Dios siembra la vida.
Y mientras que Dios hace los robles y los montes,
los baobabes, como el pie de los Mammón,
la alta palmera, el árbol del pan y los alerces
de los que sale un canto como agua de montaña,
el olivo, la higuera, el cedro, los nopales,
tú haces la cruz, la horca, la estaca de empalar,
el árbol del suplicio, enorme, horrendo, infame,
ciprés cuyos ramajes, anocheciendo el alma,
suenan lúgubremente como un encadenado
y del que cada rama carga dos condenados
y cuelga del abismo, trémula, dos espectros:
de cara al sol, del lado de los hombres, la víctima,
y del lado de Dios, en lo oscuro, el verdugo.

¡Ah, te crees divino! Tu cero lo colocas
frente a ese orbe inaudito al que inunda la ola
del océano sapiencia y al que llamamos mundo.
¡Ah, titán, saber todo para ti es sólo un juego!
¿Por qué te ha de bastar un Dios aproximado?
¿Por qué no dejar claro el abismo? ¡Coloso!
Más levantado que Atlas y más veloz que el pájaro.

¿Por qué tus religiones tendrían que bastarte?
Cuando nos refugiamos nosotros en lo inmenso,
¿por qué no has de seguimos, alma inclinada al féretro,
y tomar todo? Aquello que celebra el abismo,
¿por qué no descifrarlo? Basta con que lo quieras.
Si no puedes oírlo, al menos puedes verlo,
que el himno eterno vibra tras los eternos velos.
Estas constelaciones son gamas estelares,
y los vientos a ratos te cantan los jirones
del canto prodigioso que atiborra las tumbas.
Vamos, haz un esfuerzo, gran espíritu de águila,
toma tu pluma, toma tus escalas, tus reglas;
toda esa música con su inefable sonido
está allí en el registro terrible de la noche;
ve, sube, sólo tienes que trazar pentagramas
bajo los septentriones, bajo las vías lácteas,
y leer al instante, bajo cielos bermejos,
la sinfonía escrita en soles hechos notas.
¿Y qué esperas? Ve pues al fondo de Dios. ¡Rápido!
¡Ah, relente de estiércol que evitan los perfumes,
hombre, sombra que corre tras los pasos perdidos!
Mercader de los Cristos y los Josés vendidos,
¡Ve! Tú sales del fango y tu malsana madre
es la materia infecta y la materia obscena.
Tus legiones sombrías, podridas, amasijo,
hato, montón imbécil adorador de lamas,
con aquello que hacen y aquello que proyectan
entre lo comestible y las heces vegetan.

•

Pero te empequeñeces y cambias de argumento,
y esa es precisamente, según dices, tu queja:
El hombre es un deseo vasto en un lazo estrecho,

un eunuco amoroso, un viajero cojo;
él no es nada; la tierra le miente a cada hora;
la vida no es un pago, es sólo un adelanto.
Tus sabios te lo han dicho y, con tu mal humor,
tú, el hombre, no estás muy lejos de creerlo.
Nacer hombre es muy poco; al nacer, Dios debió
darte todo el azul que recubre la muerte.
¡Ah, tú mismo no estás ya contento de Dios!
Quisieras en la tierra ser tú un ser supremo;
acreedor severo, te quejas de nacer
a medias; que contigo el amo regatee,
que Dios esté atrasado, y de que el que medita,
él que vive, no te haya, en el plazo fijado,
entregado la sombra junto a la eternidad;
y quisieras también que todo el otro lado
de la creación, miseria que pasa inadvertida,
se hundiera para siempre en la noche sin puertas.

•

Pero dices: La roca rota, el árbol talado
no sufren, y la bestia ignora. ¿Tú qué sabes?
¿Conoces tú la hondura del suspiro, el abismo
del grito? ¿Eras tú cima que domina la sima?
¿Qué tal si existen llantos que se vierten por dentro?
¿Y qué tal si hay un dedo que lamen hondas olas,
que sintió estremecerse al monte quejumbroso
y para quien la roca fuese una sensitiva?
¿Qué sabes? Tu moral, gentil, cristiano, hebreo,
es un mapa confuso y grotesco del bien
y del mal, del que pintas a capricho las lindes.
Ese libro, del cual tú redactas el índice,
¿lo has leído? ¿Qué ves por tu hoyo carcelario?
¿Llevas en tu ojo tú el horizonte inmenso?

¿Cierras el universo al cerrar tu ventana?
¿Con qué derecho marcas los límites al ser?
Y piensa, al asomarte al mundo oscurecido
y a la onda viviente: ¡Se sufre incluso aquí!
¡Mira pues los dolores de esas bestias pasmadas!

Guardas el sufrimiento, pues es el porvenir.
Lo quieres para ti, pues lo demás es vil.
Ves retorcerse al árbol y dices: ¿Sufre acaso?
Dices: el bruto muere, su recuerdo se esfuma;
no se da tan siquiera cuenta de que le roban.
¡Cómo, el hombre hijo único, bastardo el universo!
¡Sólo tendrán tus males más tarde el paraíso,
para ti verdadero, para los demás fábula!
¡La bestia encontraría insolvente al Eterno!
¡Los monstruos, soñadores silenciosos, podrían
menear la cabeza en presencia del cielo!
¡Su oscura lucha haría a Dios bajar los ojos!
Podrían arrojarle el desprecio animal
y enfrente de los soles, de los astros triunfales,
de la estrella y la aurora, exclamar: ¡Oro falso!
Dolor, horror, vacío serían el destino.
¡Cómo, la creación entera condenada,
sueño atroz! No habrá meta; sólo llegará el hombre;
sufrir y no ver nada; el dolor, ojo ciego;
todo injusto, una vasta y estúpida espiral
de seres extraviados, sin luz, sin ley moral,
que no se sabe adónde van ni de dónde vienen,
¡y al fondo de la sombra espantosa, Dios loco!
Ese Jehová Satán, ¿qué podré hacer con él?
¡Sueño execrable! Esputo del hombre hacia tu rostro,
¡oh Dios mío! ¡Calumnia al padre universal!
Baba de inventos, mancha que ensuciaría al cielo
si el fango, espuma vil, pudiera alzarse a Dios,

ultrajado sublime y sereno y eterno.

•

¡No, los seres son todos, y fueron, y serán!

•

Con ceniza en su pecho o con llama en su frente,
todo ser como esencia es inmortal, y encuentra
lo que a deber le deja esa ley que le reta.
Que uno sea pequeño no es bastante motivo
para que no lo vean; nadie padece en vano,
Dios no es el gigantesco miope del espacio.
El ladrido incansable que lanzan los escollos,
el trueno, el alto vuelo del astro despeinado,
todos esos rugidos del viento desbocado,
la tromba, el volcán, hacen en lo hondo eterno
menos ruido que el grito: *¡Sufro!* del moscardón.
Los seres son Dios todos, las ondas el mar todas.

¡No, no, el aplastamiento no es la ley del gusano!
¡No, todo sufrimiento es un surco! Oración
y llanto siempre pueden borrar algo hacia atrás
y hacer, ¡cielos serenos!, hacia adelante algo.
Todo ser nos redime y todo ser se vende.
Bien y mal. La ley viene de detrás de la vida
y detrás de la muerte prosigue. Hombre, envidia
a tu perro; no sabes, triste amo taciturno,
si tiene más azul en sus ojos que tú.
Todo vive, Creación cubre metempsicosis.

•

¡Oh desdén de la bestia, desprecio de la cosa!
Doble falta del hombre y su doble desdicha.
Si con la vida ínfima mejor hubiera sido,
en vez de aplastar todo; si hubiera hecho lo opuesto,
si en vez de ser verdugo hubiera sido hermano,
y entendido el montón vivo que se movía,
y al ser monstruoso, ese gran sufridor callado,
el hombre, blanco entonces de las sombras aullantes,
sería el primogénito de la familia oscura.
Ese ciego se habría convertido en vidente.
Vería regresar a él el ser huidizo.
La vida, ante su espíritu que turbó la ignorancia,
se habría presentado en toda transparencia.
Y el hombre, bajo el mármol, o la albura o la carne,
vería el brillo pálido del alma universal.
Al inclinarse, con sacerdotal grandeza
sobre esas hoscas máscaras que llamamos los seres,
tranquilo, hubiera alzado el mustio abatimiento
del mundo derribado y su lúgubre vida.
Su piedad, desmigándose ante el fiero sufrir,
hubiera vuelto a sí todas las bocas ásperas.
La bestia habría aceptado al hombre; con su grave
salutación lo habría acogido el encino;
la atroz piedra lo habría adorado; la roca
se habría estremecido turbada a su llegada,
y en todos los guijarros tendría sus altares.
Habría sentido en sí sombríos inmortales.
Habría sido el mago. Conocido las causas.
Llevaría en la frente la luz de toda cosa;
sería el Hombre-Espíritu. Se hermanaría el águila
y, mostrándole el cielo, el león posaría

su garra sobre el hombro majestuoso del Genio.
En vez de aborrecerlo en su triste agonía,
los terríficos vivos de abajo ensalzarían
a ese gran comulgante del amor infinito.
La fosa al verlo habría resplandecido, igual
a las tardes de estío con su brasa bermeja;
la tumba habría cantado, sonreído el espectro;
sería el favorito de los desconocidos,
bienamado de esos que hay bajo la corteza,
bajo el granito, con las savias y las fuerzas,
y en todas las tareas, sin cesar, todo el tiempo,
la oscuridad le habría besado dulcemente.
La sombra inmensa fuera su animal auxiliar.
La esencia humana entonces hubiera sido yedra
que en los llantos, los choques, los males y los duelos,
le hubiera protegido con sus miles de ramas.
Del fondo de insondables toneles sentiría
subir a él los vientos y su oloroso efluvio,
los magnetismos puros, los soplos, los imanes
y el amparo profundo que dan los elementos.
Las plagas, que le hacen la guerra del desorden,
vendrían a lamer sus pies que ahora muerden;
si su barca, en la noche, se arriesga mar adentro,
la ola diría al viento: Es él, no soples tanto.
Lo azul murmuraría: ¡Paz a la vela rubia!
El escollo doblarse bajo el agua querría.
El ser innumerable, disperso en la expiación,
le hubiera aconsejado con su vago fulgor;
sintiendo esa alma bella, humana, buena y tierna,
agacharse y tocar su cadena y soltarla,
la creación brutal de monstruoso pecho,
el instinto, claror del tragaluz del alma,
el gran Todo, onda sorda que se hincha y se ahueca,
la enormidad, la cosa informe y tenebrosa,

el horror de los bosques, los mares o los cielos,
todo lo misterioso, todo lo prodigioso,
sumiso acudiría a su toque sublime
en la sombra; el abismo fuera el perro del hombre.
Soñador, satisfecho, pasmado, sentiría
una penetración en él de las estrellas;
al ángel asomado se mostraría el ángel;
sería en este día la gran cabeza blanca
encima de la sima de la noche advertida.

Mas nada comprendió, tradujo, sondeó,
nada amó, a sí mismo tan sólo. El egoísta
vive en su vanidad desmesurada y triste,
casi fuera del grupo inmenso de los vivos.
En el vasto universo, montón de soñadores,
ve dos seres: él mismo palpado, y Dios supuesto.

•

Chispa de Dios, el alma está en todas las cosas.
El mundo es un conjunto donde nadie está solo;
todo cuerpo un espíritu oculta; toda carne
es sudario que basta alzar, y se ve el alma.

•

La falta es esqueleto y el ser es el osario.

Es decir, oh ser vivo —pues que para la tierra
siempre hay que comentar las fórmulas de arriba—
que el mundo en que Dios pone lo que toma del cielo,
no es sino el cementerio horrible de la falta.

Todo hecho germina. La vida es vientre fértil.

¿La vida por venir? Todo ser de este mundo
es, del topo al profeta, del astro al excremento,
un espíritu que alza la forma que se ha hecho.
Tanto como en la gracia y como en la belleza,
el ser vive y persiste en la deformidad
bajo el engullimiento de la materia infame;
Leviatán es tan alma como la dulce Eva.

La negrura de hoy es noche de mañana.
Sí, bestia, árbol, roca, matorral del camino,
todo ser es un vivo de la vastedad lóbrega;
el hombre no es el único al que sigue una sombra;
todos, hasta el guijarro mísero y vergonzoso,
tienen tras sí una sombra, una sombra delante;
son el alma que vive, vivió y debe vivir,
que cae y se encadena o sube y se libera.
Lo que se arrastra expía un tropiezo en el cielo.
La piedra es una cueva donde un criminal sueña.
¡Alerta! ¡Aguarda, espíritu, ante el dintel del mal!
Te está esperando el árbol, la roca espiando, espíritu,
la bestia es una trampa para que caiga el hombre.
Tiembla. Ninguna acción podría sustraerse
a Dios, por quien en ti vigila tu conciencia.
Cada uno es responsable; crece, mengua, cavila,
culpado por sí mismo o por sí mismo absuelto;
cuanto hace se va en el espacio; abajo,
cajero exacto, está lo infinito sin lindes;
y la falta posible, y las tinieblas lóbregas
por donde serpentean, perseguidas del viento,
las turbas tortuosas de los mundos nocturnos.
El alma, sí, en el mal, ¡ay! se hunde y naufraga.

Oh hombres, vuestra luz está hecha de sombra;
bajo vuestro presidio hay más celdas profundas;

ni sospecha tenéis de ellas, negros bufones
que reís, que cantáis, que os mofáis, que es lo malo,
el mundo del sollozo empieza en vuestra risa.
A la vez la alegría os huye por arriba,
pues ante la mirada del ser sin arrebatos,
todo embona, y el éxtasis con el dolor se enlaza.

•

El ángel me miraba y, sin que hablara yo,
veía qué pensaba, y entrándose en mi alma,
con su ojo fijo hacía mi cráneo transparente.

Él dijo, alzando un dedo de su mano soberbia:

Que el oído de abajo que me escucha comprenda
que no se contradijo el ángel al mostrar
tan vano al hombre, tras de mostrarlo tan grande.
Todo es alto y es bajo; todo es lento y veloz;
toda cosa creada es pequeña y espléndida;
todo ser dos aspectos, tiniebla y rayos, tiene;
y la justicia sale de las confrontaciones
del lado miserable con el semblante augusto.

•

El ser es tronco horrible para un busto divino.
Pero feliz es quien se fía a la conciencia.
Todo, hasta ese vil tronco, será glorificado.

Dios, advertidor justo, constantemente mira
la vida, y en los vientos murmura: ¡Ten cuidado!
Su vista sigue el choque de los buenos y malos.
Hace poco, oh viviente terrestre, tú podías

contestarme: Sí, el cielo es gibelino o güelfo;
el astro sabe de Isis y Febo, Tebas, Delfos,
Ginebra y Roma, Edipo, Esfinge, enigma, voz;
el meteoro toma allá arriba partido
por o contra Pompeyo o César, por o contra
el Capuleto pálido al que encuentra un Montesco;
pues en toda querella hay algo de equidad
y en todo fulgor hay un poco de verdad;
y si la rosa roja se equivoca, la blanca
tiene razón. Y basta para que Dios se incline.
La claridad, la nube, el sudor del rocío,
el planeta que arrastra su siniestro fulgor,
todos los hondos seres que en abismo pasan
son del partido de ésos a los que hozan y oprimen;
luchando por alzar la verdad y el derecho,
el débil en su entraña lleva la inmensidad.
De ahí la augusta fe del alma simple y fuerte.
Cada cabello vivo de la testa del justo,
con hilos que no pudo ningún brazo romper,
se ligan con los rayos de los astros de oro.

¡Vive, alma, y Dios esté en lo que tú prefieres!

•

La ley, bajo dos nombres una en las dos esferas,
vivos, es el progreso; muertos, es la ascensión.

Toda ciudad de abajo o de arriba es Sión;
todo ser, por virtud del quehacer voluntario,
pasa la prueba, y entra al goce; toda tierra
ha de ser edén; todo cielo ser paraíso.
Los yacentes dirán: ¡de pie! Los entumidos
se moverán; con voz dulce el porvenir

dirá: tierra, ahí está la senda que emprender,
¡oh tierra! Y la armonía cantando vencerá
al horror de Groenladia, al horror del Sahara,
y a la arena y la nieve, y a esas larvas salvajes,
caribes, beduinos, hurones, malabares,
pueblos de Ohio, Tibet o Darfur, pueblos sordos
que la sombra en su negro rincón deja sentados.
El alba, esa blancura justa, sagrada, íntegra,
que clarea en la noche, clareará en el negro.
Una prístina Atenas saldrá de Tombuctú.
¡Ah, con tal que adelante vayas, Dios sabe adónde,
camina, vuela, muévete! Te dije y lo repito
que allá donde se escucha resonar la trompeta
en lo desconocido, allá, allá en lo real,
lo verdadero y bello, en lo grande, en el cielo,
¡humano, humano género, abre tus amplias alas!

La muerte de estupendas pupilas, a la vez
empuja hacia la eterna, suprema claridad
al monstruo y, ante el viento del sarcófago, al hombre,
turba en fuga que al borde del abismo enumera.
La aurora es boca en busca de las frentes de sombra.
Todo se mueve y se alza y se esfuerza y escala,
se empina, emprende el vuelo, y resucita y vive.
Nada debe quedarse en la oscuridad sorda.
Cada vez más ligera se hace el alma exiliada,
y se acerca a ese cielo que a todos os reclama.
Para aquellos que se hacen más dulces, hora a hora
la pena se enternece; la sombra se hace dicha;
la bestia se conmuta en hombre, el hombre en ángel.
Gracias a la expiación, escala de equidad,
de la que un cabo es noche glacial, claror el otro,
siempre bajo el azul que se ahoga en la luz,
siempre el mundo Castigo sube al mundo Alegría.

Y se llega de un salto de los más tristes sitios.
Sí, el horror y el mal a los pies de Dios pueden
verterse de repente en urnas luminosas.
Ni al más negro se niega, sí, la más blanca esfera;
la ley de los más viles es ir a los más altos.
Todas las radiaciones se abrevan de los caos,
y vaciando la noche, hacen, deleite de ángeles,
gavillas de arco iris con los légamos todos.
¡Ningún desheredado! ¡Ni ningún paria, no!

•

Yo levanté hacia el cielo mis manos; gritó el ángel:

¡Mirad, profundidades, se asombra el transeúnte!

Y siguió:

Soñador que un viento otoñal lleva,
sal de la invalidez de tu estupor sin ojos.
Sábete, oh ser viviente que viene a ver el alba,
que la expiación tal vez va más allá de donde
pudiste descender, de lo que no sondaste,
hombre, y que puede hacer un elegido a judas;
sabrás que Dios, domando aun el ojo hechicero,
transforma, si le place, la serpiente en raíz,
de modo que en el tiempo sus designios se cumplen
y que así de la víbora hace salir un lirio.

¿Qué enseñaron al hombre India, Egipto y Caldea,
si se queda de piedra ante la simple idea
de que el alma se pierde, se perdió y perderá,
pero Dios puede siempre hallarla? ¿Quién te dice
que, el día en que la muerte te haga por fin nacer,

en el umbral del cielo no verás surgir, hombre,
un arcángel más grande y más deslumbrador
y más hermoso que éste que en este instante te habla,
con flores que son soles, astros que son centellas
y todos los diamantes del abismo en sus alas,
que vendrá hacia ti, puro, dulce, augusto, sereno,
tranquilo, y te dirá: Yo soy quien fue Caín?
Entiende que Dios puede tomar una lombriz,
un sapo, o bien el ácaro que llevas en tu úlcera,
y otorgarle la aurora y darle el septentrión.
Entiende que Dios puede escoger un vibrión,
un gusano del fondo de un sepulcro nocturno,
y decirle: Ve aquí a Sirio y a Saturno,
ve a Arcturus, a Orion, a las pléyades de oro,
te los regalo. ¡Toma! Y sobre eso te doy
a Júpiter entero y con sus cuatro lunas.
Toma el ciclón, el ruido, la noche, el día azul,
el polo con su invierno, el trópico, el verano.
Venus, perla nocturna, te doy a este gusano.
Toma tú Aldebarán que vio a mi apóstol Juan,
gusano, y sus tres soles que uno en el otro giran;
toma todos los cielos y todos los océanos,
y el subido zodiaco de doce astros gigantes
girando como rueda al fondo de las sombras.
Dios, sábelo, podría dar todas esas glorias
a aquella vil lombriz inmunda y legañosa
sin asombrar a un solo arcángel de los cielos.
Y sábelo también, Dios daría a ese ser
lo que la eternidad por doquier ve nacer,
todos los astros, esos que vemos o no vemos,
cuanto se arremolina al viento de la muerte,
y las miles de antorchas bajo el gran velo trémulas,
sin que ni en una estrella menguase el infinito,
y Dios tras de dar todo nada menos tendría.

Y prosiguió el arcángel: —¡Oh soles, sed testigos!

•

Cielos, atestiguad que el ilota, el esclavo,
el idiota que sueña con la baba en los labios
en su adormecimiento,
y en su lecho maldito, el leproso sin nadie,
son los iguales vuestros, cielos, y los gusanos
vuestros hermanos, soles.

Sed testigos, oh éteres donde el alma se arroba,
grandes florecimientos de esplendor y de vida,
edenes que Dios dora,
paraísos que pasan con el son de las liras,
oh rayos, sed testigos, sed testigos, sonrisas,
de que el llanto es sagrado.

Tan sólo de ella misma depende que la noche
sea fiel y feliz e inocente y sincera,
que nos deslumbre a todos
y vea de repente, brillo abierto en las sombras,
ríos de colibríes, saliendo de las rosas,
cegar a sus lechuzas.

El malvado es un muerto y su armonía viuda.
Puede, cuando le place, renacer tras la prueba,
y regresar, alado,
soberbio, triunfante, sin llanto, duelo o miedo,
alegre: todo espíritu de la justicia santa
es el esposo astral.

¡Hombres!, resiste a veces el orgullo en vosotros,
y decís, comprobando que vuestro globo es triste:

“De Dios nos huye el nombre.
«¿Que encontró Ptolomeo y qué sabe Epicuro?
«Doble negación: negro el cielo, el alma oscura.
“Hombre y ser, No y Noche.

«El mal es nuestro amo, la duda nuestro huésped;
«Dios nos muestra la pena, nos oculta la falta;
“¿Qué quiere el Dios lejano?
«Nuestra vida es tan gris y nuestra alma tan negra,
«¡ay!, que en ciertos momentos no logramos creerle
“a la estrella del alba.

«Parece que Dios triste intenta cada aurora
«crear un día puro, divino, fiel, sonoro,
“por la dicha explicado,
«eterno mediodía para entibiar el mundo,
«sin mancha… —y cada noche vuelve la tachadura
“de otro día frustrado.

«¿Quién nos dice que un mundo letífero e inicuo
«sea obra de alguien que sabe lo que quiere?
“Todo yace aterrado;
«los montes, mares, campos que triscan nuestras bestias,
«esos globos y soles y cielos son tal vez
«sólo un inmenso error».

Y exclamáis, oh vivientes siniestros de la tumba:
«Nos ata el anatema, el horror nos domina;
“nos sigue un carcelero;
«la oscuridad nos cubre y la áspera mazmorra
«acecha, y cada estrella es la linterna sorda
“de un espectro nocturno.

«Estamos prisioneros; las tinieblas nos guardan;
«los ojos del abismo nos miran todos juntos;

“¿Cómo huir? ¡Se nos ve!
«¿Como evadimos? —Basta, para poder salir,
«con que una buena acción mueva la enorme puerta
«con su dedo meñique».

El Dios justo, que pone a toda pena un término,
no desea que el grande al pequeño se cierre;
quiere la libertad,
y es recurriendo al átomo, oh pobre alma intranquila,
como hace Dios la llave de la gran cerradura
hecha de inmensidad.

A nada le permite Dios la opresión; el bruto
y el ángel son amigos; ante toda caída
Dios da su claridad;
de toda ascensión Dios establece el solsticio;
grita a los cuatro vientos: ¡Igualdad y Justicia!
¡Equilibrio! ¡Equidad!

Y alguno de los vientos va a decirlo a la aurora;
otro al rojo crepúsculo que dora un nimbo santo
abierto en su esplendor;
el tercero lo dice al mediodía ebrio
con el deslumbramiento de lo que por él vive;
el último a la noche.

¿Qué es lo que tiene el rayo de luz más que la bestia?
Tiene el tigre su furia, el cielo su tormenta;
todo es igual a todo;
el globo y el insecto; soles, esferas, glorias,
cualquier gigante igual que cualquier infusorio,
bajo el pie de Dios yacen.

Todo es un torbellino de polvo suspendido.
La mosca y su fulgor, el astro y su aureola,

¡Ceniza! ¡Apariciones!
¡Ser! ¡Vida! ¡Oh precipicio oscuro, horror sagrado
donde entre sueños Dios deja caer empíreos
y caer creaciones!

Sí, lo infinitamente grande o pequeño, ¡sueños!
Esos cielos que ves, ese azul en que nadas,
alma errante y sin suelo,
las órbitas de fuego de los astros errantes,
el éter estrellado, firmamentos y mundos,
¡ondas de agua en el pozo!

¡Oh cisterna de sombra! ¡Oh profundidad lívida!
Las plenitudes son iguales a vacíos.
¿Dónde pues el sostén?
El ser es prodigioso a tal punto, ¡oh terror!,
que parece la nada; y Todo a veces da
el vértigo del ¡No!

¡Se regresa a la nada por la enormidad misma,
sí! Si allí no estuviera él, supremo testigo,
¡Ah, cómo temblaríamos!
Mas la frente serena vuelve a la inmensidad
y como basta un fuego para alumbrar un antro,
resurge el universo.

¡Oh creación, encuentro de soplos, ruido de átomos,
tierra, trono del hombre, cielo, universo, reinos,
luces, cetros, paveses,
mundo negro que callas y duermes! Dios se yergue.
Sombra, él es la mirada; dormir, él es el sueño;
silencio, él es la voz.

Dios vive. Aquel que come se ha sentado a su mesa.
Él es lo inaccesible, él es lo inevitable.

El ateo sombrío,
cuando se precipita, con repulsivo cisma,
raudo hacia el ateísmo de cabeza, se rompe
el alma contra Dios.

Es el fondo del ser; sí, terrible o propicio,
lo encuentra todo vértigo al fin del precipicio.
Satán, ángel fugado,
se aferra él mismo al padre, y puede adivinarse
en el doblez de un pliegue de su manto divino
crispado un puño negro.

¡Dios! ¡Dios! El alma única está en todo, y traspasa
el alma individual, en cada ser diversa,
eje de toda carne;
la calavera, lívida bajo la sombra inmunda,
por uno de sus hoyos, siniestra, mira al mundo,
por el otro ve a Dios.

El conjunto en que nace más alba cada vez,
que llaman el infierno y el cielo, se penetra;
es rayo y llamarada;
uno baja, otro sube; y Dios pasa en la sombra
y cada uno alumbra un lado de su rostro
detrás del firmamento.

A ratos, en lo azul que es área del arcángel,
suceden himeneos cantados por los truenos:
nupcias de alma y lombriz;
y el cielo y el infierno, y la luz y la sombra
en el rayo se besan.

Nada hay desesperado, nada fuera del ser.
¡Vivid! Siempre el ausente puede reaparecer.
El mal que construís

se sitúa, en el vasto y triste apocalipsis,
entre vuestra alma y Dios; el infierno, un eclipse
el mal pasa, Dios luce.

¡Oh transfiguraciones espléndidas y súbitas!
Las penas están llenas de opacos cenobitas
y brazos hacia el cielo.
En lo más hondo a veces hay sollozos sublimes
que lanzan de repente hacia Dios en las cimas
monstruos aturullados.

Cada globo es un ojo horrendo en que se posa
la noche triste mientras se siente algo moverse,
envuelto en seres réprobos,
lúgubre, atroz, roído de moho y de verdín,
que un día rompe un pico de fuego y del que vuela
el Paraíso águila.

Eso no es el perdón, es la justicia augusta;
es, después del rescate, la liberación justa;
la vuelta equitativa
de la hidra a lo azul donde florece el astro,
del mudo hacia la voz, del llanto hacia la aurora,
del espectro hacia el día.

Dios no está abajo menos que arriba; la natura
bendice la igualdad de toda criatura
de frente al creador;
y el corazón de Dios es lo que el ser unánime
siente en los dos latidos enormes del abismo,
Profundidad y Altura.

Esas dos pulsaciones de la vida eternal
el alma criminal y la inocente lanzan
o a la noche o al cielo;

cada cuál va a la esfera en que su peso cae.
Para hacer negro al cuervo y blanco al cisne, a Dios
le basta decir: ¡Soy!

Allá está la conciencia, fulgor crepuscular.
Sois avisados, vivos: el crimen ilumina.
Caes, tú sabes dónde.
Aquel dracma de Judas, guardado por la noche,
irradia y luce al fondo de la sombra erizada:
es el ojo del búho.

Dios deja a cada uno su peso. Santa o réproba,
toda acción es un pie que dejará su huella.
Dios deja el mal al mal.
¿Dios, escoger? No existe opción en lo absoluto;
no dicta nada el círculo en la circunferencia;
lo perfecto es fatal.

Sí, Dios es equilibrio. Seres, Dios pesa y crea:
extensión a derecha, a izquierda duración;
lo evidente, lo arcano;
lo deslumbrante haciendo réplica a los desastres;
abismo frente a alma; aquí todos los astros,
todo espíritu allá.

Está en él la razón y el centro inamovible;
tocios los equilibrios de la onda formidable
se regulan en él;
todas las equidades forman esa alma inmensa;
ése es el gran nivel del ser; y la clemencia
sería un peso falso.

¡Absoluto! ¡Absoluto! Ni furor ni flaqueza.
Impasible, estrellada, áspera, ¡no te dejas,
en el cielo bendito,

violar en la paz tuya que nunca se desborda,
virgen grave, Infinito!

Nada conmueve el eje si no es que la justicia.
Todos pesan sus vidas, vicio, orgullo, sapiencia.
¡Vivid! ¡Buscad lo excelso!
La acción pende del alma. Con todo lo que siembra,
cada ser sin saberlo se compone a sí mismo
su peso misterioso.

La balanza no tiene derecho a dar indultos.
Su aguja oscila fuera del tiempo y del espacio;
la aguja es la verdad;
su temblor se apacigua sólo con la equidad.
Pregunta a sus platillos si la inmensidad pesa
más que la eternidad.

•

Y se esfumó el arcángel como, sobre el Vesubio,
un humo se disipa, o como en el tonel
se deshace la espuma al caer del lagar.

OceanofPDF.com

VIII

La luz

Lo que todavía no tiene nombre

Deus.

Y sobre mi cabeza observé un punto negro,
y el punto parecía una mosca en la sombra.

Como un retoño verde sale de un surco oscuro,
de la hondura salía una luz cegadora.
Yo me precipité hacia el punto creciente,
más veloz que los pájaros que vuelan de las ramas;
el punto era una luz, y con dos alas blancas,
y que me pareció, cuando lo vislumbré,
de tanto que irradiaba el cielo encima, oscura.

La claridad decía:

•

No hay izquierda y derecha;
no hay arriba y abajo; no hay espada que siegue;
no hay trono que en la sombra lance un vago relámpago;
no hay mañana, no hay hoy, ni tampoco hay ayer;

no hay hora que ante el tiempo rapaz tiemble;
no hay tiempo; no hay aquí; no hay allá; no hay espacio;
no hay alba y no hay crepúsculo; no hay tiara que despliegue
en su tremenda cúspide el astro por carbúnculo;
no hay balanza, no hay cetro; y no hay tampoco globo;
no hay un Satán oculto en los pliegues del manto;
no hay manto; no un alma que esté a mano; no hay manos.
Y venganza, justicia, perdón, vocablos de hombres.

Seas quien seas, oye: Él es.

¿Qué es?

¡Renuncia!

La sombra es la pregunta, el mundo es la respuesta.
Él es. Es lo viviente, lo vasto desplegado.
Lo que el sol allá lejos contempla deslumbrado,
es él. Cielos, vosotros, nosotros, astros, ¡polvo!
Él es, abierto al fondo de la luz, ojo abismo
que toda antorcha ve, que todo nido siente,
de donde brota el orbe en rayos infinitos.
Él mira, y eso es todo. Ver le basta al sublime.
Crea un mundo con sólo que haya visto su abismo.
Pero ese ser que ve, habiendo sido siempre,
siempre ha creado todo desde la eternidad.
Si una boca de abajo toca al nombre supremo,
intentar la alabanza es casi la blasfemia.
¡Nada de explicaciones, pues! Pon de rodillas
tu pensamiento, y hazte mirada, cual nosotros.
¿Por qué buscar palabras si no están ya las cosas?
El vil lenguaje humano no tiene apoteosis.
Lo que él es, se entrevé apenas desde el féretro.
Escapa a los vocablos de la sombra. Por más
que se hiciera una estrofa con las brisas eternas,
y para perfumar y dorar sus dos alas

se diera el astro a una, a la otra la flor,
y se mezclara el azul entero a su amplitud,
no se habría pintado a Dios. Vístasele
de estruendo y aquilón, de rayo y tempestad,
muéstresele despierto, muéstresele dormido,
con su respiración alzando dulcemente
todas las extensiones y las profundidades,
arrastrando al cometa que en los cielos se pierde,
al viento en su caballo, a la muerte en su rayo,
arrastrando el monstruoso balanceo del mar:
no se le habrá pintado. ¡Él! El inamisible,
el eterno, increado, imprevisto, imposible,
él es. El topo husmea y cava, y lo percibe;
la sombra dice al topo: ¿él es, estás seguro?
Y el topo afirma: ¡Dios! Dios es presa del águila.
Supón que un solo ser cree en Dios en el mundo;
ese ser, si algún día fuese a eclipsarse el sol,
supliría a la aurora. ¿Y sabes lo que es
el salvaje huracán, tronante y formidable?
Es, en lo más profundo del abismo imposible,
lo infinito que a media voz murmura: ¡le amo!
Cuando la estrella irradia es que dice: ¡lo veo!
Todo el grito y el ruido, todo el himno del hombre
aborta al decir Dios. Sólo el beso lo nombra.

¡Amo!

•

La claridad me dijo allí:

Hazme caso,
vete. Pues esos rayos ardientes que te agrandan
podrían consumirte, trémulo, antes de tiempo.

Un exceso de llama interior mata al hombre;
si fue muy lejos, dice el ángel: Vámonos ya.
Moisés, por querer tanto ver a Dios, vaciló;
por poco y caería desde aquella alta cima,
mirando el torbellino terrible del abismo.

—¡Habla! ¡Oh habla!, grité a la forma de fuego.

—Curioso de la sima, Empédocles de Dios,
hablaré, dijo el ser, e incluso en tu lenguaje;
pues quien en lo infinito se adentra con vosotros,
hombres, no puede ya acercarse a sus ramas
sin sacudir de ellas vuestras palabras míseras.

•

El todo eterno sale de algún átomo eterno.
De la ecuación que es Dios el mundo es el binomio.
Dios es el gran real y el gran desconocido;
él es, y es un error decir: él ha venido.
Aunque el impenetrable enigma le reviste,
y no tiene levante, occidente o solsticio,
os marca, obtusos seres, en el cielo sin bordes,
los cuatro ángulos, norte, sur, levante, poniente;
es X, elemento de la irradiación, número
del infinito, enorme claridad de la sombra.
Fulgor sobre el Corán como sobre el misal,
sempiterna presencia del ojo universal.
Él es la autoridad que engendra al alma libre;
eje invisible en torno al cual da vueltas todo;
él es la oscilación en la inmovilidad;
oscilación sombría de ilimitado círculo,
que, prodigiosa, una, rara, inaudita, va
de la oreja del asno al ala del arcángel.

En él sin pausa el ser se forma y se disuelve;
él es esa inmortal paralela de todo;
es precisión, ley, es regla y certidumbre,
justeza y abstracción, rigor y exactitud,
y esta álgebra entera se diluye en ternura.
Y tras lo indefinido, lo oscuro y lo profundo,
cruzando lo que llaman aire, tierra, onda, llama,
la X con cuatro brazos puede abrazar al mundo,
y alzándose, visible a muertos y frustrados,
sobre la tierra es cruz y se llama Jesús.

Fuera del mundo queda sin nombre.
Cada esfera
le otorga estremeciéndose el nombre que prefiera,
mas todos esos nombres son ondas insensatas.

•

En cuanto al globo endeble y triste en que pasáis,
hombres, ha hablado el ángel de manera severa;
el hombre es ser sagrado que la tierra venera;
una cosa es el árbol y el animal es alguien;
la piedra y su silencio, la hierba y su perfume
viven; el hombre, luz, compadecerá al polvo;
el ser es la familia y el hombre es primogénito;
y él, alma de arriba, deberá, en sus combates,
verter todo el azul en las almas de abajo;
a pesar de su odio y su demencia, el hombre
es la inauguración de la luz infinita.
La igualdad en la sombra esboza la unidad;
la unidad es la meta del viaje claridad.

•

Alma, ser es amar.

Él es.

•

Es ser extremo.
Es el día sin límite, sin fin, que dice: amo.
Él, el inmensurable carece de compás;
no se venga jamás; no perdona jamás;
su beso que es eterno no conoce el mordisco;
si decimos: justicia, suponemos mesura;
él no es justo; es. Aquel que es justo es poca cosa.
La justicia eres tú, humanidad. Mas Dios
es la bondad. Dios, rama que acoge todo pájaro.
Dios es la llama amante que toda cosa esconde.
¡Oh, todos son llamados y serán elegidos!
Padre, piensa en el malo para quererlo más.
Penetrando en vosotros, vivos, Dios barre el vicio.
Lo infinito en el hombre se convierte en justicia,
pues la justicia es sólo la relación secreta
de lo que el hombre hace con lo que haría Dios.
Bondad es el fulgor que dora toda cúspide,
y por seguir hablando, hombres, como vosotros
que sólo podéis ver la forma y el lugar,
justicia es el perfil del semblante de Dios.
Vosotros veis un lado, pero no veis el otro.
El bueno es el que es mártir; el justo es sólo apóstol,
y vuestra invalidez es que vuestra razón
del horizonte humano va a deducir el otro.
Miopes, pensáis que Dios es el otro hemisferio,
mas él, ser absoluto, con una relación
¿que podrá hacer? ¿Lo innúmero está para cifrar?
No, todo en su bondad tranquila se sumerge.

¿Quién sabe adónde vuela, quien sabe dónde cae?
A eso lo llaman muerte, nada, tinieblas, tumba,
y sabio, loco, riente, llorando, burlón, trémulo,
se entrega uno perdido al corazón inmenso.
En ese azul sin fondo la clemencia estrellada
se borra también ella, mezclada con la sombra.
El perdonado guarda un recuerdo secreto,
y no se alza de más; que el perdón no parezca
que es un reproche al rezo que Dios quiere que acerque.
Pues que nunca es tristeza, no es reproche jamás,
hijos míos. Y ahora, ¡creed pues si queréis!

Frente al cielo estrellado y frente al sacrificio,
frente al águila inquieta, frente a los bosques verdes,
frente a las hondas simas en todo ser abiertas,
puede negarse, hombres, pero el inconveniente
es que mengua el espíritu y se opaca al negar.
El ser que es para el éxtasis y la sed infinita
se hace sarcasmo, risa, ignorancia, ironía;
nada tiene de santo; nada de inapreciable;
y detrás de su carne se ve su calavera.
Vuestra tierra negando resultaría infame,
su noche crecería, pues retirar esa alma
al universo, es como abrirle un abismo.
Sí, quita a Dios del centro del insondable ser,
quita la idea con sus aspectos, potencia,
verdad, libertad, paz, inocencia, justicia,
quita al hombre el derecho, el imán a las fuerzas,
quita la piedra clave, ¡y contempla el derrumbe!

•

Te he hablado en tu lenguaje, hombre con quien me encuentro,
¿qué más quieres? ¿Acaso habría que mostrártelo?

Oh ciego mirador que te crees vidente,
¿cómo mostrarte a Dios, informe aterrador?
¿Cómo decirte: aquí comienza, aquí termina?
Comienzo y fin son dos palabras de demencia.
Comienzo y fin son vuestros dos grandes harapos.
Hombre, canta o blasfema detrás de tus mordazas,
mezclarás, sin decir palabra a la gran alma,
tu blasfemia a la noche y tu himno a la llama.
No bien nace la idea, la borran las palabras.
¿Cómo imaginaremos la forma de lo hondo,
el perfil de lo vivo sin límite, y el gesto
del poder absoluto y de la plenitud?
¿Es Alá, Brahma, Pan o Jesús lo que vemos?
¡Oh Jehová! ¡Oh rayos! ¡Oh rayos, rayos, rayos!

La claridad calló, como cegada toda.
Yo me desvanecí, y el oído y la vista,
y hasta el mismo latir del corazón, parado,
escapaban de mí como se vierte un agua.
Gritó la claridad en las profundidades
donde flotaban vagas en la bruma ilusoria
esos rostros de nada que se ven en la muerte:

•

¡Oh tinieblas sombrías!, sabed esto: no hay noche.

Todo es azul, aurora, mañana sin ocaso,
brasa de éxtasis donde arde el alma perfume.
Lo negro es no, y no es nada. Todo es cierto.
Todo es virtud, blancura, sol levante, mañana,
plácido rayo, luz serena, llamarada.
Un ángel que dijera: noche, blasfemaría.
Las estrellas no existen. Los fulgores del féretro

no son verdad, y el día ignora las antorchas.
La constelación repta hundida en la ilusión;
el pleno mediodía ¿qué ha de hacer de una lámpara?
Toda irradiación viene desde el centro y el medio;
cual sólo hay una aurora, hay tan sólo un sol: Dios,
que a los ojos carnales que oscuros velos cubren
llueve de día en rayos y de noche en estrellas.
El alma es ojo, y él astro; no ve otra cosa.
Todo es claror. La oruga rastrera, el blanco ángel,
todo, la inmensidad que no alcanzan las sondas,
esas olas de Dios a las que llamáis mundos,
lo real, lo aparente, el auge, el declinar,
el hombre, el niño, el cielo, los mares, los espacios
derrama un resplandor de eternidad tranquila.
Los millones de siglos, contadlos por cien miles,
y no habréis dicho Uno ante la eternidad.
Echad, oh noches, toda vuestra sombra en la clara
sima de resplandor que Dios profundo anima,
y ni una mancha habréis dejado en el abismo.
No existís. En el fondo del cielo que escalamos,
se ven vuestras manazas que van buscando a tientas,
oh noches, vuestras formas de nubes espectrales
acercarse y crecer o huir disminuidas,
y la gran sima azul, deslumbrante a porfía,
oh brumas, nada sabe de los derrumbes vuestros,
mientras la irradiación formidable llamea.
Vosotras no sois, sombras. Para ser hay que ver.
No existen, oh tinieblas, ante los firmamentos
tinieblas; lo que hay son tan sólo cegueras.

¡Sólo ciegos! ¿Por qué?

•

¿Por qué la ley, la regia,
el huevo antes que el águila, la bellota que el roble?
El ciego es el embrión del vidente; el vidente
se muda en luminoso, que se cambia en flamígero;
es la ley. ¡Veréis, sombras, llegaréis a irradiar!
Los escombros seréis inmortales frontones,
limbo, serás el cielo. Tú, noche, lo eres ya,
igual que desde ahora la semilla es el fruto,
igual que en la bellota, mundo oculto a la hierba,
con todo su follaje rebosante de aurora,
con sus negros ramajes donde riela la luna,
estremecida y sólida, la gran encina tiembla
llena de gritos, himnos, canciones y querellas,
y en el huevo profundo las alas tiemblan ya.
Deber ser es ya ser. Sí, el fango es cristal.
Crisálida del bien a la que llaman mal,
no te quejes; un hilo a Dios mismo te anuda.
Un día seréis, larvas; esperad vuestro tumo.
Pues que la mariposa que ha de ser algún día
está allá arriba, y abre el ala y revolotea,
puesto que el paraíso que debe ser destella,
nuestra oruga no es, el infierno no existe.

Se une a la suerte actual la vida por venir.
El ser, que sólo vive completo, se despliega
hecho de la alegría toda y ninguna sombra,
guardando sólo el éxtasis del pasado, y repleto
de un recuerdo celeste y de un divino olvido.

•

El cosmos es un libro y unos ojos que leen.

Tiene razón quien dice cuando en la noche está:

Nada existe. Pues es un sueño donde está.
Nada sino él existe, la radiación profunda,
y las almas, los granos de luz, los grandes mitos,
los misteriosos yoes, ilimitados átomos,
que van hacia el gran yo que es su centro y su imán;
puntos que el cénit tocan por sus irradiaciones
y sufren la materia cual si fuera un ropaje,
y uno a uno atraviesan en la extensión entera
la fórmula de carne propia de cada medio:
aquí la savia, aquí la sangre, el fuego aquí;
bloques, árboles, garras, frentes pensantes, halos,
que vuelven a las tumbas como a sus alveolos;
que muriendo se limpian, que cayendo se elevan,
sin fin, y que se pierden sólo por reencontrarse;
seres que arriba, en fila, la escala áurea reclama
y hacia el eterno foco vuelan de llama en llama,
justo del vil brotado, bueno del malo vástago,
arriba, arriba, arriba sin cesar en su búsqueda,
acercándose siempre sin alcanzarlo nunca
al ser que es imposible tocar, manchar, ahogar,
el vidente, el viviente, sin muerte o noche o mal,
la idea enorme al fondo del inmenso ideal.

La materia no es, el alma sola existe.

•

Nada es muerte, ni falso, ni negro, nada es triste.
Ninguno es castigado, ninguno es excluido.
Los círculos que el círculo infinito contiene
en sus circunferencias tienen sólo ideal.

Astros y mundos, soles, estrellas, apariencias,
máscaras, sombra o fuego, rostros de las visiones,

globos, humanidades, tierras y creaciones,
universo en que nunca se vio nada que duerma,
puntos de intersección del número y la forma,
choques de lo presente, rayo, y lo bello, luz;
encuentros de la vida y de la eternidad,
oíd, oh humo; oíd vosotras también, almas,
únicas que, por ser aliento, quedaréis,
espíritus que, puros, nacéis, morís por tumos:
Dios tiene sólo un rostro: ¡Luz! Sólo un nombre: ¡Amor!

•

Yo temblaba, cual si, listo a cambiar de forma,
me hubiera fulminado un beso desmedido.
La claridad lucía, transparente y en pie.

Y yo gritaba:
Luz, oh luz, ¿es eso todo?

La claridad me dijo:
¡No hables! ¡El prodigio
eternamente sale del misterio, te digo,
ciego que crees leer, loco que crees saber!

OceanofPDF.com

IX

Y sobre mi cabeza observé un punto negro.

… … … … … … … … … … … … … … … …

… … … … … … … … … … … … … … … …

12 de abril de 1855.

OceanofPDF.com

III

El día

OceanofPDF.com

… … … … … … … … … … … … … … … …

Y el punto tomó pronto la forma de un sudario.

Sus vagos pliegues daban un fuerte olor a osario,
y se sentía, bajo el trapo odioso y lívido,
algún negro ser, de ésos que la noche se calla.
De esa mortaja había salido aquella risa
que tres veces me había turbado hasta el delirio.
Sin que el ser lo dijera, lo comprendí. Mi sangre
se heló; me estremecí.

El ser habló:

Viajero,
escucha. Tú no has visto hasta aquí sino sueños,
sino vagos fulgores flotando sobre engaños,
sino aspectos confusos que pasan con los vientos
o tiemblan en la noche para vosotros, vivos.
Pero ¿quieres ahora, con fuerte voluntad,
entrar en lo infinito por la puerta que sea?
Lo que el hombre dormido puede saber, lo sabes.
Pero ¿encuentras, espíritu, que con eso no basta?
Tus ojos, de una sombra a otra, de un plano a otro,
vieron más horizonte… ¿quieres más todavía?
¿Quieres, rompiendo el triste y tenebroso hilo,
volar en la verdad como siniestro pájaro?
¿Quieres detrás de ti dejar esos escombros,

tiempo, espacio, y, huraño, salir del gris ramaje?
¿Quieres, responde, ir más lejos que fue Amón
y más allá que Esdras y que Elías, allende
los profetas absortos, los blancos cenobitas,
a hendir la sombra, alzado por unas alas súbitas?
Oh sembrador del surco nebuloso, labriego
perdido entre los humos terribles del error,
frente sobre quien cae un tumulto de sueños,
dudas, sistemas vanos, luchas sin tregua, espantos,
¿te complace saber cómo se desvanece
en una adoración toda esta áspera noche?
¿Deseas, flecha trémula, llegar por fin al blanco?
¿Quieres tocar la meta, divisar lo invisible,
lo ideal, lo innombrado, lo real, lo inaudito?
¿Comprender, descifrar, leer? ¿Quedar cegado?
¿Quieres cernirte encima de la oscura natura?
¿Deseas en la luz inconcebible y pura
tus ojos, que entorpece la horrenda sombra, abrir?
¿Quieres eso? Responde.

¡Sí! —grité yo.

Y sentí
la creación temblar cual si fuese una lona;
alzando un brazo entonces, un pliegue de su velo
tapó y ocultó todos los objetos terrestres
y me tocó la frente con el dedo, y morí.

OceanofPDF.com

VICTOR-MARIE HUGO. Nació el 26 de febrero de 1802, en Besanzón, Francia. Es considerado el máximo exponente del Romanticismo francés.

De temprana vocación literaria, en 1817 la Academia Francesa le premió un poema. Luego escribió *Bug-Jargal* (1818), *Odas y poesías diversas* (1822), *Han de Islandia* (1823) y *Odas y baladas* (1826). En su drama histórico *Cromwell* (1827), plantea la liberación de las restricciones que imponía el Clasicismo. Su segunda obra teatral, *Marion de Lorme* (1829), fue censurada durante dos años por «demasiado liberal». El 25 de febrero de 1830 su obra teatral en verso *Hernani* tuvo un tumultuoso estreno que aseguró el éxito del Romanticismo. Entre 1829 y 1843 escribió obras de gran popularidad, como la novela histórica *Nuestra Señora de París* (1831) y *Claude Gueux* (1834), donde condenó los sistemas penal y social de la Francia de su tiempo. Además escribió volúmenes de poesía lírica como *Orientales* (1829), *Hojas de otoño* (1831), *Los cantos del crepúsculo* (1835) y *Voces interiores* (1837). De sus obras teatrales destacan *El rey se divierte*

(1832), adaptado por Verdi en su ópera *Rigoletto*, el drama en prosa *Lucrecia Borgia* (1833) y el melodrama *Ruy Blas* (1838). *Les Burgraves* (1843) fue un fracaso de público, por lo que en apariencia abandonó la literatura y se dedicó a la política.

En 1845 fue nombrado par de Francia por el rey Luis Felipe, pero se hizo republicano en la Revolución de 1848. En 1851, tras la derrota ante Napoleón III, se vio obligado a emigrar a Bélgica. En 1855 comenzó su exilio de quince años en la isla de Guernsey. En este periodo escribió el panfleto *Napoleón el pequeño* (1852), los poemas satíricos *Los castigos* (1853), el libro de poemas líricos *Las contemplaciones* (1856) y el primer volumen de su poema épico *La leyenda de los siglos* (1859, 1877, 1883). En Guernsey completó también *Los miserables* (1862) y *El hombre que ríe* (1869).

A la caída del Segundo Imperio, en 1870, regresó a Francia y formó parte de la Asamblea Nacional y, posteriormente, del Senado. Sus opiniones político-morales hicieron de él un héroe para la Tercera República. Fue contrario a la pena de muerte, luchó por los derechos humanos, en especial de los niños y de las mujeres, la enseñanza pública, gratuita y laica para todos (aunque creía en un Ser Supremo), la libertad de expresión, la democracia total y la conformación de los Estados Unidos de Europa. De sus últimos años son de destacar *Noventa y tres* (1874), novela sobre la Revolución francesa, y *El arte de ser abuelo* (1877), conjunto de poemas líricos acerca de su vida familiar.

Falleció el 22 de mayo de 1885. Su cuerpo permaneció expuesto bajo el Arco del Triunfo y fue trasladado, según su deseo, hasta el Panteón de París, donde fue enterrado.

OceanofPDF.com